

# *El Carapálida*

*Historias de un tal*

## **VUL-CANO**

*Fernando  
Cano Cardozo*



UAEM | Universidad Autónoma  
del Estado de México

*El Carapálida. Historias de un tal Vul-Cano* es una recopilación de anécdotas del escultor Fernando Cano, son pequeñas viñetas de su vida, jirones de su infancia, su adolescencia y su vida madura. El libro, editado por la Universidad Autónoma del Estado de México, está integrado por 41 historias, 6 “juegos” y 5 “cancioncitas”; por medio de estos relatos el lector podrá acercarse a la construcción de un personaje, de un escultor, de un artista. Las narraciones son un acercamiento a la parte más humana y entrañable de uno de los escultores más importantes del Estado de México.



EL CARAPÁLIDA  
Historias de un tal VUL-CANO

NB  
259  
.C386  
C37  
2017

Cano Cardozo, Fernando.

El carapálida : historias de un tal VUL-CANO / Fernando  
Cano Cardozo.- [1ª ed - Toluca, Estado de México : Uni-  
versidad Autónoma del Estado de México, 2017.]  
[364 p ; 22 cm.]

ISBN: 978-607-422-813-7

1. Cano Cardozo, Fernando - Anécdotas 2. Escultores  
mexicanos - Correspondencia, memorias, etc. 3. Esculto-  
res mexicanos - Siglo XXI.



# EL CARAPÁLIDA

## Historias de un tal VUL-CANO

Fernando Cano Cardozo



**UAEM** | Universidad Autónoma  
del Estado de México

*“2017, Año del Centenario de la Promulgación  
de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos”*

Primera edición, marzo 2017

*El Carapálida*

*Historias de un tal VUL-CANO*

Fernando Cano Cardozo

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel. (52) 722 277 38 35 y 36

<http://www.uaemex.mx>

[direccioneditorial@uaemex.mx](mailto:direccioneditorial@uaemex.mx)



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución 2.5 México (CC BY 2.5). Para ver una copia

de esta licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:

Cano Cardozo, Fernando (2017), *El Carapálida. Historias de un tal VUL-CANO*, México, Universidad Autónoma del Estado de México.

Imagen de portada: fotografía de Fernando Cano (acervo personal)

ISBN: 978-607-422-813-7

Impreso y hecho en México

*Printed and made in Mexico*

## PRESENTACIÓN

“Hace tantos años que ni siquiera vale la pena recordar” escribe el escultor Fernando Cano en el texto “La reina y yo”, que abre el libro *El Carapálida. Historias de un tal Vul-Cano*. No obstante, lo que hace evidente el maestro en las 41 historias, 6 “juegos” y 5 “cancioncitas” que integran esta obra, es precisamente la voluntad de recordar las historias de vida, los momentos especiales de la infancia y la juventud, la manera en la que los paisajes, lugares y personajes de la historia de Fernando Cano se entrelazan.

Futbol, juegos infantiles, amigos, historias de espantos. Todo contado desde una mirada cercana, divertida y entrañable. Lugares que ya no existen, fechas memorables, recuerdos del artista que se narra a sí mismo, incluyendo sus inicios en el arte de la vida y en la escultura: “Alguna vez conté que mi primera escultura ‘formal’ fue un caballito de paso marcial, pero antes de ese, ya había hecho muchas figuras (casi con las uñas, pues no tenía herramientas), figuras de más o menos

cuarenta centímetros con alambre torcido y entretejido. Estas primeras figuras las hacía en mi casa en las noches luego de llegar del taller de mi maestro escultor”. Viñetas, como si fueran pequeñas esculturas que cobraran vida, narradas con desenfado y cercanía.

La Universidad Autónoma del Estado de México ha sido casa del “Escultor de Fuego”, “El Vulcano de la Universidad”, como le he llamado a nuestro doctor *honoris causa*, que lo ha arropado, acogido en su seno y a través del reconocimiento de su obra, ha generado un lazo indisoluble entre el artista y la comunidad universitaria, que le admira por más de 50 años de trayectoria, le dio su nombre a la recién inaugurada Galería Universitaria y le agradece que por más de veinte años haya compartido con nuestros alumnos sus conocimientos sobre dibujo y escultura.

El doctor Fernando Cano nos muestra en este libro fragmentos de las experiencias que lo han convertido en el magnífico artista que es. Confiamos en que el lector o lectora que se acerque a estas historias encuentre en ellas no sólo la fuente de inspiración de un artista, sino también descubra a un gran ser humano, al gran maestro Fernando Cano.

Dr. en D. Jorge Olvera García  
Rector

### *Una pequeña aclaración*

ESTOS PEQUEÑOS RELATOS no fueron escritos de manera cronológica, simplemente según fueron recordados; por eso brinco de una edad a otra y en diferentes lugares.



## *Fernando haciendo pan*

POR ALEJANDRA (JANA) CANO

PAPÁ YA HABÍA MUERTO Y MAMÁ, sin ninguna experiencia y después de muchas peripecias, se fue a México a trabajar junto con mi hermana Rosita, para sostenerse en su viudez junto con mis hermanos pequeños Lalo y Fernando, a este último le permitía pasar las vacaciones conmigo, que ya estaba casada y con hijos pequeños, en Tlalpujahua.

Mis hermanas me advertían, al saber que Fer estaría unos días en el pueblo: “¡No dejes que Fernando venga para nada a mi casa”; ¡eran tal vez muy especiales, pues apenas podían con las travesuras de sus propios hijos.

Yo le hacía la prohibición a mi hermanito y él obedecía, tal vez ni siquiera le daban deseos de ir con los sobrinos, que eran bastante latosos. Fer era un niño de unos once años, yo así lo recuerdo, tan simpático, rubio y dándose aires de ciudadano que hacía contraste con los prietitos del pueblo, que atraía a muchos chiquillos de la

localidad, entre ellos había unos riquillos y como él les contó que sabía hacer pan (pues eso veía en los amasijos de los hermanos de mamá), un día llegaron a mi casa (que era sencilla y muy amplia, con dos patios, muchas habitaciones y una huerta). Un día se aparecieron varios chiquillos, amigos de mi hermanito con una gran bolsa de harina, manteca, huevos, azúcar etc., todo lo necesario para hacer pan, costeadado todo por los riquillos, yo los vi llegar y ubicarse en uno de los patios, sacar de no sé donde una tabla, y ahí amasaron muy afanosos los ingredientes, yo los dejé hacerlo pues hasta me divertían sus gritos y risas, nomás de cuando en cuando les echaba un ojo.

Cuando por fin estuvieron formadas sobre la tabla las conchas, las chilindrinas, alamares y algunos panes más les dijo Fer, “¡ahora vamos a hacer el horno para cocer el pan!”. Hubo gritos y protestas, pero todos fueron a la huerta por ladrillos y lodo para hacer el famoso horno.

Mi hermano tal vez era panadero, pero no albañil y por más que se esforzaron no lograron fabricar el horno, la aventura acabó en guerra de pan crudo y lodo y cuando por fin se cansaron, salieron de mi casa todos batidos de harina y tierra y gritándole a Fer cosas y más cosas.

No les digo cómo quedó mi patio, pero al otro día ya andaban los chiquillos detrás de Fer para urdir más travesuras.



*Las historias*



## *La reina y yo*

HACE YA TANTOS AÑOS que ni siquiera vale la pena recordar: recién llegado a un mercado de artesanías en la Ciudad de México, donde pretendía seguir fabricando mis monos de fierro y venderlos directamente, sin necesidad de la intervención de ningún dueño de alguna galería de arte de las que allí existen (cosa que conseguí plenamente y que seguí haciendo a través de muchos años, hasta mi llegada a la ciudad de Toluca). Por aquellos días, la reina Isabel II estuvo de visita en la Ciudad de México, y luego de entorpecer la circulación vehicular por algunos días partió a su país, fue entonces cuando en algún periódico o revista (ya no me acuerdo), me enteré de que la reina tiene cuabras de caballos de pura sangre; un año antes de todo esto conocí a una extraordinaria mujer, era delgada, alta, morena y con un hermoso cabello largo y lacio hasta la cintura, esposa de un riquísimo hombre metido en la industria textil. Como a todas las señoras sin mucho quehacer, su médico le recetó que tomara clases

de pintura para llenar a lo mejor sus muchos ratos de soledad en esa su grandísima casa allá en el Pedregal de San Ángel, casa que un día conocí. Algún amigo de los muchos que tengo, empeñados en ser genios dentro del difícil oficio de ser pintores, le tocó como premio de lotería ser el flamante maestro de pintura de nuestra dama en cuestión. Durante algún tiempo resolvió todos sus problemas económicos, pues recibía una espléndida paga por esas idas al Pedregal; cuando este amigo tuvo que cambiar de residencia hacia el interior de la república, para no perder aquel buen dinero le pasó el encargo de atender a esta persona a un primo suyo, que a su vez se lo pasaría a un hermano para no dejar aquella buena renta que significaba darle clases de pintura a la señora por toda una eternidad.

Platicando de arte con mi amigo Rodolfo (el maestro en turno), la señora le comentó que conoció una escultura que la cautivó desde el momento que la vio. Con cierta frecuencia, la señora iba al restaurante donde estaba colocada la pieza en el jardín de aquel lugar y la firma de aquella obra era de un tal Fernando Cano, ¡el gran escándalo cuando el autor de aquella obra era amigo, muy amigo, de su maestro en turno! Y fui al Pedregal, a conocer a aquella amable persona que tan bien se expresaba de una de mis primeras obras colocada en el restaurante “San Ángel Inn”, donde la dueña, doña

Juanita Debler fue mi mecenas durante algunos años (pero esta es otra historia); con Martha, la señora que conocí en su casa del Pedregal, hice una buena amistad; invariablemente los viernes llegaba a mi taller con su flamante automóvil y chofer al que mandaba a hacer las compras de toda la semana con una enorme lista de cosas, el chofer partía a cumplir con sus encargos, pero antes ya había bajado del auto una canasta pequeña con pan negro, vino y muchos quesos raros que jamás había probado; la charla de toda clase de cosas terminaba luego de dos horas o más cuando llegaba el chofer con todo lo encargado, y a esperar hasta la próxima semana a volver a probar aquellos excelentes vinos y esos quesos raros. Por aquellos días fue cuando me enteré de la reina Isabel y sus caballos; una locura como las muchas que me han sucedido a lo largo de mi vida se me ocurrió, ¿por qué no regalarle a la reina un caballo de fierro hecho por mí? Aquella idea fue tomando forma y al cabo de algunas semanas quedó terminado un flamante caballo de porte marcial listo para la señora reina, construido de fierro viejo, y fui a la embajada británica a decirles que tenía un regalo para la reina, que se lo hicieran llegar con mis mejores deseos y... ¿Qué podía esperar de la reina si el caballo llegara? Bueno, por ejemplo, que me encargara alguna obra, ¿por qué no? Tal vez una beca para Inglaterra, o en el mejor de los casos un papelito que

dijera que era un lindo caballo, según yo, donde puse todo mi entusiasmo, material y tiempo.

Agradecimiento, claro, que yo amplificaría ;del tamaño del mundo!, lo enmarcaría y lo colocaría en el lugar más visible de mi taller, presumiéndoles a amigos y enemigos que una obra mía estaba en el palacio de Buckingham... Lo que me dijeron en la embajada británica fue que ellos sólo podían manejar documentos relacionados con asuntos de dicha embajada, que si yo quería regalar ese caballo lo tendría que mandar a Inglaterra por mis propios medios; al siguiente viernes según la costumbre de la señora Martha, puntualita se apareció en mi taller con su cabello suelto, su porte de mujer bella, y bueno, pues a contarle los últimos chismes de mi existencia y, claro, lo del caballo y mi gran frustración por no poderlo mandar, luego de un mordisco de pan negro, queso y un generoso trago de vino, me dijo: “no te preocupes Fernando, yo lo puedo mandar (se me atragantó el queso, el pan y el vino), investiga cuánto cuesta y cuenta con ese dinero la próxima semana”. Loco de contento y un gran abrazo de despedida, a esperar la próxima semana.

Al día siguiente, el caballo debidamente empacado fue pesado en una oficina de la línea aérea que lo llevaría a Inglaterra. El viernes próximo entre mordiscos de queso y pan negro, medio atragantado tuve en mis manos no sé cuántos billetes, pero suficientes y... ¡ahí va!

Remitente: Fernando Cano, local #15, Plaza de la Ciudadela en la calle de Balderas, México, D.F.

Destino: Reina Isabel II, palacio de Buckingham, Londres, Inglaterra. Contiene: una obra original del escultor Fernando Cano, hierro forjado y soldado (original work of art) o algo así.

Y... ¡se fue!

Qué largos fueron aquellos días de espera, vinos y quesos fueron consumidos y nada; llegaba a mi taller más temprano que de costumbre y lo cerraba más tarde para darle tiempo al cartero por si se le hacía tarde “por ahí”. Y un día cualquiera... ¡se apareció el cartero! Casi le arranco de las manos un pequeño y coqueto sobrecito azul con su flamante sello del escudo real de Inglaterra, loco de contento corrí con el amigo que mejor supiera leer inglés, el papelito más o menos decía así: “Señor fulano de Abraham (yo) le enviamos esta carta para comunicarle que su Majestad Isabel Segunda NO RECIBE REGALOS DE LOS PLEBEYOS, mande usted dinero para el regreso INMEDIATO de su objeto”. Creo que le pedí a mi amigo que lo leyera tres veces porque estaba seguro que ese pedazo de papel ¡no decía lo que yo quería y rompiera las ilusiones acariciadas por

tantos días de pan y queso! Con una extraña mezcla de coraje y dolor, regresé lentamente a mi taller, tumbado en un banco y dándole vueltas al pedazo de papel azul, no quería aceptar que esa reina despreciara mi hermoso regalo, ¿plebeyo yo? ¡Nada de eso!, seguramente soy descendiente de algún rey o príncipe otomí, sólo que no estoy seguro de ello.

Los días pasaban y el berrinche bajó de tono, ¿qué hacer? Mi amiga ya no se ofreció a traer de regreso al caballo y yo nunca se lo pedí, ¡ah! ¡Rex Harrison!, un inglés, actor de cine que siempre “me ha caído muy bien” tal vez sería el nuevo dueño de mi caballo; mandé algunas líneas pidiéndole al tal coronel, almirante, general o lo que fuera, que firmó la cartita azul que recibí, hiciera el favor de hacérselo llegar al señor Rex Harrison, pues no podía mandar dinero para su regreso, además ya estaba mi caballo en Inglaterra.

Otros días de pan y queso y otro sobrecito azul puso el cartero en mis manos, “Nosotros no vamos a buscar al tal Rex Harrison, si usted (yo) no manda el dinero para el regreso de su objeto, será donado a la Cruz Roja británica para que sea subastado”, y firmaba el tal almirante o lo que fuera. No mandé ningún dinero u otra carta, ni sé qué fin tuvo mi hermoso caballo, ¡más merezco por andar queriendo quedar bien con una reina! De allí para acá me alegra muchísimo enterarme de todos los escándalos



de la “real familia”. Después de todo estoy feliz de ser un simple plebeyo y a lo mejor hasta con un chorrito de sangre de una reina o princesa otomí.

(Un día me encontré los papelitos azules, los hice cachos y los boté a la basura).





*Desamor (foto de Marthel Cano)*



## *Las monjas Josefinas*

EN AQUEL TIEMPO, recién llegado con mi madre y dos hermanos a la Ciudad de México, empezó una larga peregrinación por algunas colonias, tratando de encontrar el mejor lugar para sobrevivir; la Condesa, la Juárez, la Roma, Tlalpan, Azcapotzalco, Coyoacán, la del Hierro, la Magdalena de las Salinas, Independencia, la Pro Hogar, Narvarte, Vértiz Narvarte, Zacahuisco, Villa de Cortés, tal vez alguna otra y finalmente la Portales. Una vecindad enorme como gigantesca conejera, un cuarto con su cocina fue nuestra nueva residencia; asomado a la ventana desde un segundo piso de aquel lugar que daba a un callejón, luego de llegar de una escuela donde unas monjas Josefinas me dieron cobijo como medio interno, me pasaba las horas mirando a un grupo de desarrapados muchachos de todas las edades que jugaban futbol, donde todo lo que permitía lo angosto del callejón delimitaba lo ancho de la cancha, mi ventana quedaba más o menos en medio, así es que podía dominar todo el

“campo”, y mirar todos los goles de uno y otro lado; yo no tenía siquiera nociones de lo que era el fut, pero cómo me moría de ganas de bajar y patear aquella pelota que iba y venía de un lado a otro, nunca me atreví a bajar y aquellos aguerridos futbolistas jamás voltearon a mi ventana para invitarme a participar en su juego; mi maravilloso mirador no duró mucho tiempo pues un viejo militar dueño de esa gran “conejera” le echó el ojo a mi hermana que era muy guapa y mi madre nos sacó rápidamente de aquel lugar; el siguiente fue a pocas calles de distancia, precisamente en las márgenes del gran canal de desagüe de aguas negras que en el verano sus fétidos vapores nos “perfumaban” día y noche, además debíamos tener cerrada la puerta de la calle para no permitir que miles de enormes ratas nos hicieran más pesada la existencia, pero las ratas se metían a la casa por el drenaje y entraban y salían por el wc; al ir al baño de noche, obligado era llegar “armado” de un palo, al encender la luz, las ratas de un olímpico clavado desaparecían por donde habían entrado. Precisamente en la esquina de mi casa había un molino de nixtamal y cuando los camiones llegaban a descargar, quedaba mucho maíz tirado en la calle, en la tarde o noche cuando yo llegaba a mi casa, al pasar por el lugar del molino lo hacía a toda carrera con el fin de patear la mayor cantidad de ratas que por docenas se disputaban los granos de maíz esparcidos por el suelo.

En la escuela de las Josefinas donde estudiaba por aquel tiempo el tercer año de primaria, conocí a Chava un muchacho que vivía cerca de mi casa y nos hicimos grandes cuates, tenía un hermano gemelo, pero no se parecían en nada, él regordete y su hermano completamente flaco; este cuate, al paso de los años, sería mi compadre; el día que lo conocí, nos agarramos a trompones por una gravísima discusión en un importante juego de canicas, con eso de que “estás tragando mano” y “tus ponches están cascados”, no tuvimos más remedio que trenzarnos a patines y trompones, afortunadamente en la revolcada él salió con la peor parte, luego seríamos inseparables amigos; alguien le puso el apodo de “el Taco” que le duró hasta el día en que murió.

En aquel tiempo no sabíamos nada de fútbol. En la escuela de las Josefinas jugábamos frontón. Ubaldo, el más aplicado del salón y yo, en la fila de los burros, éramos invencibles cuando jugábamos como pareja contra otros chavos, cosa que no era muy frecuente porque la mayor parte del tiempo estaba yo castigado y sin derecho a nada, bueno sí, a lavar las enormes mesas, que después de cada comida las dejábamos completamente atascadas, lo único bueno de tanto castigo fue que “alguien” descubrió un “ojo de buey” sin reja que estaba debajo del nivel del piso de los salones y que servía para ventilar los pisos de

madera de los salones de toda la escuela, todos estaban conectados de un salón a otro, un verdadero laberinto casi en tinieblas, sólo con la luz que entraba por las enormes rendijas de los viejos pisos de madera.

A gatas, pues no cabíamos de pie, pronto descubrimos los salones de las chavas internas más grandes y allí nos pasábamos el tiempo, cuando podíamos, mirándoles los calzones a todas aquellas preciosas muchachitas, sobre todo cuando “pasaban al pizarrón” una tras otra y eso era ¡todo el tiempo!, ni las monjas se nos escaparon, pero no había mucho que ver allí, pues con esos enormes calzonzotes no veíamos nada que valiera la pena, si acaso un cachito de pantorrilla; cuando salíamos de allí parecíamos auténticos “polvorones” llenos de polvo y telarañas con los ojos rojos por la tierra que nos caía encima.

El barrio del Chava cada vez fue más mío. Mi amigo Vicente mucho más grande que yo, me regaló unas viejas botas y desde entonces fui “el güero de las botas”.

Alguien llevó una pelota a la “cuadra” que es una escuadra que forman las calles de Valdivia y Bengala, ese fue mi mundo durante muchos años: aquella pequeña pelota comprada en la tienda de don Pepe fue el principio de aquellas terribles “cascaritas” que nos echábamos en las calles de tierra de mi barrio, donde luego de cada partido lucíamos los grandes raspones, ¡era como lucir



medallas en alguna ganada batalla!, las costras nuevas suplían a las costras viejas, era un cuento de nunca acabar. Alguien nos organizó y formamos el equipo de fut Piratas en la infantil A, yo fui el flamante portero empeñado en no dejarme anotar ni un gol; el Coco, Brígido, Rico, el Pelón, el Toto, el Canelo, el Chuchín, Mario, el Purrún, el Ruso, Chavo, Tito, el Sabio, Raúl, el Caballo, el Palomas, el Maracas, el Cadáver, el Billete, Armando, y algunos más; había que ganarse el puesto, cada partido era como una final de la copa Jules Rimet (copa mundial) donde el corazón iba por delante; los juegos eran a morir, nadie se podía rajar, no importaban las uñas que se levantaban de tanto pisotón, total ya saldría otra nueva que a su vez sería repuesta luego de morir con gloria. Y aquella costra que salía volando de un patín dejando un trozo de carne viva, donde la sangre escurrida sería pronto cubierta por una buena ración de polvo de aquellos campos, donde el pasto ni se conocía; las palmadas de los camaradas luego de anotar o evitar un gol, los aplausos de las madrinas de ojitos juguetones luego de un partido ganado, o el reproche del compañero luego de haber “metido la pata” en una desafortunada jugada, el tiempo no importaba, con el sol de las dos de la tarde cayendo como plomo. El tiempo de aguas, donde el balón pesaba como una roca y los tremendos lodazales, donde después del juego lo más común era

bañarse en el charco más transparente, haciendo a un lado a los cientos de ajolotes habitantes de aquel flamante lodazal; hacer los comentarios de lo vivido, regañar al más bruto, festejar los “centros” del Ruso, el elegantísimo juego de Brígido, la potencia de tiro del Billeto, el golazo de Chuchín, las garrudas entradas del Perro y claro, las suicidas atajadas del portero, que era yo, y a esperar con ansia el próximo domingo. Entre semana, algunos juegos en la cuadra donde la pelota se empeñaba en caer en la casa de don Beto, que invariablemente nos la devolvía abierta con su navaja, hasta que un día nos enfrentamos, él, con su famosa navaja y yo con medio ladrillo en cada mano y reclamando mi pelota, una gran porra me apoyaba y entre los gritos sobresalía la voz de Martha la más guapa del barrio ¡Dale Cano! Ni él se atrevió con su navaja ni yo con mis medios ladrillos. Don Beto, “torero bufo” ya retirado con varias cicatrices en la cara y las manos chuecas dejadas por los toros, y yo, con el tiempo seríamos grandes amigos, ya olvidado el asunto de la navaja y los ladrillos; con frecuencia me platicaba sus andanzas toreriles, historias llenas de color de los personajes Chema y Juana (él era Juana), historias de algún compañero aplastado bajo las patas de algún novillo, era un hombre sumamente supersticioso que el día que le tocaba trabajar en alguna plaza pueblerina y veía un gato negro, un entierro o rompía un espejo,

nadie lo hacía, por nada, hacer su personaje de Juana, no importaba que fuera a parar con sus huesos a la cárcel de cualquier lugar de nuestra provincia.



## *La Marquesa*

EN EL TORNEO FUTBOLERO, con mi equipo “Corsarios”, siempre hicimos un decoroso papel competitivo, lográbamos primero o segundo lugar; al final del torneo había un receso de dos o tres semanas, mientras se registraban equipos y jugadores para el siguiente. Este descanso lo aprovechábamos para salir en bola de la ciudad.

Eran paseos familiares, siempre a algún balneario del estado de Morelos: salíamos a las ocho de la mañana y regresábamos a las seis de la tarde, en un autobús previamente contratado que nos recogía y nos dejaba en el corazón del barrio. Otro lugar muy frecuentado era un pequeño valle localizado en el poniente del pueblo de Salazar que tiene una pequeña laguna y estación del ferrocarril México-Toluca, cerca de La Marquesa.

La vía del ferrocarril hace una gran curva en forma de herradura (pasa por arriba de este lugar) y en el fondo está el pequeño valle rodeado de un tupido bosque de pino

y un pequeño riachuelo de limpia y transparente agua lo cruza; de allí podíamos beber con toda seguridad (esto fue hace muchos años). No he regresado al lugar pero seguro que ese limpio riachuelo ya es otra cosa, lo primero que hacíamos llegando al lugar –10 - 11 de la mañana–, era armar algo que parecían tiendas de campaña que no eran más que unas mantas gruesas ancladas con cuatro palitos en sus extremos y uno en el centro, donde sólo podíamos entrar o salir de panza, el resto de la pandilla iba al bosque a recoger leña de árboles caídos y muertos pues en la noche hacía un frío de “los mil diablos”. De las mochilas salían latas y más latas, sopas, leche, huevos, azúcar, café, jamón, queso, pan, vasos, algunas frutas y un sinfín de cacharros, sartenes y cacerolas, una pequeña hacha y varios machetes.

Los otros “comisionados” (los más inútiles) iban al pueblo de Salazar siguiendo la vía del ferrocarril a comprar una importante cantidad de refrescos embotellados (esos no los llevamos nunca porque pesan mucho) y desde luego algunas botellas de ron (por aquello del frío ¡claro!), todo esto nos llevaba un buen de tiempo, la primera comida la hacíamos entre tres y cuatro de la tarde, preparada por algunos de los que se les da eso de la cocinada y además lo hacían bien y en orden, unos calentaban tortillas en un comal, otros freían huevos que serían puestos en un plato de arroz (previamente cocinado

por la mamá de alguno de los de la pandilla). Luego de comer, entre todos lavábamos los cacharros para que estuvieran listos para la cena. Ya anochecía y la fogata de la comida estaba bien alimentada con grandes trozos de madera, una o dos guitarras que venían protegidas por cobijas aparecían, y acomodados de la mejor manera posible alrededor de la fogata y armados de una generosa porción de ron, los más románticos se “arrancaban” con “el reloj, la barca, novia mía”... y un sinfín de canciones de la época de los tríos, sólo interrumpidas cuando pasaba el tren, iluminando todo el valle con su potente faro, lo saludábamos con nuestras lámparas de mano y ellos se despedían con su sonoro silbato.

La cena casi siempre eran salchichas asadas en las brasas y un trozo de pan que te “bajabas” con un trago de ron, los tristes con un café.

Cuando el frío calaba, uno por uno nos metíamos al improvisado refugio, luego de ponerle más palos a la hoguera y nalga con nalga esperábamos a que saliera el sol. Al día siguiente lo mismo: recogíamos la mayor cantidad de leña ayudados con nuestra pequeña hacha y machetes, íbamos otra vez al pueblo a comprar lo que hacía falta, y entonces aparecía un pequeño balón de fut americano, hacíamos dos equipos de los que querían jugar y nos echábamos un “tochito” (juego de fut americano sin la rudeza del original), luego de una buena “sudada” los

más valientes se bañaban en la helada agua del riachuelo, y luego de preparar la comida, los más hacendosos y ordenados del grupo; otra vez en la noche, la fogata, las canciones y el ron (dijimos que para el frío).

El regreso a la ciudad era por la tarde en un autobús de segunda clase de la línea Flecha Roja que paran en muchos pueblos del camino, esa última noche que pasamos nos despertó un fenomenal escándalo que hacían los perros del pueblo, los que despertamos (otros ni se enteraron) salimos a rastras de nuestros refugios para escuchar un sonido ronco y grueso que venía de alguna parte, enseguida la tierra se estremeció violentamente, el agua de nuestro quieto y apacible riachuelo se embraveció, y golpeaba violentamente contra las paredes de su cauce y saltaba como una ola, dejando ver por instantes el fondo rocoso y libre de agua; alguno de los amigos quiso ponerse de pie y sólo logró caer de espaldas quedando en una ridícula posición que si no hubiéramos estado espantados, habría sido el causante de un ataque de risa de los que tuvimos la oportunidad de mirarlo, todos en cuatro patas nos mirábamos unos a otros sin saber qué onda, no sé cuánto duró aquel fenomenal “meneo”, cuando terminó nos miramos y todos estábamos en la misma posición, con los brazos y las piernas abiertos, parecíamos perros de esos que alguna vez viajan en la plataforma de algún camión: con las patas muy abiertas para guardar el equilibrio;



luego de algunos comentarios, cada quien a su cobija pues hacía mucho frío. Con la salida del sol, lo pasado ya era historia; desayuno, un juego de “tochito”, comida y el regreso a la ciudad; con ojos incrédulos veíamos una gran cantidad de bardas derrumbadas, después nos enteraríamos que el Ángel de la Independencia “voló” hacia abajo, creo que esto fue en 1957.



## *Algo de terror*

CASI EN CUALQUIER CASA y luego de la cena, en la sobremesa alguien cuenta algo de espantos: y tú, ¿has visto un fantasma? ¿...Uno? No, yo he visto como cuarenta, ¿Cuarenta? A ver, cuenta. La casa que construí aquí en Toluca en el barrio de Tlacopa cerca de La Maquinita estaba en un terreno largo. Por un lado da a lo que era un tramo al aire libre del río Verdiguél, y por atrás un andador como de cuatro metros de ancho lo separa del antes panteón, atrio y capilla del lugar; yo iba y venía de la Ciudad de México pues tenía mi taller en la calle de Balderas; duré cuatro años viajando diariamente. Una noche, como de costumbre, llegué cansado del trabajo y del viaje, las campanas de la pequeña iglesia estaban llamando a misa, cosa inusual a esa hora, lo cierto es que al tener tan cerca la iglesia, todo el oficio religioso te lo echabas a fuerza, los domingos acostumbraban poner unas potentes bocinas en las torres para que todo el mundo se enterara del sermón dominical, aunque

estuvieras en el baño igual te caía el sermón encima, y el 12 de diciembre el disco aquel de “la Guadalupana, la Guadalupana...”. ¡Todo el tiempo el mismo disco...! ¡Cómo me daban ganas de que les cayera un rayo a esas escandalosas bocinas! Esa noche como a las siete, apenas entrando a casa, salieron mis dos hijos, uno terminaba la primaria y el otro empezaba la secundaria, “llévanos a la iglesia papá, hay misa, oye las campanas”. “¿A misa? ¿Y eso?, si nunca vamos, mejor merendamos y vemos un rato la tele ¿no?”. Su madre había escuchado su petición y me dijo: “ándale, llévalos ahora que te lo están pidiendo”. “Pero es que tengo hambre, estoy cansado, y me quiero acostar enseguida y el programa de balazos ¡ya va a empezar!”. Nada, ningún argumento me funcionó. “¡Llévalos!,” “ora pues vámonos”, “no, ya no vamos”, “pues ora sí vamos, caminen”. En esa casa donde vivíamos también tenía una puerta grande por la parte de atrás por donde metía mi automóvil, por adelante no se podía porque estaba el canal del río Verdiguél a cielo abierto. Para entrar a la casa yo había colocado tres vigas de madera juntas y horizontales que hacían las veces de puente, ¡y allá vamos!, inmediatamente saliendo (por atrás) te topabas con una barda de adobe muy deteriorada y bajita, apenas te llegaría a la altura del pecho, detrás de la barda teníamos al panteón también bastante ruinoso, ya desde mucho tiempo atrás no sepultaban a nadie ahí;

en seguida, a la derecha estaba el pequeño atrio, luego la capilla con sus grandes puertas completamente abiertas, todo iluminado y los cantos y los rezos se escuchaban con toda claridad como de costumbre en un domingo a la hora de misa. Se veía totalmente llena, afuera había mucha gente como sucede en todas las pequeñas iglesias de cualquier pueblo. A la gente que llega tarde le toca patio o atrio; en este caso, esto fue lo que vimos los tres pegados a esa vieja barda de adobe, caminamos a la derecha porque allá estaba la entrada atrás de la capilla, siempre siguiendo la barda, que no variaba de altura, por unos momentos perdimos de vista los portones abiertos y a la gente, llegamos a la mismísima puerta de la iglesia y ¡estaba cerrada! ¡Ninguna persona por ahí!, en la parte alta sólo un miserable foquito iluminaba el lugar, los tres pusimos las manos en la puerta empujándola un poquito, ¡nada, estaba perfectamente cerrada!, ¿y los rezos? ¿Y los cantos? ¿Y las luces? ¿Y la gente? Si el oficio hubiera terminado cuando nosotros llegamos simplemente nos hubiéramos topado de frente con los feligreses que salían, no había de otra, ¿y la puerta cerrada tan de prisa? Si la gente siempre tarda “un buen” en abandonar cualquier templo por chiquito que sea; ahí parados con cara de bobos sin saber qué, alguien dijo “ya se acabó papá... vámonos”, ahí sentí un pequeño temblorcito en las rodillas y dije “bueno, si llegamos caminando, caminando nos

vamos, ¿sale?”. ¡Creo que dimos tres pasos y arrancamos en una desaforada carrera que terminó hasta la cocina y la puerta cerrada de un portazo! ¿Qué les pasa? ¿Por qué están amarillos? ¿Fueron a misa? Medio atragantados platicamos lo sucedido, la abuela de los chavos, que no perdió detalle de lo narrado, simplemente dijo: “se metieron a una misa de difuntos, vayan a rezar un padre nuestro y duérmanse”. Mis dos hijos viven en esa casa y del segundo piso construido en el fondo del terreno se puede ver desde lo alto el panteón ya limpio sin tumbas, sólo dejaron una o dos de las más representativas y bonitas, lo demás es un limpio jardín arbolado, la barda de adobe está reconstruida y el 12 de diciembre, ¡el mismo disco! “La Guadalupana, la Guadalupana”. Nunca cayó el rayo que tan fervorosamente pedí. ¿Un fantasma?... ¡No... como cuarenta...!

## *La roleta*

EN EL ORO había un parque con juegos: columpios, resbaladillas, sube y baja, volantines y algo más, así era la Roleta. Cuando mi hermano Isaías, de nueve años, y mi hermana Rosita, de once, pedían permiso para ir al parque procuraban que yo no me enterara pues estaba muy chico y tenían que cuidarme; creo que tenía cuatro años. Tampoco me llevaban cuando ellos y su pandilla iban a robarse la fruta de algún huerto: ciruelos, peras, duraznos o capulines, pues había que correr y al que atrapaban los dueños de los huertos siempre era a mí, ya que jamás podía correr como ellos y sus amigos. “A la Roleta sí van pero llévense a su hermanito”, decía mi madre, o sea yo, y ni modo, a cuidar al latoso hermanito. En un descuido de ellos, me crucé en el viaje de un columpio ocupado por otro chiquillo y lo paré ¡con la frente! Con un buen “surtidor de sangre” llegué a la casa de la mano de mis espantadísimos hermanos que dijeron: “¡se cayó Fer mamá!”, me pusieron un buen parche en la frente y a otra cosa.

En ese tiempo vivíamos en una casa de dos pisos a la entrada del pueblo, sólo ocupábamos la parte de arriba, abajo todo el espacio eran gallineros, con gallos y gallinas blanquísimos pero bastante salvajes. Cuando acompañaba a mi madre a recoger huevos siempre llegábamos armados con una escoba pues eran bravísimos aquellos gallos. La escalera hacia el piso de arriba era muy empinada y un día por bajar de prisa ¡allá voy de cuernos para abajo!, y justo me da donde me había pegado el columpio de la Roleta, me volví a abrir la frente, otro parche y ya. “Futureando”, mi padre don Juan Cano puso una puerta en la parte de arriba, bajita pero con un resorte para que siempre estuviera cerrada, para ver mejor su funcionamiento la abrí de golpe, la solté, di un paso al frente, y no me moví, la puerta se cerró ¡y ahí voy de nuevo dando tumbos abajo! ¡Otra vez me di en el mismo lugar, la abierta en la frente con su escandalosa cuota de sangre!; esta vez mi padre puso otra puertita a media escalera por si el sonso de mí volvía a caerse, no, ya no sucedió; la última fue en la Roleta, trepado en el extremo de un sube y baja todo iba bien, sólo que mi compañero de juego cuando iba yo ascendiendo, dio con la tabla en el piso, y yo mal agarrado seguramente ¡salí despedido! y me di con el fierro que equilibraba el juego aquel y ¡otra abierta en el mismo lugar! Tanto porrazo dejó su huella para siempre; tengo un cacho de hueso sumido en la frente del lado izquierdo.



En tiempo de posadas, ¡era de lo más agradable! Todos los días había piñatas, los vecinos con más posibilidades económicas se encargaban de que no faltaran éstas repletas de fruta y caramelos; en el centro de la calle una gran fogata, las señoras sentadas en sillitas y banquitos traídos de sus casas, cantando eso de “dale, dale, dale”... los señores un poco más allá platicando y echándose unos pequeños jarritos de ponche, que más que ponche era puro mezcal, y ¡claro! no faltaba el chamaco chillón que llegaba con su mamá, a que le sobara algún chichón que se había ganado de un poderoso garrotazo por atravesarse en la piñata a lo puro idiota, como aquel del columpio en la Roleta, ¿se acuerdan?

La colación, la pedida de posada de los peregrinos, la misa de gallo a media noche en la parroquia, los castillos de fuegos artificiales de mil colores, y desde luego el “torito” cargado de candela y correteando a chicos y grandes.

Otro grato recuerdo es cuando mi madre, doña Dolores Aurora, se sentaba por las tardes en el portalito de la casa, remendando un calcetín y rodeada de un montón de chiquillos atentísimos; era una extraordinaria contadora de cuentos, tenía a todos al borde del infarto cuando nos contaba las peripecias del apuesto príncipe para rescatar a la dulce princesita.

“¿Y qué dice la negra mora? A veces canta, a veces llora”, le preguntaba el príncipe a una mariposilla, que todos los días se le posaba en el hombro cuando paseaba por los inmensos jardines de su lejano reino; y de aquel pobre leñador que un día la noche lo atrapó en medio del bosque y por miedo a las fieras se trepó a un árbol, sólo que al pie de aquel árbol, era donde se reunían todas las brujas de la comarca y más allá, cantaban y bailaban tomadas de las manos alrededor de aquel gran árbol diciendo: “lunes y martes y miércoles tres, lunes y martes y miércoles tres, lunes y martes y miércoles tres...”

¡La misma cantaleta todo el tiempo! Y nuestro pobre leñador, aburrido de semejante y monótono canto se los completó diciendo: “lunes y martes y miércoles tres, jueves y viernes y sábado seis”, ¡todo un éxito! Las brujas localizaron al leñador con el olfato (porque eran ciegas), lo bajaron del árbol y le dieron un montón de oro como premio por aquel hermoso canto.

Cuentos como éstos eran larguísimos, cada uno duraba más de una semana. Con el llamado de la parroquia para el rosario se terminaba el cuento por aquel día. Siempre le decíamos: “¡otro poquito, otro!”. Pues la bella y tonta princesita había caído en otra trampa de la malvada bruja, ¡rayos! A esperar hasta mañana a la misma hora a ver qué pasaba con la boba princesa que lloraba y lloraba. Luego de muchos días,

¡otro cuento! “¿Cuál quieren?”, nos preguntaba mamá (ya nos sabíamos todos, pero había que escucharlos de nuevo). “El de Pirucho y la leona, ¡no, mejor el de María Isabelilla!, ¡no, el del Rey Culebro!, ¡no, la fuente de mil colores!, ¡no, el azotador!, ¡el de ceniza flor!, ¡el de Humar!, ¡el de Juan del Oso!”.

En qué terribles encantamientos se veían nuestros héroes y cómo volaba la imaginación, pensando en el pobre príncipe metido en un pozo y cubierto de cadenas, sólo alimentado por una libélula que todos los días le llevaba ¡tres granitos de arroz!

¡Esos sí que eran cuentos! Qué “mala onda” que a los chavitos actuales no se les enseñó a soñar con todos aquellos fantásticos personajes, bueno, la verdad es que tampoco hay quién se los cuente, total, ahí está la tele con su gran cuota de violencia, ¿o no?

Ya adulto compré la colección de cuentos de Perrault, de los hermanos Grimm, y algunos otros escritores, incluyendo las *Mil y una noches*. Y esos cuentos que nos contaba mi madre no están en todos esos libros, ¿dónde los aprendió? y también mi padre, recuerdo algunos trozos de los que nos contaba. Ya abuelas, mis hermanas Rosita y Jana se dieron a la tarea de recordar aquellos maravillosos relatos: “¡No, no, hermana ya estás metiendo aquí el 'silbatito del diablo'!” “y tú ya te saltaste lo del cacharrito y el árbol de las manzanas de oro”.

Y así poco a poco fueron tomando forma cuando menos diez cuentos, a lo mejor un día me atrevo a publicarlos para que no se pierdan, y así recordar a papá y mamá.

¡Ah que la boba princesa!



*La Roleta (foto de Marthel Cano)*



## *Lienzo charro*

LAS PIERNAS ME TEMBLABAN de manera tan incontrolada que alguien me dijo “si tienes miedo bájate”. ¿Bájate?, si ya estaba yo con las manos amarradas en el lomo de aquella yegua metida en un cajón donde apenas tenía espacio para moverse y trataba de deshacerse de lo que tenía sobre el lomo de manera tan molesta. Todo esto comenzó semanas atrás cuando Pedro Cervantes, jefe del taller de decorado en la fábrica donde lo conocí, empezó con la idea de que si queríamos ser charros, ¡charros! ¿Y eso en qué consiste? La invitación fue dirigida a todos los jóvenes que trabajábamos en esa fábrica de cerámica y en especial a los del departamento de decorado. Como diez o doce (seríamos alrededor de veinte en ese departamento) nos apuntamos a semejante disparate; el domingo siguiente estábamos en el Lienzo Charro de la Ciudad de México (lugar donde se practica la charrería) atentos a las colas, las manganas, cala de caballo, floreo de reata, piales, el suicida, paso de la muerte con los ojos vendados, jineteo

de yeguas, potros, y toros cebúes (esos que tienen la gran joroba), atentos y aleccionados por algún caballerango que nos decía “el equipo más elemental con que deben contar es: chaparreras, reata de lechuguilla, espuelas, botines, sombrero ancho, traje de charro (de faena), un pistolón y caballo”. Sí, cómo no. ¿Y qué más?

Otros domingos después, la mayoría ya llevábamos botines, pantalón de mezclilla, un sombrero de palma (aunque no de charro) y espuelas, yo conseguí unas usadas en el mercado de Tepito con gigantescas rodajas (estrellitas que tienen las espuelas en la parte de atrás y que los charros de las películas arrastran al caminar), que “ahogué” con alambre precisamente para que no giraran y sirvieran para sostenerme al clavarlas en la panza de reses o caballos cuando jineteáramos alguna bestia. Además, había que aprender a caminar como zambo con la punta de los botines apuntando hacia adentro y, claro, arrastrando los talones para que las espuelas sonaran contra el piso. Algunos charros “de a veras” ya nos conocían, pues desde antes ahí estábamos cerca de ellos, atentos a lo que hacían, ya sabíamos lo que era una cola de media vuelta o de vuelta completa, un pial, una mangana, dónde era el arrancadero y algunas cosillas más. Un domingo, luego de la fiesta charra con su escaramuza femenina y todo, le pedimos a uno de los charros, el que nos pareció



con más autoridad, que nos prestara al ya maltratado ganado para darle una jineteada.

Algunos hombres de a caballo encerraron al ganado en los cajones del lienzo charro y se fueron a “chupar” y a hablar de la mangana, del alazán de hocico duro... la cosa era echarse unos tequilas con los cuates de a caballo, y no nos pelaron más. Algún caballerango con la promesa de una buena propina nos asistió en esa primera prueba de fuego, ¿quién va primero? ¡Yo!, claro que yo... “súbete al cajón, párate aquí, baja las mano con las palmas hacia arriba hasta el lomo de la yegua, agarra bien el pretal (cuerda que pasa por debajo de la panza de la yegua, toro o caballo) con una mano o las dos... tú, agarra a éste del cinturón para que no se vaya de cuernos dentro del cajón”, me paré donde me dijo, como si estuviera montado, pero apoyando los pies en los laterales del cajón y con las palmas de las manos hacia arriba y apretando el famoso pretal ¡y todo lo demás!, por un momento me pude sentar en el lomo de la yegua y... ¡ya! La gran puerta se abrió, ¡las piernas pa'lante! ¡La cabeza pa'trás! Y ya no vi nada, todo giraba, y giraba, todo se movía de abajo hacia arriba, todo terminó de pronto, sentado, en la arena del lienzo charro completamente revolcado y atarantado; luego de mí siguieron otros cuates más; la mayoría de plano se “arrugó” luego de ver cómo salíamos despedidos violentamente del lomo

de aquellas malhumoradas bestias y dábamos en el suelo en las posiciones más ridículas inimaginables. ¿Nadie más va? preguntó el divertido caballerango, ¡yo! ¡Otra vez yo!, y la mismísima revolcada. Luego de entrarle con nuestro “cuerno” (dinero) al cuate que nos ayudó, fuimos a festejar nuestra hazaña a una cervecería, entre los cuates que íbamos había un mocetón grandote y bien “hecho” de ojos claros que no soltaba su nueva reata de lechuguilla y su sombrero estilo Michoacán (él era de allá), y arrastrando a más y mejor las ruidosas espuelas, fue el primero en entrar a la cervecería abriendo las puertas de par en par, y levantándose el sombrero con el dedo índice izquierdo y dirigiéndose a la barra subió la pata, bueno al tubo ese que todas las cantinas tienen en la parte baja de la barra (lo de la barra me lo han contado) para que todos vieran sus brillantes espuelas recién compradas con sus adornitos de plata, tiró dos o tres escupitajos y pidió su Victoria bien fría, no, pos' Jorge Negrete le quedó chico ¡pero con mucho!, a este cuate. Los domingos, días de fiesta en el lienzo charro el muelas ya hablaba como gente de campo, engolando la voz “mira, ese cabao tordío”, ¡ja! Ese pelao, el famoso Muelas pa' los cuates jamás se subió a ninguna bestia, cuando todos estábamos en los cajones del ganado ayudando a los compas, quién sabe a dónde diablos se metía, siempre se aparecía luego de las revolcadas que varios nos llevábamos cada domingo,

pero eso sí, era el primero en la cervecería, sus escupitajos y su Victoria bien helada. Los ánimos decayeron luego de recorrer varios lienzos charros como el de Santanita, el de San Ángel, la Viga y algunos otros; siempre amontonados en el carcachón convertible de Pedro, luego de algún tiempo sólo quedamos él y yo. Pedro tenía un caballo llamado *El Sacrificio*, caballo negro entero y mal portado, tan necio que se iba a donde se le pegaba la gana; Pedro y el animal ya eran aceptados en la Asociación de Charros de San Ángel (por ahí vivía), ya empezaba a echarse sus colas pero con ese caballo tan mal portado no era muy bien visto, todo mundo se alejaba, pues lo mismo le tiraba un mordisco al caballo más próximo que una coz. Un día estando en el lienzo de San Ángel, de un camión bajaron a tres gigantescas yeguas traídas de Durango, súper bronquísimas, bufando y pateando todo lo que estaba cerca, con algunos problemas las metieron al corral y todo mundo a hacer comentarios del brío de aquellos preciosos animales, alguien comentó: “¿y qué tal si les damos una buena jineteada?”, todos aplaudieron la idea, sería el siguiente domingo, a las once de la mañana, ¡ya vas!

Entre toda esa gente de a caballo, sí hay verdaderos charros: arquitectos, médicos, ingenieros, algún político y muchos más o menos ricachones; eso de tener y presumir un buen caballo cuidarlo y alimentarlo no es

nada barato, así es que todos eran bastante ricachones. Llegó el domingo y uno por uno fueron apareciendo los que supuestamente jinetearían a las yeguas, pues sí, pero todos como figurines, ¡elegantísimos! Los que no venían de un importante desayuno con el señor ministro, otros irían a una comida con el mismo personaje; hasta los que sí sabíamos que eran charros “de a devis” porque a los que sacan a su caballito y su elegante traje sólo para lucirlo los domingos y días de fiesta les decían charros de banquetta, sólo Pedro y yo llegamos de ropa de “trabajo”. Ante tal desilusión, se acercó un caballerango y nos dijo “somos tres y hay tres yeguas, ¡le entramos?”. ¡Ya vas!

Luego de mucho trajín entre varios de los trabajadores de aquel lienzo, las yeguas fueron metidas en los cajones, nos rifamos los turnos, al caballerango le tocó la primera, a mí la segunda, ¡no, pos' qué jineteada le dio aquel cuate!, parecía que estaba soldado al lomo del animal, la yegua no lo pudo tumbar, y se bajó con el pretal en la mano ( la manera más elegante de bajarse luego de una excelente jineteada) ¡tal y como debe ser! Y ahí voy yo –aquí es donde empecé esta pequeña historia–, “si tienes miedo bájate”, si me hubiera bajado, nadie diría nada, y no sería tachado de rajón, simplemente se respetaría mi decisión, pero... si ya tenía las manos amarradas en el lomo de la yegua con sólo abrirlas quedaría libre,

¡pero no! El siguiente paso era lograr sentarse en el lomo del animal, ¡uf!, no podía, apenas le ponía las nalgas en el lomo, la yegua se sacudía violentamente golpeándose con mucha fuerza en los cuatro lados del cajón; por un momento logré sentarme y al grito de ¡ya! abrieron la puerta del cajón, sólo que al quedar la puerta completamente abierta, la yegua no salió sino que se lanzó con mucha violencia hacia el frente y se partió la cara contra las trancas del cajón, luego reculó en diagonal y se atoró conmigo en un poste de atrás, se paró de manos, dio un giro completo hacia la derecha, y volvió a chocar con las trancas pero de costado; todo iba bien sólo que mi pierna derecha quedó entre las trancas y la yegua, me puse “blandito” de semejante apachurrón... y ¡al suelo! La yegua se alejó tirando mil furiosas coces y regando sangre por la tremenda herida en la frente. Recuerdo que, de manera lamentable, me levanté, tomé mi sombrero, trepé y bajé por las trancas, vomité y me senté por ahí, alguien me preguntó ¿estás bien? Sí... creo que sí, y ya nadie me peló. Por allá seguía la fiesta, cuando se acordaron y fueron por mí ya no me pude parar, la pierna, del apachurrón, estaba recta y tan hinchada que casi reventaba el pantalón, algún médico de los que estaban ahí dijo, “no está rota”. ¡Puf! Me recetó algunos chochos y muchos días me duró negro el muslo, y poco a poco bajó la hinchazón. Esa fue la

última vez que me trepé a un bronco, ni lo he hecho ni lo volveré a hacer. Si me subo a un caballo, será el del carrusel de la feria de mi pueblo y todavía allí ¡quién sabe!



*Bronco (foto de Marthel Cano, 2012)*





## *Esgrima*

DURANTE MUCHO TIEMPO tuve la idea de aprender esgrima y soñaba que con un poco de práctica los tres mosqueteros me quedarían chicos; en una de las tiendas de deportes en el centro de la Ciudad de México compré un flamante florete con su respectiva punta de goma, y empecé a recorrer los lugares donde se practicaba esta disciplina, todas las escuelas que encontré eran de paga o maestros particulares. Nunca pude pagar un curso, era bastante caro, me quedé con las ganas. En la casa de mis hijos está aquel flamante florete con su punta de goma, listo para un combate que nunca se dio.



### *El chavo del tambor*

CUANDO ESTUVE DE MEDIO INTERNO en aquella escuela de monjas, madres Josefinas, de tercero a sexto grado de primaria me la pasé ahí; la escuela estaba en la Calzada de Tlalpan a la altura de la parada del metro Portales, nosotros vivíamos en la colonia Villa de Cortés, a dos estaciones de la Portales. El transporte en aquella época era el tranvía de los que iban del Zócalo a Tlalpan y a Xochimilco, diez centavos costaba el viaje en el tren doble (dos carros enganchados); el primer vagón era para pasajeros, el segundo era casi de carga como: verduras, flores, sacos de carbón, frutas, pájaros, hasta perros y gatos subían a esos trenes. Cuando me paraba a esperar el tranvía que me llevaba a la escuela, pensaba dónde empezaría y dónde iba a terminar aquella calzada trazada en línea recta, pues no le veía principio ni fin, pronto lo descubriríamos algunos chavos y yo viajando de mosca en la parte posterior de aquel transporte eléctrico y ahorrándonos los diez centavos del viaje.

El uniforme de aquella escuela de monjas era de corte militar: zapatos negros, pantalón azul marino, camisa blanca, un chaquetín color beige, quepis y guantes blancos (que siempre estaban negros); con ese uniforme todos los alumnos queríamos una banda de guerra con tambores y cornetas, pero la madre superiora siempre nos mandaba “por un tubo” diciéndonos que no había “lana”, que a lo mejor si Dios lo quería el año próximo nos los compraría, pero había que ver las camionetas que tenían a su servicio las monjas. A tanto darle lata a la monja, Dios quiso que nos compraran un tambor, ¡un miserable tambor para toda la escuela! Cuando se apareció el codiciado tambor, no sé cómo me lo agandallé y no lo solté nunca, furiosos redobles marciales invadieron toda la escuela y por semejante escándalo me mandaban a practicar a la azotea de la escuela de las mujeres; qué mejor, aprendí a calentar el cuero del tambor en el sol y templarlo para que su sonido fuera más metálico; creo que las monjas no sabían nada acerca de un tambor y decían que yo lo hacía muy bien “tan, tan, tracatan, tracatan”, todo un concierto de marciales sonidos salían de aquel estirado cuero, vuelta para allá y vuelta para acá en la azotea de la escuela aprendiendo de puro oído y poder balancear correctamente al caminar aquel ruidoso instrumento con paso marcial; creo que hasta me portaba mejor para evitar los castigos que nunca me faltaron, muchísimas

veces como castigo me metían a un salón de costura junto a otras internas también castigadas, a coser, mejor dicho a remendar una montaña de calcetas, que tenían del resto de las internas, con unos tremendos agujerotes. Mi madre sabía cortar y coser a máquina (creo que la necesidad le enseñó) y muchas veces vi cómo remendaba mis calcetines, les hacía unas perfectas rejitas utilizando un huevo de madera dentro de un calcetín. Como no teníamos un huevo ni yo ni las demás chavas castigadas en la escuela, simplemente le metíamos el puño dentro del calcetín y tratábamos de hacer la famosa rejita cruzando el hilo para acá y para allá, la cosa era cerrar el hoyo ¿o no? Hacerlo correctamente me llevaba media hora cuando menos, había que inventar algo para agilizar aquella latosa chamba, descubrí que pasando una puntada alrededor del agujero, al jalar el hilo, el hoyo se cerraba como por arte de magia, una puntada para acá y otra para allá como remate, ¡y listo! ¡La que sigue! Una vez terminado mi montón asignado me despedía de mis asombradas compañeritas de castigo y me lanzaba a buscar mi preciado tambor.

Tengo un amigo muy querido que por ningún motivo come ejotes con huevo, bueno a mí me pasa algo similar, en la escuela de las monjas todos los días a la hora de la comida el primer platillo eran zanahorias ralladas con jugo de limón, ¡todos los días!, durante cuatro años; la

zanahoria rallada no la puedo ver pero ni pintada, lo mismo me pasa con la cecina seca y salada, en algún tiempo bastante miserable viviendo con mi madre y dos hermanos, algún buen samaritano le regaló a mi madre no sé cuántos kilos de cecina seca, que mi madre seguramente mucho le agradeció a aquella buena persona y fue colgada como ropa de tendedero dentro de nuestro pinchuriento cuarto donde vivíamos, “¿tienes hambre?”, pues llégale a la cecina acompañada de frijoles –si es que los había–, a la cecina desde aquel entonces sólo la saludo desde lejos, “¿un taco de cecina?” ¡No gracias, yo paso sin ver!

Había una monja (la madre Inés) —bajita, morena, con el cabello perfectamente estirado hacia atrás, donde un perfecto chongo remataba aquel cabello entrecano, y unos gruesos lentes verde oscuro y armazón dorada, jamás la vi sonreír en los años que la tuve cerca—. Un impresionante manojito de llaves pendía de su cintura y eso muchas veces nos sirvió de alarma, algo así como un cascabel del gato, ese pavoroso llavero muchas veces se estrelló contra el cráneo de algún descuidado muchacho que era sorprendido cometiendo alguna infracción.

Esta inquisidora monja inventó otro castigo, se llevaba a los chavos más grandes al baño y luego de bajarles pantalón y calzón les daba con un cinturón en las desnudas nalgas, bueno y de paso seguramente se echaba

un buen “taco de ojo”. Ese castigo afortunadamente a mí no me tocó. Había un profesor y una maestra que no eran religiosos, esa maestra la tuve en tercer año y fue mi primer amor (Aidé Ávalos, veinte y feria de años); fue la primera mujer que me quitó el sueño (nunca la olvidaré). Otros chavos también flechados y yo le decíamos la Diosa roja o la Diosa verde, por dos vestidos que llevaba con mucha frecuencia a la escuela; lo bueno fue que yo fui su “consen” y aunque en cuarto año ya no me tocó estar con ella nos buscábamos en el recreo y me convidaba alguna golosina. Ahora cuando me recuerdo con mi tambor frente de toda la escuela me he de haber visto de lo más ridículo; bueno, habrá que echarle la culpa a Dios que nunca iluminó a la madre superiora para que nos comprara una banda de guerra (con trompetas y tambores). El certificado de primaria nos lo entregaron en el Palacio de Bellas Artes, una desaforada pandilla de incontrolados chamacos patinando en los pulidos pisos de mármol de ese hermoso lugar y claro, no faltó el chavo baboso que se estrelló la cabeza en alguna columna.







*Diabla con tambor (foto de Marthel Cano, 2007)*



PRIMERA PARTE

Fue una hermosa mañana en la ciudad deportiva de la Ciudad de México, puerta 5, campo... cuando en una rudísima jugada entre el portero enemigo, al cual ya le habíamos metido tres goles, y yo chocamos, y al caer, mi pierna derecha quedó como puente en un agujero que no se veía por el crecido pasto y ahí me cayó el portero con todo su voluminoso corpachón (era regordete), cuando él se levantó y yo me senté, vi que mi pie derecho apuntaba a la izquierda en ángulo recto, antes de pensar nada, lo tomé y lo coloqué en su lugar con un brusco movimiento y no lo quise mover más.

Con nosotros jugaba el Canelo, un joven médico, pedí que lo trajeran, pese a las protestas de amigos y enemigos de que me levantara rápido para seguir el juego; llegó el Canelo, que estaba hasta el otro extremo del campo, con un poquito de mala gana, le expliqué lo

que pasó, me tocó la pierna y me dijo, “ya te fregaste, está rota”. Mientras llegaba el Canelo pensé muchas cosas, primero no aceptaba que mi pie estuviese apuntando para un ángulo increíble, y me decía: sólo se torció no te preocupes, esto con tres días queda listo, una sobada de doña Sarita (nos arreglaba a cada rato los golpazos y torceduras luego de los juegos), y se acabó nunca pasó por mi mente que mi pierna estuviera quebrada, porque no me dolía nada, en todos los años que jugué fut, ¿dieciséis, diecisiete? vi varios cuates quebrados que se agarraban sus patitas y ¡qué gritos daban, parecía que se estaban muriendo! ¡No! no me pasaría eso nunca y lo principal, no me dolía.

Una vez dado el veredicto por el Canelo alguien retiró los banderines que delimitaban el campo de fut, los rompieron a la mitad, colocaron un pedazo en cada lado de la pierna, un par de vendas que todos usábamos en los tobillos y listo. Quedé con un flamante entablillado provisional, alguna persona había llamado a la ambulancia y a toda prisa fui subido en una no muy limpia camilla, la ambulancia arrancó con rumbo al puesto más cercano de la Cruz Verde, y a toda carrera con la sirena sonando devorábamos calles y más calles, sólo una parada técnica en el camino: levantamos a un borrachito tal vez congestionado de alcohol, pero como sólo había una camilla y la ocupaba yo, pues le

tocó suelo; en su loca carrera la ambulancia no respetó topes y todos los baches que encontró los aprovechó, no se le escapó ninguno. Dentro, la camilla se deslizaba de un lado a otro y las más de las veces la detenía el cuerpo del borrachín, aunque creo que no le importaba mucho, lo que más feo sentía yo es que la cabeza del pobre cristiano, botaba y rebotaba en el piso; bueno, yo tenía tal vez una pierna rota, pero nada más, con la mano derecha alcancé una moldura interior que me sirvió como ancla y en un rabioso viraje pude colocar mi brazo izquierdo bajo la cabeza de mi compañero de infortunio para que no rebotara más. El viaje terminó, rápidamente fuimos desalojados del interior de nuestro transporte, a mí en una camilla alta con ruedas que colocaron en un pasillo largo y ancho con muros en el centro que separaban camillas o camas de dos en dos, una frente a otra; a mi ocasional compañero de viaje (el borrachín) lo pusieron en una camilla común y corriente de lona, baja y sin ruedas, lo pusieron en un rincón y se olvidaron de él... y de mí también.

Ahora tenía una nueva compañera en el espacio donde me estacionaron, era una chica a la cual le estaban lavando el estómago; cuando me atreví a preguntarle a la enfermera que la atendía, me dijo que había tratado de suicidarse y le falló, gente iba y gente venía, médicos para allá y para acá, y yo sentadito en la camilla con los

brazos cruzados, todavía con mi flamante uniforme de fútbol y mi pierna con su elegante envoltura de palitos esperando a ver qué, pero nadie me pelaba; en una de tantas atrapé de un brazo a un médico que pasó lo suficientemente cerca de mí, ¿qué te pasó?, preguntó, pues creo que tengo una pierna rota, le contesté; vamos a ver; se fue por un momento y regresó con una enfermera, ella con las instrucciones de que me quitara las calcetas y me llevara a rayos x y sin más manos a la obra, me quería bajar simplemente las apretadísimas calcetas a puro jalón, si hubiera estado inconsciente seguro me las quita como quería... ¡pero con todo y pie! y de inmediato la protesta: ¡un momento señorita, un momento!, qué tal si se consigue unas tijeras y las cortamos, ¿sí?, sin contestar y de mala gana se desapareció por un buen rato, yo mientras, a mirar la paciente labor que desempeñaba la enfermera con la frustrada suicida, que parecía una inmóvil escultura de parafina blanca. Al fin llegaron las tijeras y la enfermera mascullando algo entre dientes, se esforzaba con las tijeras que se negaban a cortar siquiera un cachito de calceta, amablemente le solicité hacer el esfuerzo, y la verdad es que con los dientes lo hubiéramos hecho mejor; primero una, luego otra y al final ganamos, estuvieron completamente abiertas hasta la punta del pie. Luego con todo y camilla (yo siempre sentadito) para no perderme nada del paisaje, paseamos

por varios pasillos. Llegamos a “rayos equis” y una de frente y otra de perfil, el click click para las radiografías, dos hermosos huesos aparecieron como magia, bueno, dos, creo que no, aparecieron muchísimos y peor, que estaban hechos pinole; la fractura fue por torción, esto es como si al torcer un palo de escoba se rompiera, la tibia tenía dos fracturas totales, los huesos estaban girados de su eje natural y el peroné tenía como doce fracturitas, pero ningún huesito fuera de lugar.

Con todo y mis flamantes y nuevecitas fotos, ahora mi guía y enfermera me llevó a otro paseo por un laberinto de pasillos, esta vez a un cubículo donde con la puerta abierta pude ver a un médico enderezándole un pie a una señora “a puro valor mexicano”; qué gritos pegaba la pobre mujer, ¡y yo ahí haciendo antesala! Entonces sí, empezó a escurrirme lentamente un sudorcito frío que me resbalaba a todo lo largo del lomo, con cada grito de la mujer se me erizaban los pelos de piernas y brazos, casi me daban ganas de ir a otro lugar a llorar mis miserias. Terminó el tormento inquisitivo de la mujer y limpiándose lágrimas y algún moquito ayudada por dos parientes o amigos y caminando de a “cojito” se perdió a la vuelta de cualquier pasillo... ¡y ahí voy yo!, el corazón de pollo que tengo se quería salir, creo que por la boca, en el cuello sentía sus violentos brincos, mientras el “doc” de espaldas a mí se lavaba las manos y canturreaba algo, yo

le veía unas espaldas como de oso cavernícola. Cuando se volteó hacia mí pude ver una cara sonriente de un hombre joven, eso sí alto como una torre, que me hizo alguna broma que ni entendí ni me hizo gracia, creo que le contesté con una estúpida sonrisa: ¡hum, hum!, moviendo su cabecita de un lado a otro —vamos a ver—, yo siempre en mi camilla; me pidió que colgara las piernas, él me ayudó con la enfermita, se sentó en un pequeño banco, me descalzó el pie sano y lo acomodó en sus rodillas, un pie a cada lado:

—¿Y la anestesia doc?.. ¿No me va a inyectar o darme algún chocho?

—Tranquilo, tranquilo no te va a doler.

—Doc. Si me duele y le miento la madre, ¿no se enoja?.

—No te preocupes, vamos a ver.

Las manos me dolían de lo fuerte que apretaba el borde de la camilla (igual tenía todo lo demás completamente apretado) y el sudorcito frío bajaba y bajaba hasta donde la espalda cambia de forma.

Con todo cuidado acomodó mi pie roto y lo movió un poquito para acá y otro para allá, siempre comparándolo con el sano, hasta que pidió yeso y ahí creo que dejé de apretar algo; con la habilidad de un experto artesano empezó a envolver mi pie (la fractura fue arribita del tobillo) con una y otra venda saturadas de yeso, dejando el pie con los dedos de fuera y el tobillo quedó cubierto,



creí que la obra quedaría terminada, pero no, el yeso subía y subía, cubrió la pantorrilla, la rodilla y más allá, por fin se detuvo hasta la parte más alta del muslo, ¡listo!

—Doc.

—¿Sí?

—¿No me va a poner ese fierrito en la parte de abajo para poder apoyar la pierna en el piso?

—Ni te pongo estribo ni pondrás el pie en el piso, ahorita te llevan a una sala a que te den cama; mañana a las 7 de la mañana te operamos.

—¡Ayy!

Luego que aquel amable médico me cubrió de yeso hasta la parte más alta del muslo de la pierna derecha, estaba dando instrucciones para que me dieran cama en el puesto de socorro de Xoco, pues al día siguiente me operarían para, con tornillos, poner cada hueso en su lugar, nomás de pensar que me pondrían tornillos en la pierna me daba escalofrío, así que interrumpí al médico,

—Oiga doc, ¿y qué tal si me deja ir a mi casa a darme un baño y mañana tempranito aquí me tiene listo para la operación?

—¿...Qué dice? No, creo que no será posible.

—Sí... Doc. le prometo que aquí estaré puntualito...

—¿Estás seguro?

—Segurísimo, cómo no voy a venir, si es mi pierna, ¿o no?

—Bueno, está bien.

Firmó un pequeño papel y listo, hacia la calle, la única persona que estaba en la sala de espera de la Cruz Verde era mi esposa, yo que creía que ahí estarían mis amigos... Nada, no había ninguno (ojetes...). Luego me enteraría que todos tuvieron que hacer algo importante menos ver cómo estaría un amigo. Bueno, apoyado en el hombro de mi esposa salí de a “cojito” y en un flamante auto de alquiler llegué a casa.

No sé de dónde pero como por arte de magia aparecieron unas muletas de medio uso, que sin más ni más me probé y justo a la exacta medida.

El día de la fractura fue domingo y el lunes que supuestamente yo debería estar en Xoco para mi operación, fui llevado a una clínica de especialidades, donde un médico ya conocido de la familia me atendió: rayos x y ahí pude ver con más detalle mi destrozada pierna, me dijo el doc que una fractura múltiple y total como la mía, sin más ni más se operaba y se atornillaban los huesos, luego de ponerlos en su lugar. También me dijo que existía la posibilidad de que si los huesos no se movían más de lo que estaban, con un enyesado y paciencia sanarían. Me pidió que cada semana me presentara a rayos x y luego con él para ver cómo seguía este montón de huesos fuera de lugar, únicamente una recomendación: “no te vayas a caer, camina con mucho cuidado”.

Por aquel tiempo estudiaba en la escuela de artes La Esmeralda y tuve que ausentarme por algún tiempo (ya vivía yo de la obra que hacía), por la tarde iba a la escuela en primer año tomando los talleres de dibujo que eran obligatorios y modelado, pues quería ser escultor. El maestro Lorenzo Guerrero era mi maestro de dibujo, hasta mi cama me llevó los exámenes teóricos pues se aproximaba el fin de año escolar, lo mismo hizo el maestro Gustavo Gutiérrez mi maestro de modelado (los recuerdo con mucho cariño), de esa manera no eché a perder el año escolar.

Cuando pasaron algunos días y me sentí mejor, con las muletas recorría la casa de arriba abajo pero era aburridísimo estar encerrado, por ahí en la casa encontré una bicicleta inglesa curiosísima: tenía cambios de velocidad con una palanquita, lo curioso era que entre velocidad y velocidad, como los automóviles, tenía neutral, me subí a la bici e hice la prueba de fuego, podía dominarla dándole al pedal con la pierna izquierda y la derecha colgando ¡y a la calle! La bici la tenía apoyada regularmente en la chimenea de la sala, me montaba, me impulsaba de la chimenea, bajaba tres escalones, cruzaba el patio largo y encementado, me abrían la puerta de la calle, bajaba la banqueta y tomaba una flamante avenida.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

## SEGUNDA PARTE

Como dato histórico, esta avenida fue construida una vez que entubaron el gran canal que ya conté en alguna otra historia y que no volvería a atormentar a nadie con sus fétidos olores. Por cierto, cuando el canal estaba descubierto y a cielo abierto, tal vez cada año lo desensolvaban, una enorme grúa rascaba y rascaba en el fondo sacando toneladas de lodo podrido y había un puente en la calle de Bretaña, era el único puente por donde podían pasar automóviles y los urbanos Penitenciaría- Niño perdido, todos los demás puentes eran de madera y casi a ras del agua, había alguno de cemento pero angosto, sólo podían pasar personas, bueno y uno que otro flaco buey. A pesar de que la mayoría de las calles eran de tierra no se permitía jugar fútbol y muchas veces en pleno partido llegaban los jeep de la policía de la doceava delegación, que está precisamente en la calle de Bretaña y Calzada de Tlalpan ¡y el corredero en todas direcciones! y precisamente ese único puente de cemento era nuestra salvación, por ahí no podían seguirnos los jeep de la policía y desde el otro lado del canal tranquilamente les hacíamos un violín; cuando se retiraban seguíamos con nuestro juego de fut.

Ese puente de Bretaña donde sí podían circular autos era de piedra, muy sólido, el agua pasaba al otro lado

por dos grandes tubos que quedaban bajo el nivel del agua y toda la basura que venía flotando se atoraba en el puente. Con el tiempo aquella basura formaba una gruesísima costra que nos permitía correr con toda libertad ¡sobre ella!, los dos lugares más peligrosos eran donde el puente detenía la primera basura y al final de la costra (ya formada), doscientos metros más allá donde venía la basura nueva arrastrando de todo, cerdos y perros muertos era de lo más común, sólo que los cerdos desaparecían de la noche a la mañana “misteriosamente” y algún vecino vendía “carnitas” el día domingo. Sobre la costra se hacían enormes grietas y al correr en aquel lugar sólo había que ponerse listo y brincar aquellas grietas que eran trampas mortales. En alguna época del año crecían unas enormes hortalizas, el maíz muchísimo más que cualquier milpa que yo conozca y en su momento la gente bajaba a pizcar el maíz, los enormes jitomates, calabazas, chilacayotes, cebollas y no sé cuántas cosas más; cuando la maleza estaba en todo su esplendor, el lugar se volvía un parque de juegos con tantos escondrijos; en todo aquel tiempo que fueron años sólo un pequeño accidente: uno de los amigos cayó en una grieta, hasta la cintura y quedó atrapado, como todos andábamos cerca, con un poco de esfuerzo y algunos palos que nos prestó algún vecino, fue rescatado; por cierto era el niño más

cuidado y arregladito del barrio, pues su familia tenía bastante poder económico; creo que lo bañaron veinte veces y otras tantas fue desinfectado con alcohol. Al día siguiente ya estábamos corriendo de nuevo en aquella gran costra que se movía como una enorme gelatina, tal vez medía diez metros de ancho por doscientos de largo, cuando la gran grúa aparecía para la limpieza, todos nos colocábamos en los mejores lugares (en el puente de piedra) con un palo largo y en la punta un bote clavado con agujeros en el fondo, pues al ir destruyendo la gran costra salía una cantidad increíble de pelotas que todos los chiquillos del barrio nos disputábamos con nuestros palos con su bote clavado y el fondo perforado, para “pescar” mejor las pelotas, luego de algunas horas de intensa labor sacábamos entre diez o quince pelotas, algunas en perfecto estado que luego cambiaríamos por canicas, algún trompo o cualquier cosa que se prestara al cambalache con algunos otros chicos; las más codiciadas eran de tenis, luego las de frontón y al último las de golf.

Kilómetros atrás se encontraba el Country Club, el más elegante de la Ciudad de México en aquel tiempo, y de ahí seguramente venía tal cantidad de pelotas. Algún día nuestra labor fue interrumpida por los gritos de alguien, pues en el enorme cucharón de la grúa entre lodo y porquería apareció la pierna de un ser humano,

un cuerpo completo apareció cuando la grúa depositó en un costado del canal su macabra carga de porquería. Por la tarde los periódicos sensacionalistas hicieron una gran venta por toda la colonia mostrando fotos de la mujer sacada del gran canal, haciendo conjeturas de un crimen jamás aclarado. Con los años ese gran canal fue entubado, la calzada nivelada y pavimentada, inaugurada y quedó una flamante avenida y hasta de nombre cambió: de Canal de Miramontes a Plutarco Elías Calles.

Bueno, en lo que estábamos, resulta que por aquella flamante avenida circulaba con mi pierna enyesada completamente recta y blanca de yeso y un pantalón deportivo de color rojo. Luego de varias cuadras llegaba a una escuadra que forman las calles de mi barrio Bengala y Valdivia, centro de reunión afuera de una vecindad donde años antes también viví, ahí pasaba las horas hasta el regreso a mi casa, mis amigos me montaban en la bici, me daban un empujón y de vuelta el camino andado. Recién casado, consentido por todo el mundo de la casa donde vivía y una gran televisión en blanco y negro (las de color todavía no llegaban a México), todo el mundo trepado en la cama conmigo.

Cuando me rompí la pierna estaba construyendo lo que sería mi casa, mientras, compartíamos la casa de la abuela de mi esposa; un buen día recibí la visita de una

tía, hermana de mi madre que le hacía al espiritualismo, me dijo que si quería que un médico fuera a ver cómo seguía la evolución de la fractura, claro, sería un médico muerto de nombre José María “no se qué” (ya no me acuerdo), desde luego que acepté, fue al templo a pedir permiso de si el muerto podía venir a visitarme (le dijeron que sí), la tía volvió y trajo con ella alcohol, algodón, una pequeña venda, y no sé qué más, pero de todo un poquito como si fuéramos a jugar a la farmacia; me pidió que estuviera en el lugar sólo cubierto con una sábana; pedí que me llevaran a dormir a la casa en construcción pues ya tenía cama, aunque faltaran puertas y ventanas, y como a necio nadie me gana, allí fui a parar como a las nueve de la noche, era tanta la molestia de aquel maldito yeso y lo inútil que me sentía, que lo único que quería era aliviarme, no importaba si era Dios o el diablo y claro como soy tan valiente ahí voy a esperar al muerto, ya sólo se me cumplió mi capricho, a esperar al doc total me dije, me duermo y que venga el muerto a la hora que quiera y haga su trabajo. El algodón, alcohol y vendas fueron colocados según me dijo mi tía, en una mesita cerca de mí; las 10 y no me podía dormir, las 11 y nada, 11:30, el corazón me empezó a latir con más violencia y con cada ruido el sobresalto iba en aumento, pronto serían las 12 y llegaría el doc desde ultratumba; al fin las 12 y nada, 12:30, sudando de puro miedo escuché murmullos,



¡ya llegó! Pero creo que viene acompañado porque se escuchan voces, cuando los murmullos se hicieron más claros eran de mujeres, hermanas, madre y abuela de mi mujer que venían a ver si estaba dormido o qué.

Jamás supieron lo del muertito que me visitaría y casi junto a mí alguna de ellas pisó al gato, su maullido, el grito de las mujeres y el mío fue fenomenal.

Con la luz del nuevo día todo se vio diferente, sin pensar más en el doc José María, ya muerto quién sabe desde cuando y que no fue a la cita conmigo, un buen desayuno y mi pantalón corto puesto, fui por la bici recargada en la chimenea, me monté como siempre dejando las muletas ahí mismo como tantas veces lo hice, me impulsé de la pared, bajé los tres escalones de costumbre y crucé el largo patio rumbo a la calle (como dije antes, esa bici tenía velocidades y entre una y otra tenía neutral como los automóviles), cuando le di al pedal con la pierna izquierda para tomar velocidad nada, el pedal estaba “loco” alguien movió la palanquita de velocidades y quedó en neutral, por algunos instantes la bici se hizo para acá, luego para allá y como la canción de Cri Cri, El chivo en bicicleta, ¡que se cae, que se cae!, y así fue ¡allá voy a dar con mis huesos al suelo! La pierna con el yeso quedó debajo de la bici, todas las mujeres de aquella casa corrieron cuando alguien dijo ¡ya se cayó Fer! Y al quitarme la bici de encima el yeso se había

roto, justo en el lugar de la fractura y mi pie colgaba hacia abajo en una forma grotesca. En ese momento recordé lo que me había recomendado el doc (el vivo, el que cuidaba mi fractura) “haz lo que quieras, nada más no te vayas a caer” y yo allí, con el pie colgando y el yeso roto. Como hormigas me cargaron y a la camita; en ese momento llegaba mi prima Genoveva, le llevaba una botellita de whisky al enfermito (es enfermera), me dijo “no te preocupes ahorita te la arreglamos” y manos a la obra pidió palitos que fueron rápidamente conseguidos en la tienda de enfrente —una reja de jitomates los proporcionó—, unas vendas elásticas que se encontraron por allí y entre todas, unas deteniendo y otras empujando, la pierna quedó derecha y vendada sobre el yeso roto.

Era domingo, el lunes tendría la cita con el doc y como siempre, primero a rayos x y luego con él dentro de la misma clínica. Ya habían pasado varias semanas y luego de una “foto” cada lunes la pierna iba bien, pero con este golpazo ¡quién sabe qué había pasado!, pensé en la operación que me daba terror; si los huesos no se movían todo iría bien, pero ahora seguramente estaban fuera de lugar. Todo el día domingo y parte del lunes duró mi angustia, la cita con el doc era hasta la tarde, esta vez no le pedí al radiólogo que me enseñara la placa como de costumbre, y con la cola entre las patas y tristísimo esperé

la nueva sentencia, lo primero que me preguntó el doc fue “¿qué te paso?”, “pues creo que se rompió el yeso” (apenas contesté), vio la placa atentamente y sonrió, me dijo “mira esto”, yo no quería ver pero insistió, cuando vi la placa no entendía lo que estaba mirando; el hueso más chueco y suelto estaba alineado en una de sus caras, ¡se había enderezado! Entre risas nerviosas de mi parte pues no habría operación, me comenzó a aplicar más yeso sobre la rotura haciéndolo más pesado y grueso de como estaba, y claro más frío.

Las semanas seguían pasando y los pocos ahorros que tenía ya se habían agotado, tendría que volver a trabajar.

Mi hermano Isaías, profesor de Biología en la Normal Superior de Maestros, se ofreció a llevarme cada día a mi taller que era en la casa de la famosa tía Pola, un lugar que se construyó, abajo del nivel del piso del resto de la casa para amasijo de la panadería; casi sin luz pues era lo mejor para hacer pan, según decía la tía. La hora de entrada de mi hermano a su escuela era a las siete de la mañana así es que pasaba en su automóvil por mí a las seis y me recogería a las trece horas, todos los días de la semana y el maldito yeso nunca se calentaba durante las horas que pasaba en el taller y por la tarde en la escuela de La Esmeralda; luego de caminar seis o siete cuadras con las muletas pasaba por allí mi maestro de dibujo en su autito a las

tres treinta horas y a las diez de la noche, que salía de la escuela, mi maestro de modelado me acercaba también a seis o siete cuabras de regreso.

Entre los helados días en mi taller brincando como chango en una sola pierna, de un lado a otro y fabricando mis monos de fierro, los días de escuela pasaron, ocho meses desde el día de la fractura (32 fotos de frente y de perfil, más o menos coleccionaba). Un día el yeso fue retirado y apareció una pierna miserable y flaca, descolorida y fea, luego de tantas semanas dentro de aquella tumba fría, y a aprender a caminar, pues estaba completamente inútil, no sé cuantas semanas más caminando con bastón, y a cuidarme de los automovilistas que al grito de ¡apúrate inútil! me echaban el auto encima (¡qué malditos!), qué trabajos para subir y bajar del camión urbano, y cuántas lastimadas cuando alguien me obligaba a flexionar la pierna más de lo que podía, todavía bastante inútil; el día que llegué a mi casa con la pierna fracturada, vi mis zapatos de fut, nuevecitos, ese día los había estrenado, mi primer impulso fue meterlos al bóiler, pero lo pensé un instante, “están nuevos y a alguien le serán útiles”. Con el tiempo, ya casi sano, empecé a patear la pelota contra la pared, cada vez con más violencia, me volví a poner aquellos zapatos nuevos, ¡y a los campos de fut regresé!

Creo que no era tan malo para jugar, casi siempre me despachaba entre uno y tres goles en cada juego, los amigos me preguntaban luego de cada gol ¿fue con la buena o con la de palo? Y sí, muchos goles fueron con la de palo.

¿El muerto, mi prima, el golpe en la bici? quién sabe.





*Caminito de la escuela (foto de Marthel Cano, 2007)*





## *Acapulco*

AL FIN LLEGAMOS AL PUERTO DE ACAPULCO en aquel destartalado Buick modelo 46, luego de dieciséis horas o tal vez más detenidos por un par de inoportunas ponchaduras, nueve apretujados jóvenes dentro del auto dispuestos a gozar de ese bello puerto, y todos a la playa de Caleta, pues ahí nos encontraríamos con otros amigos que por no caber en el viejo auto llegaron como pudieron; ahora dieciséis inquietos amigos dispuestos a acabar con el mar, usando como vestidor el viejo auto, cada quien partió en la dirección que mejor le pareció, quedando de vernos ahí mismo varias horas después; algunos amigos y yo nos metimos al mar, el Sol brillaba en todo su esplendor. A algunos metros de la playa se encuentra un cable sostenido por algunas bolas para que las lanchas de motor no se acerquen a la playa, y ahí andaba yo; de pronto noté que en la playa un grupo de personas hacían rueda, en seguida pensé “eso es un ahogado”, y ahí voy de mirón, cuál sería mi sorpresa, ese ahogado era uno de

mis mejores amigos que yo sonsaqué para que visitara Acapulco sin permiso de su mamá Tomacita “doña Toma” para la flota, y ahí estaba el sonso aquel tirado boca arriba con su largo y flaco cuerpo lleno de arena, los ojos medio abiertos, pálido como una cera e inmóvil; en cuanto lo vi, mil cosas cruzaron por mi mente como un relámpago al ver a mi amigo tirado en la arena, alguien preguntó si era mi amigo, otro dijo que lo volteara boca abajo, otro que...y hasta alguien lo cargó con ayuda y lo llevaron a un puesto de la Cruz Verde que estaba instalado en la playa, yo ahí sentado afuera. Fueron llegando poco a poco todos los amigos; ya tenía mi plan perfectamente definido, en cuanto supiera que mi amigo estaba muerto, no regresaría a mi casa y mucho menos a llevarle a doña Toma aquella noticia, yo sería marinero, ya había pensado enrolarme en cualquiera de los barcos anclados en el puerto o en la Base Naval, luego de un rato de angustia mi cuate salió por su propio pie del puesto de socorro, y sobre de él, ¡qué te pasó!, qué, qué, a ver ¡cuenta! Quién sabe qué historia nos contó, que si un deslizador lo golpeó, que si le dio un calambre o ¡qué sé yo! pronto se olvidó el asunto diciéndole dos o tres palabrotas por bruto y por andar ahogándose así nomás a lo puro buey, esta era una de las tantas veces que nos íbamos a Acapulco sin permiso de nuestras mamás, un calzón de baño, un cepillo de dientes, un peine y sin un

“cinco” en la bolsa, eso era nuestro equipaje, esta vez llegamos en el viejo auto, pero generalmente llegábamos al puerto de puros aventones las llegadas siempre eran rapidísimas ocho o diez horas cuando mucho siempre en buenos automóviles, jamás le pedimos aventón a un carguero siempre viajamos de dos en dos, limpios, bañados y peinados escuchando buena música y en alguna parada técnica, una Coca Cola y una torta que casi siempre nos convidaban nuestros amables transportistas, el regreso del puerto era todo lo contrario, ahí sí cargueros, camionetas, autos o lo que fuera con tal de que nos arrimaran a la Ciudad de México. En la playa de Caleta y en otras, donde las olas revientan contra las rocas crecen unas pequeñas conchitas más o menos del tamaño de una canica pero ovaladas, que quedan al descubierto cuando el agua baja luego de chocar contra las rocas, “las cucarachas” por ese nombre conocíamos ese pequeño gusano (crustáceo, molusco, o lo que fuera) lo desprendíamos con algo filoso, un trozo de vidrio o un cacho de hoja de lata, en la parte que estaba pegada a la roca, con la uña separábamos una pequeña porción de pulpa que era comestible, luego de esa paciente labor y juntar cada quien su ración de cucarachas en un bote recogido de cualquier parte y lavado con agua de mar y arena, íbamos a la parte de atrás de las palapas que venden cocos, mariscos y bebidas de toda clase, a recoger

limones de “medio callo” (usados) que todavía les quedaba algo de jugo y si teníamos suerte tal vez el jugo de jitomate de alguna lata tirada recientemente, ahí mismo en la trastienda de aquellos negocios pedíamos que nos dejaran cortar los cocos que ya habían sido usados y eran tirados a un gran montón, los cocos que les llaman de agua son tiernos, tienen mucha agua y poca pulpa tan suave que se desprende fácilmente con el dorso del dedo pulgar (a falta de una cuchara) con un machete prestado ahí mismo los partíamos y comíamos tantos como quisiéramos, esa era nuestra dieta diaria, cocos de “medio callo” y un bote cervecero de “cucarachas” acompañado de limones de segunda mano. Al regreso, mediante una moneda, hacíamos parejas para ver quién sería el acompañante de quién, y luego también con la moneda qué pareja sería la primera en tomar el primer aventón, todos en la Diana que era la entrada o salida del puerto (según se va), en una ocasión me tocó de pareja un chavo recién integrado a la pandilla (tenía dos hermosas hermanas), y nos tocó el primer aventón en una flamante camioneta, sólo que el aventón terminó dos kilómetros adelante, ahí se dio vuelta para no sé dónde, regresamos al grupo y fuimos recibidos ¡por una gran rechifla!, por nuestro gran aventón y claro, como perdimos el primer viaje, ahora nos tocó en la cola del grupo (como seis parejas) habíamos estado en la Diana desde las diez de

la mañana y ya eran más de las diez de la noche, la última pareja antes de nosotros ya hacía mucho tiempo que había partido, y nosotros todavía ahí en ese solitario lugar (en ese tiempo no había nada cerca) sólo nos alumbraba levemente la luz de un lejano farol, hambrientos y cansados luego de haber pasado todo el día en pleno rayo de sol, le sugerí a mi ocasional compañero de infortunio que lo mejor sería que uno de los dos descansara un rato tirado en el suelo, mientras el otro pediría aventón y así fue, mediante una moneda (siempre la moneda) se estableció que me tocaba echarme al suelo por un rato, pronto con el cansancio quedé profundamente dormido, desperté no sé a qué horas y ni luz de mi compañero, estaba solo en aquel desierto lugar, bueno, acerqué una piedra que me serviría de almohada y vuelta a dormir profundamente y a esperar que amaneciera, y así fue, sólo que desperté con unas tremendas patadas en las nalgas y un marinero apuntándome con su fusil, luego vinieron las explicaciones de mi parte y con puras “buenas palabras” me corrió de ahí y a caminar alejándome del puerto, no había de otra y a ver quién me levantaría, y sí, un aventón chico y luego otro, y otro más, bajé a un pequeño río que corría por ahí a meter un rato los pies hinchados en aquella agua que no tenía nada de transparente a la sombra de un huisache (arbusto) que hacía un poco de sombra, me junté con un lugareño que

algo comía, luego de algunas preguntas me dijo si tenía hambre, y me ofreció algo, sacó de su morral, una jícara fabricada de medio coco, le puso un puñado de maíz cocido que mezcló con agua de aquel río, y me lo ofreció, me pareció el más delicioso pozole que hubiera probado en mucho tiempo, ya repuesto con ese alimento, pues el día anterior no había comido nada, seguí mi camino, esa noche dormí en un jardín de Chilpancingo acurrucado en lo más tupido de su follaje y no me importó que una o dos ratas brincaran sobre mis cansados pies. El último aventón con el que finalmente llegué a la Ciudad de México, fue de un carguero que transportaba jitomates, y ahí me la pasé de panza sobre los huacales chupando jitomates por entre las rejas de las cajas, en cuanto llegué al barrio y a mi casa me encontré con que mi madre no estaba y yo muerto de hambre, no tuve más remedio que aparecerme de visita con una familia conocida, seguro por la cara que traía inmediatamente me dieron de comer, al día siguiente ya repuesto, bañado y bien comido, fui a ver a mis amigos y a enterarme de cómo les había ido a cada una de las parejas en su regreso del puerto, y de paso a saber cómo fue que de pronto me encontré solo en la Diana de Acapulco; resulta que mi pareja en turno, según él mismo me dijo, pasó una motocicleta, y como yo no cabía, simplemente me dejó dormido, él llegó esa misma noche; cuando los demás

amigos se enteraron de esto ni las dos hermosas hermanas ni sus disculpas le valieron de nada, simplemente nadie nunca lo volvió a “pelar” ni a invitarlo a algún juego ni fiesta ni nada; se le aplicó la muerte civil junto con sus hermanas, hasta que un día se cambió de casa y nadie lo extrañó. Pronto se olvidaría este asunto y el mal rato pasado, el hambre y el cansancio, hasta que a algún otro se le ocurriera otro viaje a Acapulco en cualquier época del año y no importaba que un día me robaron los zapatos (unos mocasines Canadá nuevecitos) por dormir sin ellos en la “Camarena” y tuve que regresar quemándome los “pinceles”(pies) en el pavimento caliente todo el regreso descalzo.





## *El Atorón*

HACE UNA ETERNIDAD, decía que luego de llegar a El Oro desde el D.F. en ferrocarril y de visitar a mi hermana Esperanza, partíamos hacia Tlalpujahua a la casa de Alejandra (Jana) otra hermana a la que siempre le di tanta lata, en aquellos días felices de mi niñez; vaya aquí un reconocimiento y agradecimiento a su santificada paciencia que siempre me tuvo, aunque seguramente no me habré escapado de un jalón de orejas cuando ya la tenía “hasta el gorro”. Apenas saliendo de El Oro nos topábamos con El Atorón un pequeño asentamiento o caserío que sólo era una calle serpenteante de puras casas construidas de madera y muchos comercios, todos con su estacionamiento para carga y descarga de burros, mulas y machos (un palo horizontal sujeto por dos verticales), igualitos que los vemos en las películas del Viejo Oeste, y un hormiguero de gente bajando y subiendo bultos en aquellas sufridas bestias. El viaje de pueblo a pueblo era en automóviles viejos pero muy grandes: Buick,

Lincoln, Packard, Oldsmobile y Reo, como los autos de los mafiosos de los años veinte; cabían fácilmente doce personas sentadas, más los que viajaban en los estribos de cada lado, otros, montados en las salpicaderas delanteras y hasta en el portabultos o parrilla que casi todos tenían atrás. Viajar en los estribos tenía su riesgo, había que estar atento a esquivar las pencas de los magueyes que invadían aquel angosto camino, pero no importaba, sólo había que llegar. Sin horario, carro que se llenaba, carro que salía. El tráfico era constante, no había gasolineras, en una ferretería del centro apiñaban tambos con gasolina que se sacaba con una bomba de mano a unos recipientes como de quince o veinte litros y se vaciaba en los tanques de los autos mediante grandes embudos con mil torciones, jamás hubo un accidente allí en esa cooperativa de transportistas.

Pasar por El Atorón tenía que hacerse muy despacio debido a la cantidad de gente y bestias (algunos más que otros), tocando su ronco claxon, por cierto, aquí nació El toluco López, un boxeador muy famoso en alguna época. ¡Al fin Tlalpujahua! Entrando a este lugar existe un pequeño museo dedicado a la minería que algunas veces he visitado, no es la gran cosa, pero nos da una idea de lo que fue esta actividad en ese lugar, con algunos aparatos, moldes matrices, los cuales se llenaban de oro con su respectivo sello de la mina; lo que más

está expuesto son fotografías donde puedo señalar con mucho orgullo a dos de mis cuñados, don Marianito Reyes Perez y Luis Togo, a quienes les llevábamos de comer, y salió el cuento de “Las escamochas”. En ese pequeño museo hay una vitrina toda de cristal donde a escala están las entradas de los tiros principales y los niveles de los túneles horizontales, un hormiguero no tiene semejante red intercomunicada de túneles y pozos (tiros), lo más escalofriante es que hasta abajo en el fondo de aquella red también hay un túnel. Saber que en semejante profundidad también había mineros picando piedra, sí que da escalofrío ¡pobres infelices!, nomás de pensar las horas que pasaban en aquel lugar. Es cierto que había gigantescas compresoras bombeando aire a esas profundidades, pero debe haber sido espantoso trabajar en esos lugares. No recuerdo la escala a la que está la vitrina, pero contiene todos los niveles de aquellas minas (la próxima vez que esté por allá apuntaré los datos).

Al fin ¡Tlalpujahua!, la casa de la generosa Jana y de pilón: ¡Semana Santa! Algunos oficios religiosos en la parroquia y a ver, como todos los años, la pasión de Cristo, escenificada en el atrio del lugar: romanos uniformados con armaduras de cartón y su espada de madera, luciendo grandes capas rojas y su brillante casco dorado también de cartón, adornado con penachos de

papelitos de colores ¡qué impresionante! Y allí en pleno rayo del sol escuchar las terribles palabras de Poncio Pilatos “¡Que la sangre de este inocente caiga sobre la cabeza de ustedes!” y los gritos de los fariseos de mentiritas “¡Que así sea!, ¡crucificalo, crucificalo!”. ¡Uf! nos ponía los pelos de punta, ¡pues cómo no!, en realidad el personaje que se llevaba los aplausos (si es que se puede aplaudir) era nada menos que Judas, a quien en la historia le tocó hacer el papel más malvado de los malvados por traicionar a su maestro. A este personaje lo vestían, de pies a cabeza, con un camisón amarillo huevo y una peluca grande y negra, la cara también pintada de negro y en algún momento lo soltaban y corría por todo el pueblo seguido de una cohorte de furiosos soldados romanos, que cuando lo atrapaban lo cubrían de cadenas y entre filosas espadas de madera y lanzas de punta de cartón lo llevaban a no sé dónde; la cosa es que como mago, el Judas aquel se soltaba de todas aquellas cadenas y emprendía otra carrera en cualquier dirección del pueblo y los romanos preguntando a dónde se había ido o metido; toda la infernal chiquillería dándoles informes “allá va, allá va...”, y otra vez los valientes e invencibles soldados romanos, ondeando sus capas rojas al viento, se lanzaban valientemente a la captura del escurridísimo Judas. Era un cuento de nunca acabar; Judas atrapado y encadenado se volvía a escapar, todo el tiempo seguido

por los chiquillos del pueblo y luego de los terribles romanos; para descansar de semejantes corretizas se metía a cualquier casa del pueblo que tuviera la puerta abierta (había muchas) donde generosamente y con mucho gusto le invitaban un buen jarro de pulque y otra vez a la calle, y lo mismo, chavos y romanos tras de él, esto duraba todo el día y terminaba en la tarde cuando el Judas completamente borracho ya no podía correr más, y entonces “cargado” pues ya ni podía caminar, lo llevaban a un cerro enfrente del pueblo, lo subían a un palo alto amarrado de la cintura y en medio de una infernal cuetiza se supone que se moría ahorcado; luego lo bajaban otra vez al pueblo acostado en unas tablas y amarrado, pues ya con la borrachera, jamás hubiera bajado por su propio pie; lo llevaban a su casa y asunto concluido, a dormir “la mona” que se había ganado.

En estos días de Semana Santa se celebraban en la parroquia más oficios religiosos que de costumbre (cual debe ser); generalmente había que subir al campanario a llamar a los fieles a la oración, mediante el sonido de una gigantesca matraca que se había instalado muchos días atrás (no se tañían las campanas). En el interior de la iglesia todos los santos o imágenes sin excluir a ninguno se cubrían de morado, eso les daba un especial aspecto de recogimiento y mayor devoción por aquellos días santos.

Subir a la torre de la parroquia de día era un “poquito aterrador” pues las pequeñas troneras por donde entraba un rayito de luz, jamás fueron suficientes para iluminar la escalera de piedra, algunos trechos estaban completamente oscuros, la única guía era pegarse a la pared y a tientas adivinar el próximo escalón. La escalera de piedra terminaba a cierta altura y luego seguían escaleras de madera casi verticales; para llegar a donde estaban las campanas era una odisea, los escalones se convertían en un montón de maderos viejos atados con cuerdas igual de viejas y a darle al volante o palanca para hacer funcionar y tronar esa gran matraca para llamar a los oficios de la tarde, entonces, “nos arrugábamos un poco”, pues si de día la pensábamos para subir a la torre, en la tarde o noche, ya de plano nos daba miedo, con eso que se dice que en todas las iglesias del mundo se aparece “el cura sin cabeza” y si no éramos tres o cuatro chavos, simplemente no subíamos, aunque el señor cura nos dijera maricas. No nos permitían subir con una vela ni nada parecido por aquello de que todo lo de arriba era de madera vieja. A algunos de los muchachos nos invitaban como acólitos ayudantes de todos los oficios religiosos, nos uniformaban con una sotana roja y encima una especie de camisa blanca con muchos encajes. A mí siempre me quedó grande aquella sotana roja, para caminar tenía que subirme con las manos aquella ropa, pues siempre

la arrastraba. En algún momento de la liturgia había que pasar el misal (un gran libro con todo y atril) de un lado del altar a otro, tomar el libro, bajar unos escalones, pasar por detrás del sacerdote, hincarte en el centro del altar y poner el misal del otro lado, cuando me tocó hacerlo, a una discreta señal del cura, subí los escalones y tomé el misal y bajé, el trapo aquel se me enredó en los pies ¡y allá voy de cabeza al piso con todo, libro y atril! A una fulminante mirada del cura donde apenas escuché el susurro de “n...dejo”, llegaron varios compañeros a salvarme de tan penosa situación, y claro, nunca más me permitieron cambiar de lugar el famoso libro aquel.

Un día caminando sobre las cúpulas del templo, desde arriba descubrimos el osario, una especie de pozo “hacia arriba” pues su fondo estaba en el nivel del piso del atrio ¡qué espectáculo aquel! Jamás volveré a ver semejante cantidad de huesos humanos juntos, simplemente formando un inmenso montón; por allí sólo nos acercábamos de día y eso acompañados ¿miedo?, no, simple precaución.





## *Cinema Miguelito*

EN LA CALLE DONDE VIVÍA MI HERMANA María de Jesús *Maricusa*, un poco más abajo de su casa había una que tenía un gran zaguán en el que una joven vendía dulces de leche que eran una delicia; como la calle era muy empinada, los constructores de las casas se habían preocupado porque las banquetas estuvieran horizontales y cada tres o cuatro casas había escalones hasta el siguiente nivel. En aquel zaguán terminaba un tramo horizontal y estaba muy alto en relación con la empinada calle; un día al estar jugando enfrente de ese zaguán, bajó un jinete a caballo, ¡tacatán, tacatán!, sonaban los cascos del cuaco en la empinada calle, la chava de los dulces cuando vio al jinete se levantó de un salto de su improvisado asiento y corrió hacia adentro por el centro del largo pasillo, el jinete rayó el caballo en la mera entrada, en la mano derecha llevaba una reata con la que hacía círculos sobre su cabeza, al lanzarla hacia adentro con precisión y puntería, la joven quedó lazada, el jinete jaló, y jaló, hasta

que pudo atraparla de la cintura, con un brazo la sentó en la silla del cuaco y ¡tacatán, tacatán!... desapareció en un instante llevándose a la chava. Fue todo tan rápido que la poca gente que andaba por ahí ni se dio cuenta, ¿y yo? pues seguí en mi entretenido juego, no entendí lo que pasó.

En esa misma calle me tocó ver la terminación de una obra con la fachada de cantera que sería el primer cine formal del pueblo; mi cuñado Raúl, esposo de mi hermana Alejandra (que me soportaba todo el tiempo que yo estaba de vacaciones en su casa), era el notario de la parroquia y algo así como el administrador general, aparte de ser profesor del pueblo; a veces yo andaba pegado con él para arriba y para abajo de la parroquia: revisando el aceite para la vela perpetua..., pagando a los que llevaban flores para el altar..., viendo que cambiaran las vestiduras de algún santo..., colgando los milagritos que la gente dejaba al pie de la imagen de los santos..., o escuchando el interrogatorio (en la notaría de la parroquia) de los que pronto se casarían, bautizarían, confirmarían o qué sé yo, la cosa es que no era nada aburrido andar con él.

Él era señor Raúl, yo, Raulillo como todos me conocían ahí. Lo que más me gustaba era llevar los cepos a su oficina (la notaría), los vaciábamos en una mesa y a separar en montoncitos las monedas según su denominación; qué bonitas se veían las torrecitas de

monedas de plata de diez, veinte y cincuenta centavos, que dejaban los más “riquillos” a cambio del perdón de algún pecadillo (monedas 0.720 de plata), las que a veces nos disputábamos furiosamente en algún bautizo cuando el padrino lanzaba el bolo al aire.

Bueno, decía que me encantaba ordenar las monedas de plata, así como las de cobre, de uno y dos centavos. No sé porqué casi siempre se me pegaban en la bolsa del pantalón una o dos monedas de a veinte centavos; después de todo era agotador cargar los cepos de aquí y de allá y luego de vaciarlos, otra vez a colocarlos al pie de algún milagroso santo; el más “cargado” era San Antonio pues decían que era el encargado de encontrar un buen marido.

Antes de la construcción del nuevo cine ya había uno en el pueblo, un salón largo localizado en el gran atrio de la parroquia; al fondo, una pared de yeso pulido que hacía las veces de pantalla, el proyector para las cintas colocado en una improvisada mesa, bancas largas de madera (sin respaldo) y ya está; además una película texana de caballitos en el Oeste americano donde al héroe jamás se le caía el sombrero, por más que rodara por el suelo trezado a trompones con varios malosos, y al que nunca se le acababan las balas.

En esa improvisada sala de cine conocí a el llanero solitario ¡Hi-Yo Silver! y a su inseparable amigo el indio

Toro; muchas veces fui a la Ciudad de México de la mano del señor Raúl a alquilar las películas que serían cambiadas por otras para la siguiente función, en aquel improvisado cine. El nuevo local: Cinema Miguelito (este sería su flamante nombre), se terminó de construir; se adornó la fachada con flores; se pusieron cartelones anunciando las películas para ese gran día; llegó el señor cura del pueblo y le roció su buena ración de agua bendita para alejar al “chamuco” y que todo saliera bien en el futuro. Yo, el primero, pues si el cine no era de mi cuñado sí sería el administrador. Las funciones: miércoles, sábados y domingos; creo que la función de los miércoles empezaba a las siete de la tarde y terminaba como a las once de la noche, sábados y domingos a las cuatro de la tarde. El señor Raúl empezó a llevar toda una serie de películas de terror... *La momia Caris*, *El hombre lobo*, *Frankenstein*, *Drácula*; y las combinaciones: *El hombre lobo contra la momia*, *La momia contra Franky*, *Franky contra el hombre lobo*. Otras como *La momia*, *La mano del diablo*, *El puente del ahorcado*, *El ahorcado del caballo prieto*... ¡qué películas tan espantables! Yo no era nada miedoso antes de esas películas.

La casa de mi hermana Jana donde yo estaba de visita, se comunicaba a otra por sus patios, una más arriba de la otra por aquello de los terrenos en las empinadas calles del pueblo. Mi hermana Rosita y yo

dormíamos en la casa de abajo casi vacía, sólo estaba la estación de radioaficionados que era de mi cuñado Raúl, “aquí XE-1-TH de Tlalpujahua, aquí TH, conteste, TH, conteste, cambio”. Ahí se pasaba las horas mi cuñado platicando con mucha gente del país que nunca conoció personalmente.

Luego de merendar atole de masa de maíz sin azúcar acompañado con mordidas de piloncillo y unos tacos de frijoles con chile verde picado, me mandaban a dormir a la casa de abajo, y sí, obedientemente bajaba a la camita.

El Cinema Miguelito estaba en la parte más baja del pueblo y la casa de mi hermana en la más alta; del cine a la casa, tenía que pasar forzosamente por la parroquia, ya fuera cruzando el atrio o rodeándola por la calle donde había un pozo abandonado con agua pestilente y un montón de alimañas, luego seguía por una serpenteante calle bordeada de costera (partes de corteza que sobran cuando hacen más o menos cuadrado a un tronco en los aserraderos) por arriba de esa barda asomaban las pencas de gigantesos magueyes y colgaban ramas de viejos árboles; esta calle era angosta, apenas cabía un automóvil (bueno ni autos pasaban por ahí en ese tiempo), era imposible para cualquier clase de vehículo, toda eran terrazas con sus respectivos escalones. Cuando se subía material para construcción o leña se hacía a lomo de burro o de cualquier cristiano, el agua potable también, dos

botes alcoholeros de veinte litros colgados de la “maroma” (palo grueso apoyado en la espalda); cuarenta centavos cada viaje y todo de subida ¡qué friega! El agua era vaciada en un filtro de piedra cónica y hueca, suspendida por un caballete de madera; se destilaba gota a gota, y caía a un barril de barro con su respectiva tapa de madera, siempre estaba fresca y con un delicioso sabor a barro.

La primera función en el flamante y nuevo cine, la momia contra no sé quién, la segunda película Franky y alguien más, también de terror (eran funciones dobles) y eso fue por semanas, todas las películas siempre fueron de purititos espantos. La máquina para la proyección de las cintas era de lo más elemental (cabía en una maleta de mediano tamaño) y no tenía “reversa”, luego de la función había que regresar los rollos a mano (dos por película). Yo ahí, esperando a que mi cuñado terminara de hacerlo, y ¡cayéndome de sueño!, ya no había nadie en el cine ni en la calle y el señor Raúl me mandaba a la casa,

—¿A la casa? ...este...qué tal si mejor lo espero ¿sí?

—No ya es muy tarde vete a dormir.

—Pero...Es que...y si...

—Nada, ya vete. ¡Úchale!

—¿Pasar por la parroquia?, ¡si ahí dicen que se aparece el acolito sin cabeza!

—¿El pozo? ¡Ahí se aparece el charro negro! ¿El camino? ¡Si ahí anda el monje ese jalando una cadena!

—¡Qué esperas, ya vete!

Salía a la calle, y ¡hasta allá! un miserable foquito, y el próximo quién sabe hasta dónde, y esas nubes que amenazaban con tapar la luz de la luna en cualquier momento... ¡Una, dos, tres!, y una terrorífica carrera empezaba, pues cómo no, si atrasito de mí, venía la momia arrastrando un montón de trapos, Franky caminaba torpemente con sus manitas extendidas hacia mí, en el atrio el acólito sin cabeza iba de aquí para allá con su cabeza en los brazos, ¡el pozo!, ¡el charro negro caracoleaba su caballo castigándolo con furiosos golpes de su fúete!, ¡el sonido que hacían las cadenas del monje arrastrándolas por el empedrado se escuchaban clarito, clarito! ¡Y el hombre lobo en cualquier momento saltaría sobre mí desde aquella barda de costera y clavaría sus gigantescos colmillos en mi flaco pescuezo! ¡Ay!, todas las pencas y ramas que asomaban por la barda ¡eran manos!, y ¡Drácula!, ese malvado seguramente estaría agazapado en el próximo rincón oscuro y con sus alas de murciélago extendidas me taparía el camino ¡ay...ay...ay...! Hasta ese maldito grillo que se burlaba de mí con su monótono canto. ¡Corre, corre, corre!... Al fin la casa, recargado en la puerta a dos manos y ahogado por el esfuerzo tocaba pero... ¡con el pie!, las manos no me funcionaban. Eso se

repitió muchísimas veces, pero ahí estaba yo el primero para ver a *Drakiules* en la próxima función.

Un día me encontré en el *boiler* de la casa, un gran fajo de boletos que se había recogido de la última función del cinema, ¿usados?, pues no, se veían nuevecitos ¡y como va!, un puño de ellos en la bolsa del pantalón y a la calle (no eran como los boletos de los cines modernos que tienen el número de sala, título de la película, hora de la función y fecha). Canicas, dulces, algún trompo, yo-yo o lo que fuera, se cambalachaba por mis flamantes boletos para la siguiente función de cine. Y la función llegó, el cine se empezó a llenar, pero algo raro estaba sucediendo, un montón de chiquillos en la sala, y en la taquilla, unos cuantos pesos. Con el interrogatorio a unos cuantos se supo el origen y procedencia de los boletos, y mis cuates y otro montón de chamacos fueron “invitados” a abandonar la sala ¡atrapados de una oreja! Durante una semana o más no apareció ni siquiera mi nariz fuera de la casa del señor Raúl.

Más arriba de la casa de mi hermana, el señor cura del pueblo estaba instalando unos telares que serían para el beneficio del pueblo (buena onda), llegado el momento de techar los espacios disponibles para instalarlos, un sinfín de voluntarios fueron convocados a subir las tejas para los techos, chicos y grandes formaron una interminable fila donde algunos transportes depositaban

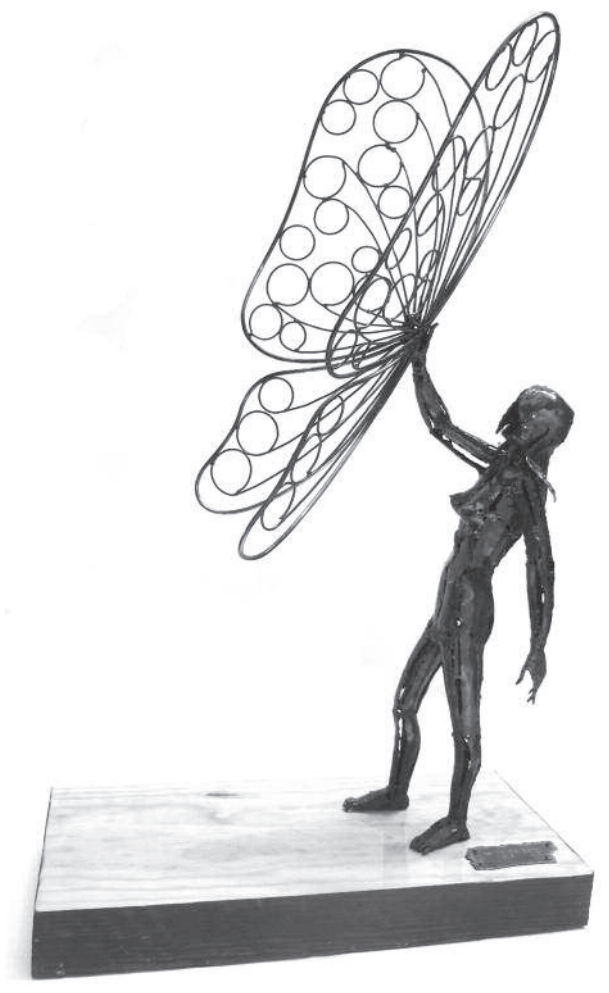


aquel material, de ahí a lomo de cristiano hacia arriba, todos según su capacidad y ¿yo? una teja era mi máximo de carga; un profesor que también era el cantor y organista de la iglesia inventó un carrito de madera que de subida era empujado y jalado, de bajada todos los que cabíamos nos trepábamos en él, el sistema de frenos era una tabla que se apoyaba en las ruedas traseras, dos de los más grandes, parados en dicha tabla con su peso regulaban la bajada y los demás arriba. Pero un día los frenos “se chorrearon” pues el peso de los que íbamos arriba, superaron el de quienes la hacían de freno y... ¡el carrito se “desbocó”! Con terror veíamos una barda frente a nosotros donde la calle hacía curva, ¡un tiradero de chamacos dejaba el carrito en su loca bajada! Polo, uno de mis cuates y vecino de mi hermana, se “atontejó” y no se bajó. El carrito se desbarató en la barda junto con mi cuate. Polo no se rompió nada, pero un tobillo apuntaba para algún lado de una extraña manera, qué gritos daba mi amigo cuando lo iba a curar a su casa el huesero del pueblo, los pelos se me erizaban nomás de escuchar semejantes alaridos.

Éstas y otras cositas las viví en ese hermoso pueblo “Tierra de Dios y María Santísima” (bueno, así dicen por allá).

(Recordado en el Taller del Calvario un día cualquiera del año 2005).





*Con alas, a volar... Diana  
(foto de Marthel Cano, escultura donada a beneficio  
de la Facultad de Arquitectura y Diseño)*



*Pues sí,  $5 \times 8 = 40$*

RECIÉN MUERTO MI PADRE, don Juan Cano Huitrón, mi madre, doña Dolores Aurora Cardoso Eguilúz, pensó en emigrar tal vez a mejores horizontes, pues en el pueblo donde nací, El Oro, no veía mucho futuro para mí y mis dos hermanos mayores.

Don Juan Cano Huitrón tuvo tres esposas: la primera doña Isaura Hernández, con quien tuve dos hermanos; la segunda doña Pastora Ruiz, donde tuve cinco hermanos y la tercera doña Dolores Aurora, mi mamá, que tuvo cinco hijos, yo el último, total fuimos 12 hermanos. Mi padre, pintor, escultor, poeta, cancionero, maestro rural y “enamorado”, y no sé qué más, era aficionado a cambiar de casa. Mi madre se convirtió en una experta empacadora de toda clase de cosas, desde la vieja vitrola quesera de cuerda que tocaba discos de cartón, hasta tres flamantes muchachos peinados y bañados listos para estrenar una nueva casa dentro del pueblo, creo que alguna vez regresamos a la que habíamos desocupado meses atrás.

Mis otras dos hermanas mayores ya estaban casadas y no les tocó estos “ires y venires” en el pueblo. La más grande vivía en Tlalpujahua, Michoacán a pocos kilómetros de El Oro, y la otra en este pueblo, pero independiente de todos nosotros.

Mientras vivió mi padre nada nos faltó, pues tenía un buen trabajo en la subestación eléctrica del pueblo además de otros encargos de pintura que tenía en su pueblo natal, Temascalcingo. Fue contemporáneo de José María Velasco, el pintor, sólo que mi padre nunca estudió pintura, fue autodidacta; pintó paisajes con haciendas y casas de familias adineradas y muchos estandartes con imágenes de santos según el que se adorara en capillas o barrios y que luego se llevaban en procesiones religiosas; algunas de estas pinturas las conocí a mis cincuenta y ocho años, ya eran propiedad de hijos y nietos de aquellos señores para los que mi padre trabajó pintando por encargo. Unas monjas de Temascalcingo tienen en su poder un cuadro al óleo de una madona con un niño y por más que les pedí que me permitieran conocer ese gran cuadro (es de gran tamaño), de la puerta de la casa de estas monjas nunca pasé; con sus piadosas manitas metidas una en la manga de la otra, simplemente me dijeron “no hijito aquí no tenemos nada”.

Con motivo del aniversario de la muerte del maestro don José María Velasco, en una exposición montada en

su honor, en la Casa de Cultura del municipio, me tocó conocer expuesta la obra de mi padre, algunos paisajes y casonas pintadas por él, que las familias dueñas de aquellas obras las prestaron amablemente para tal ocasión.

Por más que insistí no quisieron vender nada ni cambiarlas por una obra mía (una escultura). Bueno, decía que mientras vivió mi padre, la pasé como cualquier chavito consentido, pues fui su doceavo hijo: pantalón corto y medias de popotillo, ese fui yo, pero muerto mi padre en el año cuarenta y seis (justo el día de mi cumpleaños número cuatro), todo cambió; mi hermana Rosita y yo fuimos a parar a Tlalpujahua y mi hermano también, sólo que con otra hermana, mientras que mi madre vendía la casa y todo lo que pudo, pensando en sacarnos de ese hermoso pueblo. La parada inmediata fue Toluca ¡Uf, aquí nos fue de la pedrada! Cuartos mal ventilados y peor alumbrados y una madre que sólo cuidó muchachos toda su vida. ¡Cómo añoraba la última casa donde viví en mi pueblo!, llena de luz, con un gran “costurero” construido casi de puro cristal, su patio con aquellos grandísimos cedros llenos de olor y color, aquellas verdes veredas donde caminaba de la mano de mi madre rumbo a comprar el nixtamal mientras canturreaba alguna vieja canción, pues todo se acabó, eso se acabó. Aquí en Toluca aprendí a caminar descalzo, mi madre empleada en la escuela Lázaro Cárdenas como

afanadora, apenas tenía para darnos de comer. Tuvo un pequeñísimo puesto de dulces dentro de la escuela y un día me dejó a su cuidado, no pude resistir la tentación de aquellos enormes higos cubiertos de azúcar y miel y claro ¡me atraganté ocho!, y si Pitágoras no miente, cinco por ocho igual a cuarenta; ocho higos de cinco centavos:  $5 \times 8 = 40$  cts. Cuando no pude explicar qué pasó con aquellos hermosos, jugosos y grandísimos higos, recibí una enorme paliza. Nunca se me olvidará  $5 \times 8 = 40$  y una surtida de palos sobre mí.

Toda la familia de mi madre fue de panaderos. La Guadalupana que está en la calle de Hidalgo aquí en Toluca, creo que fue de mi abuelo. Nos contaba mi madre en las noches de frío, acurrucados unos contra otros en cualquier pinchurriento cuarto, que el dinero no se contaba sino que se “medía”, tal vez puros centavos pero eran muchos. Me acuerdo de la calle Villarello, vivíamos en lo que fue un enorme tendajón y la canción de moda era “Juan Charrasqueado”.

Recuerdo una vez que mi madre me compró zapatos y estando de visita en casa de algún amigo, cayó un torrencial aguacero y cuando me fui a mi casa para no mojar mis zapatos nuevos me los quité y los colgué en mi hombro, por aquel tiempo metían en algunas calles el gran drenaje de la ciudad, y con aquel fenomenal aguacero que duró mucho tiempo,



las enormes excavaciones para los grandes tubos del drenaje se cubrieron de agua y claro, la primera zanja con que me topé (casi de noche) no la pude ver, y ahí voy para adentro con todo y mis zapatos nuevos. Luego de manotear, patalear y tragar agua puerca, salí del otro lado de la zanja, ¡pero claro sin mis zapatitos nuevos!, cuando llegué a mi casa mojado, enlodado y medio ahogado, mi madre me consoló con muchos besos, y ni modo, pues a esperar otros zapatitos nuevos, cuando se pudiera y los tiempos fueran mejores.

Aquí en Toluca, en ya no sé qué calle, vivía un tío primo de mi madre o algo así, la cosa es que era panadero también y allí mi madre nos mandaba por el pan, “cincuenta centavos de pan, ¡sale!”. Había que entrar al amasijo por el pan porque no tenía expendio hacia la calle, y el tío luego de preguntar cuánto pan compraríamos nos daba algunos panes de más; felices llegábamos a la puerta de salida donde pagaríamos a la tía el pan comprado: “¿Cuánto pidieron de pan?”, “cincuenta centavos tía”, a ver la bolsa, y empezaba a contar: cinco, diez, quince, cuarenta y cinco y cincuenta, “aquí sobran estos panes y aquí se quedan”. ¡Chin! Qué rápido se caían las ilusiones de atragantarse cuando menos de pan caliente. Nunca supo el tío José qué clase de bruja tenía por mujer. Cuando murió mi tía, me dolió más el último perro que vi atropellado en cualquier calle.

La tía Pola, hermana de mi madre, tenía una panadería en México en las calles de Heriberto Frías y Romero de Terreros en la colonia Narvarte y allá llegamos; fue la primera colonia en donde viví en la Ciudad de México. “Pastelería Lolita”, donde la tía nos asignó nuestras obligaciones a cada quien. A mi hermana Rosita, joven y bonita, le tocaba ayudar en el amasijo por la mañana; bañadita y peinada por las tardes, a atender a la gente en el expendio de pan. A mi madre a atender un expendio de pan en otra colonia, a mi hermano Isaías lo recogió otro tío hermano de mi madre (el tío Juan), según para que estudiara, ¿sí?... pues le fue como “en feria”, en manos de aquel tío la escuela no la conoció pero ni por fuera; y a mí me tocaba, primero, todas las hojas de lámina en donde se horneaba el pan, había que rasparle el azúcar y restos de pan con una lámina y luego limpiar con un trapo viejo; segundo, embarrar huevo batido con una brocha de trapo a todo el pan que lo requiriese; tercero, ayudarle a algún tío de los dos que trabajaban ahí a hacer alguna masa para: cocolos, conchas, bigotes, cuernos o lo que fuera y luego a la calle a platicar con mi amigo el Cacho, un jovencito más grande (yo tendría entonces como ocho años), él atendía el puesto de periódicos de la esquina, le llevaba yo su concha aplastadita porque la sacaba de contrabando en la bolsa del pantalón, pero eso sí con el sabor completo.

Enfrente de la pastelería había un supermercado; luego de cotorrear un rato con el Cacho, a cargar canastas de las señoras que salían con sus compras y ganarme cinco o diez centavos, por cierto, aquí recuerdo que los primeros centavos que gané en mi vida fueron en Toluca, yo tenía como siete años y una buena señora que nos prestó dentro de su casa un cuartito pequeño para vivir allí, un día me contrató para que le pintara de rojo todas las macetas que tenía en su gran corredor, diez centavos por cada maceta, una gran fortuna para mí solo, lo primero que hice fue ir al portal y comprarme un montón de higos con azúcar y miel y olvidar aquel trágico  $5 \times 8 = 40$ ... pero de palos.

Volviendo al relato, una vez, luego de cargar una enorme canasta que apenas pude con ella en aquel supermercado, la señora dueña me dijo, toma tu Navidad, estiré la mano y me dio veinte centavos, allí me enteré que ese día era Navidad.

Por cierto, las canastas ya ni se usan.



## *Las peleas en mi barrio*

ALLÍ ESTÁBAMOS, sentados en primera fila de aquel improvisado teatro en la iglesia del barrio. En las fiestas, el cura del lugar nos pedía que colocáramos en ese gran salón, bancas que, ocupadas por los parroquianos que pagaban cincuenta centavos al entrar, se llenarían al tope para disfrutar de la función; de alguna manera nos ingeniábamos para dejar un espacio hasta adelante, para que cupiera otra banca que metíamos cuando ya el teatrillo tenía una buena cantidad de gente; una vez colocada la ocupábamos nosotros, allí aplaudíamos a cantadores, bailadores, payasitos, el muñeco del ventrílocuo y por supuesto al mago que sacaba y sacaba listoncitos y flores de todos colores; aplaudiendo y riendo, pasábamos una maravillosa tarde de teatro.

Saliendo de allí íbamos a la feria que se instalaba en el atrio de la iglesia y parte de la calle, alquilábamos nuestra fuerza bruta (puro chamaco flaco y mal comido) para mover el carrusel de los caballitos; instalados en la parte

interior de su plataforma nos encargábamos de empujar y empujar varias vueltas para luego sentarnos en la misma esperando que se detuviera, y así empezar la siguiente ronda. Veinte centavos costaba subirse a los caballitos, como no los teníamos, allí trepados nos divertíamos un rato, luego seríamos suplidos por otros voluntarios que siempre había.

Como casi siempre andaba en la calle, conocía a la pandilla del barrio, algunos ya de dieciocho o veinte años, yo tendría creo que diez, era un chavo más de aquel barrio de la colonia Magdalena de las Salinas en la Ciudad de México. Con cierta frecuencia se enfrentaban pandillas en furiosas peleas, pero con ciertas reglas.

Las pandillas se encontraban previa cita ocho o nueve de la noche en algún lugar medio oscuro; nadie llevaba palos ni cadenas ni piedras como años más adelante sería. Los jefes de cada pandilla se enfrentaban tal vez para limar asperezas o tomar algún acuerdo, muchas veces todo terminaba con un apretón de manos y se retiraban por donde habían venido, aunque seguían siendo enemigos.

Los chamacos mirones los seguíamos cuando había algún enfrentamiento (en la calle se sabe todo), era interesante ver a los jefes dialogar solos, alejados de los demás pues se ponían reglas antes de la pelea. Ellos se podían pelear; otras veces cada quien ponía a su campeón

contra el del otro barrio o dos contra dos, me parecía que eran peleas caballerescas, pues las reglas variaban según cada encuentro, por ejemplo, luego de la pelea de campeones que se había acordado, se debería terminar cuando uno de los dos cayera al suelo o si alguno decía “ya” (se rajaba). Si era limpia, se acordaba, por ejemplo, que no habría patadas, sólo con los puños, dejar que se levantara el caído para seguir; o se valía todo “pelea libre” donde habría trompones y patines aunque alguno de los dos estuviera caído o los dos rodando por el suelo tratando de “tragarse” a su enemigo.

Generalmente había varias peleas, al terminar unos ya estaban listos otros, poniendo sus propias reglas de cómo sería la siguiente, algunas eran tan sangrientas y parejas que luego de un rato los paraban, era de lo más común ver cejas partidas de un cabezazo, boca y nariz sangrando, pómulos abiertos.

Me tocó ver peleas con navajas y éstas eran casi siempre “a primera sangre”, el navajazo podía caer en cualquier parte, brazo, mano, frente, espalda, o donde cayera; si salía sangre allí terminaba la pelea. Luego de ocho o diez peleas donde hubo toda clase de arreglos entre ellos, las bandas se retiraban haciendo un balance de aquella noche que, una vez sanadas las heridas, se volverían a encontrar en otra calle oscura.

Estas eran las peleas “caballerescas” de mi barrio, pues nunca vi que alguien rompiera una sola de las reglas que se habían acordado. Esto corría por allá del año 1949 o 50 y quedó en mi memoria.



## *La risa de Santa Clos*

PARA TODA AQUELLA PANDILLA de desarrapados muchachos de aquel barrio donde alquilábamos nuestra “fuerza bruta” en el carrusel de los caballitos y asistíamos a las funciones de teatro en la iglesia del lugar, había otro lugar que frecuentábamos casi todos los días ¡el mercado!

Las familias de mis amigos estaban igual de jodidas que la mía, y como es de suponerse en nuestras sencillas mesas, si es que se les puede llamar mesas a dos tablas apoyadas en un par de huacales, con gusto nos sentábamos a mediodía a meterle a la panza un plato de frijoles hervidos adornados con un chile verde picado y trocitos de cebolla y cilantro, cocidos en esa vieja estufa de petróleo, donde todo lo que se cocinaba ahí sabía a eso, a petróleo. Las tortillas había que comprarlas justo antes de la comida para que estuvieran calientes, porque si se calentaban aunque fuera en un comalito, igual agarraban el saborcito de la estufa, el petróleo será el energético del mundo y el oro negro con que cuenta nuestro país pero, ¡sabe a madres!

Vivíamos en el cuarto de una construcción que estaba en obra negra, la puerta era un cacho de sábana vieja tan gastada que era casi transparente y parecía de finísimo tul. En las mesas de nuestras casas la fruta no era precisamente parte de nuestra diaria alimentación, en la escuela sí, en el desayuno escolar no faltaba un plátano, un plato de avena (a veces un poco agria), un huevo cocido y un bolillo. Por cierto, en las vacaciones que pasaba con mis hermanas en Tlalpujahua, Michoacán, en la casa de Julia, jamás conocí las recámaras (sus hijos aprendieron a caminar dentro de sus cunas, nunca tocaron el piso). En un gran comedor, siempre había un gigantesco frutero, con toda clase de frutas imaginables: peras, manzanas, plátanos, duraznos, ciruelas, mangos, uvas y hasta una piña en medio de todo eso, ¡Cómo se me antojaba meterle el “afilado diente”! pero eran de cera. (Se me quedó ese trauma para siempre), no me gustan las frutas de mentiritas.

Volviendo al barrio, los chavos descubrimos que cuando los camiones cargados de frutas llegaban al mercado y bajaban la carga, lo que estaba machucado lo tiraban, no importaba que un melón estuviera aplastadito, igual que una papaya o cualquier fruta que estaba maltratada, ahí estábamos atentos atrapando todo en el aire antes que se despanzurrara más al dar con el suelo. Con mucha frecuencia nos dábamos el lujo de llevar a nuestras humildes casas una piña, o lo que fuera, que

luego de cortarle la parte más perjudicada, al final de la comida, con mucho gusto le daríamos “muerte”.

Yo cursaba en ese tiempo el segundo año de primaria. No sé cómo diablos un día, estábamos otro chavito y yo en la alameda central de la Ciudad de México, —nuestra colonia, Magdalena de las Salinas estaba lejísimos del centro—, y el único transporte del que nos valíamos en aquel tiempo era el tranvía, costaba el viaje diez centavos, pero como no los teníamos, pues viajábamos “de mosca” en la parte de atrás, sentados uno delante del otro en un fierro que tenían (era para enganchar otro vagón). Ahí en el lado poniente de la alameda había una gran tienda, creo que era H. Steele, estaba en una esquina con aparadores gigantescos por ambos lados, era época navideña y en uno de esos había un grandísimo Santa Clos sentado entre un montón de cajas adornadas para regalo. Serían tal vez las seis o siete de la tarde, y ahí estábamos mi amiguito y yo pegados al cristal adivinando qué tendrían dentro las cajas: “esa tal vez patines, la otra un carrito de cuerda, la de abajo como está grandota tiene una bici, aquella la de juntito, soldaditos de plomo”; imaginando juguetes que nunca tendríamos, pero lo más impresionante de todo era ese gran “santa” que mediante un mecanismo, sentado, movía las piernas y los brazos y decía, “jo, jo, jo, jo”, en eso me cayó el “veinte”: ¿y este buey de qué se ríe?, era invierno, mi amiguito y yo estábamos descalzos, con los

brazos pegados a las costillas por el frío, y hambrientos como siempre y tan lejos de nuestras sencillas casas, y aquél con su “jo, jo, jo, jo”.

—Ya vámonos carnal, este buey ya me pisó y hace un chingo de frío.

—Ya vas, vámonos, allá pasa el tranvía.

—¿Cuánto tráis?

—Un “diez”.

—¿A cómo los tamales seño?

—A diez.

—Uno de dulce por favor, órale carnal “mita y mita”.

—Ya vas.

“Jo, jo, jo, jo, jo”

—¡Buey!

Te odio cordialmente.

(Un día le escribí una canción, a ver si la encuentro, se llama “¿De qué te ríes Santa Clos?”).



*No amas, no lloras, no vuelas, no nada (foto de Marthel Cano)*



## *Sábados de Pedregal*

DIGO SÁBADOS PORQUE EL DOMINGO estaba rigurosamente respetado para jugar fut. Nos juntábamos una buena pandilla, diez o quince chavos “armados” con tortas, mucha agua, cerillos, cuchillo de monte, y de preferencia botas, los zapatos de lona no eran muy recomendables por lo terriblemente espinoso de aquel lugar. Un autobús urbano, por quince centavos, nos acercaba a aquel desierto y pedregoso lugar sólo habitado por víboras, lagartijas, iguanas, escorpiones, arañas, pinacates y quién sabe cuántas alimañas más. Ese lugar no era lo que muy pronto fue, una zona súper exclusiva para vivir: el elegantísimo Pedregal de San Ángel.

Ya Polanco había pasado de moda, ahora lo más elegante era vivir en el Pedregal, luego de trepar un trecho caminábamos en cualquier dirección, total, todo era lo mismo, piedras, grietas, cuevas y más piedras. El guía era quien tomaba la delantera, si el que iba adelante se detenía a hacer “pipí” o a quitarse una espina, cualquiera

lo pasaba y sería el nuevo guía. Todos traíamos resortera y cuando veíamos una lagartija de las miles que había en aquel lugar, una lluvia de piedras le caía encima, tan fenomenal era la “piedriza” que muchas veces nuestro “blanco” no se movía seguro porque nadie les había tirado piedras con resorteras, con tan malas intenciones, hasta que un disparo bien dirigido la mandaba al cielo de las lagartijas, y luego, la inevitable discusión de quién había sido el autor de aquel tiro mortal.

En cambio, las iguanas mucho más grandes, al notar nuestra presencia se escabullían en la grieta más próxima, y aunque le atinábamos con más frecuencia por aquello de su gran tamaño no le hacíamos nada con nuestras resorteras y jamás nos dieron una segunda oportunidad de servirnos de tiro al blanco.

Bajar por una grieta, llegar al fondo y trepar por el otro lado era de lo más fácil y divertido porque aquellas rugosas paredes tenían cientos de lugares para apoyar manos y pies, otros lugares muy frecuentados eran las cuevas donde nos metíamos a fastidiar a los murciélagos con nuestras resorteras, aunque eso era perder el tiempo pues nunca le pudimos atinar a ninguno de los parientes de Drácula en vuelo, eran demasiado rápidos, si acaso nos echábamos alguno cuando lo sorprendíamos durmiendo patas para arriba, pero cuando se alborotaban tres o cuatro por la tupidia “piedriza” que les lanzábamos, los



que salíamos de la cueva como almas que se llevan los pingos éramos nosotros.

Había cuevas verdaderamente grandes. Años después de estas correrías, conocí una hermosa casa del Pedregal donde la sala era una enorme caverna. Ya cansados y asoleados buscábamos alguna pequeña cueva y luego de revisar el interior y mover las piedras sueltas para no sentarnos sobre un alacrán, hacíamos una fogata para asar algunos nopales tiernos, que previamente habíamos recolectado y cada quien llevaba su porción ensartada en una delgada vara seca cortada de algún arbusto de aquel lugar. Pelados y asados hacían el complemento de nuestra ración de tortas hechas en casa muy temprano. En nuestras correrías por aquel pedregoso lugar íbamos al Anahuacalli, casa de Diego Rivera, que en aquel tiempo se estaba construyendo, impresionante y gigantesca casa de piedra volcánica negra. También a ver la construcción del Estadio Azteca, que no se llamaba así, el nombre se le puso por concurso algún tiempo después que fue terminado, estos sábados de Pedregal siempre terminaban a las seis o siete de la tarde, cansadísimos, asoleados y bastante mugrosos, no faltaba alguno que se quejase de una molesta espina que no se pudo quitar, lo bueno es que como abordábamos el autobús, para el regreso, recién salido de su terminal, siempre viajábamos sentados y todo el mundo a dormir hasta que el cobrador del autobús nos despertaba.

—¡Esos que bajan en la Portales!

—¡Bajan!

Recuerdo escrito en El Calvario, 2005.

TENGO UNA PRIMA, Marieta, más chica de edad que yo, ella estudió en la escuela de San Carlos y es una estupenda dibujante; ha ilustrado varios libros, estaba casada con Adolfo Mexiac, un grabador de renombre dentro de la plástica mexicana, simpatizantes y militantes del partido comunista, cuando existía, lo que les valió algunos viajes a la China comunista totalmente gratis. Ella siempre trató de jalarme a esa onda —mítines, plantones y marchas—, cosa que no hice nunca porque ya estaba casado y con dos chavitos que todo el tiempo requerían comidita, zapatitos, ropita y todas esas tonterías, así es que nunca acepté aquellas invitaciones. Recuerdo cómo insistió que fuera a Tlatelolco el día tan trágico que todos conocemos; a tanto insistir le dije que allá nos veríamos, pero no tenía, como siempre, ni la más mínima intención de ir, y ¡qué bueno! Además, supe después que tampoco ella y su esposo fueron. Un amigo pintor, involucrado en todas esas ondas, le entró

el pánico luego de la tragedia, pues suponía (o así fue) que habría cacería en contra de muchos involucrados en ese movimiento estudiantil, y salió huyendo del D.F. hacia un pequeño caserío escondido en Veracruz; al que un río del estado de Oaxaca lo separa; Arroyo León es su nombre, nunca supe cómo estableció contacto con la gente de aquel lejano lugar. Trabajó como maestro a cambio de una choza construida con varas y techo de palma, sin sueldo, sus comidas las hacía en diferentes casas del poblado. Cuando supimos dónde estaba (tres o cuatro meses después), decidimos buscarlo algunos amigos y dos hermanos de él para ver cómo vivía en tan alejado pueblo. Abordamos el tren rumbo a Veracruz, bajamos en la estación “Doña Juanita”; luego viajamos en autobús, junto a guajolotes, gallinas y un montón de bultos amontonados arriba de nuestras cabezas, y donde más de un pasajero fue ensuciado por estos animalitos; una parada en medio de la nada y unos 50 minutos a pie. Yo llevaba un tremendo equipaje que fue la burla de todos hasta una pequeña estufa de gasolina y muchas latas de comida, todos en fila india. El camino era una vereda donde la hierba nos llegaba hasta la rodilla, primero el guía, luego yo con mi gran cargamento en el lomo, luego los demás, un pájaro totalmente negro y grande como un cuervo nos acompañó casi todo el camino, lo curioso de este pajarraco es que se paraba frente a nosotros en la

vereda y en su chillido o canto decía con toda claridad ¡caballero...caballero...! Cuando estábamos a unos pasos de él volaba y se volvía a posar unos metros más adelante y el mismo canto ¡caballero... caballero! No importaba que la vereda diera vueltas y vueltas siempre hacía lo mismo, tardeaba, pues todo el día lo pasamos en los transportes antes referidos, y claro, le pregunté al guía en turno del extraño comportamiento de aquella negra ave, se llama “tapa caminos” y tiene una historia:

Una vez en el reino de las aves habría un casamiento entre una pareja de hermosos pájaros y fue convocado todo tipo de aves a aquel acontecimiento, el pavo real no era como lo conocemos, era una ave rara y no tenía plumas, no podía ni siquiera medio volar, además era muy feo, vivía cerca de donde se llevaría a cabo la boda, pero estaba escondido siempre ocultando su fealdad, los pájaros empezaron a llegar, y el pobre pavo que no tenía nada de real estaba como siempre escondido en un matorral, admirando a aquellas aves hermosas de mil colores, ahí lo descubrió el tapa caminos y le preguntó qué hacía escondido en ese matorral y además si iría a la elegante boda donde todos estaban invitados, el pavo salió de su escondrijo y se mostró con toda su fealdad frente al “tapa caminos” y sí, realmente era muy feo... llorando explicó que no podía asistir a la boda porque él mismo sabía lo feo que era, el

tapa caminos se conmovió de la fealdad de aquel pavo y le dijo, no te preocupes, yo te voy a ayudar, y dicho y hecho, se paró, en medio del camino donde llegaban todos los hermosos pájaros, y a explicarles del lastimoso estado y la fealdad del pavo, les pidió a cada uno de los que iban llegando una pluma prestada, para ponérsela al pavo pues no tenía ninguna, con la condición de que se las devolvería cuando terminara la fiesta. Cada ave le prestó al tapa caminos una de las plumas más bonitas con las que contaba, total, una pluma menos no se notaba si la prestaban. Pronto el tapa caminos juntó una gran cantidad de plumas de todos los colores y se dio a la tarea de ponerle una a una al pobre pavo, se las puso todas, y él mismo se sorprendió de su perfecta y bien hecha obra, el pavo llegó cuando comenzó el banquete, y grande fue la admiración de todos preguntándose de qué país sería aquella ave, pues semejante cola extendida y de tantos colores no la habían visto ni siquiera los pájaros más viejos, que se supone conocían a todas las aves del mundo, el pavo fue recibido con todos los honores y fue sentado en la mesa principal junto a los festejados. Bailes y cantos hermosos para los recién casados, trinos hermosísimos se escucharon hasta el amanecer, cuando los convidados que habían llegado de lejanos lugares empezarían a emprender el vuelo el tapa caminos buscó al pavo para que le devolviera las plumas prestadas que a su vez entregaría a los pájaros que tan

amablemente las habían prestado, y nada, el pavo que ya era real se había ¡escapado! El tapa caminos que no era negro, se puso negro del susto y coraje, todos los pájaros al mismo tiempo le reclamaban la devolución de sus plumas y aprovechándose que ya era negro, de puro susto y coraje se escabulló a lo más tupido del bosque furioso por la mala jugada que le hizo el pavo, que viéndose tan hermoso no pudo devolver ni una sola pluma, y desde aquel tiempo el tapa caminos sale casi de noche y se para en los caminos buscando al pavo real, por eso el canto aquel “caballero... caballero...” ¡las plumas caballero!

La fila india que todos habíamos conservado por un rato ya era una “bola” alrededor del guía pues nadie se quería perder la historia del pájaro aquel, todo esto contado con ese acento tan especial de la amable gente de Veracruz. Entramos de noche al caserío de Arroyo León, donde fuimos recibidos por la autoridad, un amable anciano que se alumbraba con un mechero de petróleo, nos recibió y nos instaló en una prestada choza, alguien nos llevó un jarro de café aguado y sin azúcar que fue la cena de esa noche, lo bueno es que sí hubo suficientes catres de tijera para todos, los que llevábamos cobija ni la usamos, pues hacía un calor de los mil diablos, todos dormimos como troncos, el día había sido pesado y bastante fatigoso. Al día siguiente salimos de la choza; ya entrada la mañana

afuera en la puerta estaba un lugareño con la consigna de que cuando despertáramos nos llevaría a almorzar. Ya hacía hambre, una veintena de chozas regadas por todas partes fue lo primero que vi, toda la comunidad reunida en un lugar que parecía el centro, ya Armando (al que fuimos a buscar) se había reunido con nosotros, pero no hubo tiempo para platicar, una vez que la gente de aquel lugar satisfizo su curiosidad, donde fuimos examinados por hombres, mujeres y niños, nos llevaron a almorzar a una choza de no sé quién, todos sentados alrededor de un fogón, algunos alcanzamos silla, otros un banquito, a los demás les tocó piedra. Todos atentos a lo que nos platicaba “don quién sabe quién”, pero más a dos mujeres que hacían unas grandísimas y gordas tortillas de maíz amarillo, fuimos “armados” con unos platitos de barro, tres o cuatro cucharas para todos, un jarro de buen tamaño con el café de anoche aguado y sin azúcar, nuestro pequeño plato fue llenado de algo que echándole imaginación parecía caldo de pollo pero sin pollo (bueno casi) y con un pellejito de jitomate flotando “por ahí”. Hombro con hombro fue rápidamente devorado el caldito aquel y la tortilla gorda y amarilla, tu jarro de café aguado y nada más. El resto del día nos la pasamos conociendo todo aquel lugar, antes sembraban café, pero no sé quién los convenció de que cambiaran la siembra de café por árboles de hule que en un futuro ya crecidos y explotados les dejarían buen



dinero, sólo había que esperar algunos años a que los arbolitos crecieran, con las manos podíamos abarcar el diámetro de los jóvenes árboles, cuando menos debían crecer al doble para su explotación y venta del hule, y mientras, a vivir como se pudiera. Jamás había visto a un cerdo flaco ¿flaco? ¡flaquísimo!, parecía un esqueleto de algo pero trompudo, ¡y los perros!, tan flacos que no tenían fuerza ni para mantener el rabo erguido. La cena fue en otra choza, la gran tortilla gorda, embarrada con salsa martajada picosísima y sal, y tu jarro de café; nuestra choza estaba alumbrada con un mechero de petróleo que hacía una humareda espantosa, mejor lo apagamos y platicamos a oscuras.

A la gente de aquel lugar les llevamos de regalo algunas revistas, herramientas de medio uso, cacharros de aluminio que repartimos como se pudo, ¡ah! y un balón de fut; buscamos un lugar apropiado y toda la comunidad ¡a jugar! Las porterías eran dos palos verticales clavados en el piso y listo, 20 contra 20, viejos, jóvenes y chavos ¡todos!... tú pateas pa`llá y usted don... pateas pa`cá, y ¡qué partido! Creo que duró cuatro horas, algunos ya tenían los pies sangrando (andaban descalzos) pero nadie se “rajaba”; muertos de cansancio y empapados de sudor ¡al río todo el mundo! Chapoteando en calzones en una agua color café, otra comida de agüita salada, con su pellejito de jitomate, tortilla grande y gorda, y café aguado.

Cuando el sol está quemando como diablo, el lugar aquel parece cementerio, todo el mundo afuera de sus chozas durmiendo, no se puede hacer nada con ese infernal calor, esa hora la aprovechábamos dentro del lugar donde dormíamos y a prender la estufa de gasolina que llevamos y a darle a las latas de comida por las que tantas burlas recibí. Otro día temprano, otro partido de fut, ese día el maestro Armando comisionó a dos personas para que al amanecer salieran con un burro al cercano poblado y trajeran aguardiente de caña, un gran bloque de hielo, algunas latas de comida, pan blanco, cigarros, y algunas cosas más, las mujeres del lugar habían aplastado una gran cantidad de tamarindos (había varios árboles de ese fruto); el burro y los paisas llegaron justo al terminar el juego, otros 20 contra 20, trajeron la pulpa de tamarindo y picaron el hielo, se le puso aguardiente de caña, y luego de un rápido baño en el río cada quien con su jarro digno de cualquier olímpico dios. Algo que llamó mucho la atención fue que para conseguir un jitomate, una cebolla o cualquier otra hierba había que ir hasta el poblado próximo, nadie sembraba nada, ni cilantro en un bote con tierra, ¿agua?, pues tenían el río a dos pasos de su casa, ¿el terreno?, pura tierra donde crecía de todo, bueno, el día que clavamos los palos para las porterías donde jugamos fut, ni siquiera encontramos piedras para apretar los palos, tuvimos que traerlas del

río, pero ¿por qué nadie sembraba nada? no lo sé, en la noche acordamos que nos levantaríamos temprano (antes de que el sol saliera), estábamos invitados a pescar en el estero (brazo de río que forma una pequeña laguna) una vez reunidos en el lugar, luego de una caminata regular, el guía se metió en la laguna, jalando una larga red que todos en fila sosteníamos en los brazos, a medida que el guía avanzaba todos hacíamos lo mismo, entrando en la laguna, el último sólo avanzó unos metros y quedó como poste sosteniendo la red, el agua nos llegaba más o menos a la altura del pecho estando de pie, según instrucciones, la red la deberíamos sujetar con el “dedo gordo” del pie y con las manos estirla hacia arriba; de esta manera se mantenía una larga red vertical, el guía empezó a hacer un amplio círculo, siempre arrastrando la red con el pie, cuando la red se atoraba en piedras o ramas había que sumergirse, soltarla y seguir cerrando el círculo, el tejido de la red no era muy cerrado, lo que permitía sólo atrapar los peces que no pudieran pasar por la trama, esto duró mucho tiempo, la operación fue lentísima. Cuando el guía tocó tierra luego de cerrar el círculo empezamos a recoger la red, ya hacía mucha hambre, en la mañana ni siquiera tomamos el consabido jarro de café aguado. Pez atrapado ya con las manos (el círculo ya era pequeñísimo), pez que era lanzado fuera del agua. Rápidamente alguien le quitaba las escamas, lo abría, le sacaba las vísceras y con

cabeza y cola iba dar a una gran cazuela, ya preparada y caliente, con jitomates, cebollas, chiles, sal, y algunas hierbas más, también salió de la red una tortuga de tamaño medio, fue destazada rápidamente y fue a parar a la cazuela junto con los peces, de la tortuga me tocó una mano delantera con unas afiladas garritas, un bracito colorido, desde las garras hasta donde fue cortado, unas bandas de colores brillantes la adornaban, algo así como la panza de las lagartijas, un trozo de pescado con todo y cola también estaba en mi plato, garra y cola fueron despojados hasta el último cachito de carne.

La pesca no fue muy abundante, luego de la repartición a cada lugareño le tocarían cuando mucho tres o cuatro peces, a nosotros... nada, pues no teníamos familia que alimentar, los días pasaban sin tanta prisa, sólo algo nos atormentaba verdaderamente, los causantes eran los “pinolillos” (ácaro muy pequeño de color rojo, cuya picadura es muy irritante y molesta). El lugar preferido de estos ácaros eran las piernas y la cintura, ahí era más molesta la irritación por lo apretado del cinturón, el segundo tormento eran las garrapatas (ácaros de ciertos animales a los que chupa la sangre). A los pinolillos y a las garrapatas los atrapábamos a puños cuando salíamos del poblado y caminábamos entre la maleza. Todas las noches a la luz de más de un mechero prestado nos sentábamos todos en círculo dándonos la

espalda en “cueros” para podernos “espulgar” como auténticos changos, quitándonos las garrapatas que tenían firmemente metidas patas y cabeza en la piel, había que sacarlas con mucho cuidado para que no se arrancaran la cabeza y las patas y quedaran dentro de la piel causando una infección, acercábamos la brasa de un cigarro para que con el calor “se soltaran” y luego la retirábamos jalándola con cuidado, en su lugar quedaba una gotita de sangre. Cuántas veces las miré a los ojos (a las garrapatas) donde yo creía que los tenían y sosteniéndolas panza arriba y mirar sus patitas tratando de aferrarse a algo. Este molesto bicho del tamaño de una munición de plomo y del mismo color, pero con patas sólo adelante del abdomen, luego de atrapado sería lanzado al mechero de petróleo en el que después de una pequeñísima explosión se iba al infierno a atormentar a los pingos; el aguardiente de caña ya no lo bebíamos, pues ahora cada quien cuidaba su ración para la noche, cuando a la luz del ahumador mechero nos lo frotábamos en la piel de todo el cuerpo, tratando de combatir a la pandilla de los “pinolillos”; cuando no teníamos aguardiente, nos aplicábamos petróleo, no importaba que anduviéramos oliendo a refinería. (Dos semanas después de que llegué a mi casa, al darme un baño todavía me quité una garrapata firmemente clavada en una ingle ¡gorda, gorda, la desgraciada!).

Cuando manifestamos a los pobladores de Arroyo León nuestro agradecimiento y les dijimos que partiríamos al día siguiente, nos organizaron una “bailada” en el zócalo del lugar, se armó un entarimado con tablas viejas y torcidas, trajeron a un viejo “jaranero” de algún poblado cercano, se trajo mucho hielo, se hizo pulpa de tamarindo, se colocaron todos los mecheros que se encontraron alrededor del tablado en palos clavados en el suelo y todo el mundo se reunió a despedir a los “profes” (como nos decían) la música y el versador se arrancó con alegres “sones”, una joven mujer subió al tablado zapateando, luego subió a bailar con ella un muchacho, otra joven subió y la primera se bajó, otro joven subió y el primero se bajó, y así siguió aquello; si un hombre subía el que estaba arriba se bajaba, lo mismo entre las mujeres, una subía, otra bajaba, todo el tiempo sólo una pareja bailaba en el tablado. Ya que entendimos el mecanismo, pues a darle, arriba y abajo (según), el jaranero no paraba, sólo suspendía por un momento cuando le daba un sorbo a su jarro con hielo y aguardiente. En una de tantas, luego de un corto intermedio le “brinqué” al tablado esperando a mi pareja...y nada, nadie se subió a bailar conmigo todo el mundo se reía pero nadie me hacía “el quite” ni hombres ni mujeres ¡yo solito! zapateando como loquito, según yo haciéndolo muy bien, me cansé, me bajé, y todos aplaudieron, fui por mi jarro, alguien se me acercó

y me dijo muy quedito que ese son era sólo para mujeres (por eso nadie me acompañó). Para hacer el ridículo, en cualquier parte me pinto solo.

Al día siguiente, luego de regalar lo que no queríamos cargar al regreso, incluyendo el balón de fut, muchos de los lugareños nos acompañaron a abordar el guajolotero autobús que nos llevaría a tomar el tren, que venía de Veracruz con destino a la Ciudad de México, uno de los jóvenes me puso en las manos un lechón como regalo para que me lo llevara a mi casa, de mil maneras le expliqué que no podía aceptar ese hermoso regalo, le argumenté que vivía en un pequeño departamento y con mucha pena, aunque era un hermoso regalo no me lo podía llevar (de verdad que estaba lindo el bañado marranito). Le dije que si quería podía ponerle mi nombre para que el día que se lo comiera se acordara de mí. Aceptó la broma, y con risas se despidió, el viaje de regreso fue como pesadilla, cuando el tren llegó a la estación “Doña Juanita” aterrorizados miramos que venía atascado de gente sentada hasta en los estribos. Como pudimos y medio colgados emprendimos el regreso, aprovechando los pocos espacios que la gente dejaba cuando bajaban en algunas de las muchas estaciones donde el tren paraba. Acabamos en un rincón de ese atascado vagón, tirados en el piso y amontonados, todos dormíamos profundamente no importándonos que la gente nos pasara por encima,

ninguno de nosotros logró conseguir un asiento en aquel atiborrado tren. Al año siguiente recibí la invitación para ir a Arroyo León, ya no quise, una vez estuvo suave pero nomás de acordarme de los pinolillos y las garrapatas y el viaje en aquel tren, ya de plano le saqué. A aquellas excelentes personas que con mucho cariño compartieron con nosotros lo poco que tenían, de alguna manera y durante algún tiempo les hacíamos llegar cuando menos un balón de fut. Espero que los árboles de hule, ya adultos, y correctamente explotados, les dejen buen dinero.



## *El Ajusco*

OTRA SALIDA DOMINICAL era escalar El Ajusco, un picacho de buen tamaño (Sierra de México en la cordillera neovolcánica 4 094 msnm), escalarlo era un buen reto; ahí vamos todos equipados con lo que podíamos, nadie tenía un equipo decente, todo era improvisado y cualquier mecate de tendedero formaba parte de nuestro flamante equipo. A las ocho de la mañana ya estábamos en el pueblo del Ajusco comprando chocolates, caramelos de miel, según nosotros para reforzar nuestra ya probada resistencia física en otras peligrosísimas aventuras, había que caminar mucho del pueblo hasta las faldas del cerro y luego empezar a trepar por angostos caminos ya trazados por muchos anteriores visitantes a aquel lugar; todos caminábamos en silencio y jadeando por la subida que no tenía nada de fácil. Pasar por “El espinazo del diablo”, luego “La punta del fraile” y... al fin la cima. Entre la pandilla había dos hermanos (ya olvidé sus nombres) si me acuerdo por ahí los anotaré. Estos cuates nunca

jugaron fut en todos los equipos que armamos en aquella ya lejana juventud, simplemente no les gustaba, pero cuando se trataba de salir al campo eran los primeros y más animosos, verdaderos amantes de la naturaleza, eran tan buenos caminantes que cuando se enteraban a qué horas abordaríamos el autobús para el Ajusco nos daban ventaja y abordaban el siguiente (una hora después), en el camino nos alcanzaban ¡y nos pasaban! cuando echando los hígados llegábamos a la cima, estos dos hermanos ya tenían un buen de haber llegado; en una ocasión, ya estando en la cima, a un cuate del grupo le dio “mal de montaña” con temblores, vómitos y frío como paleta de limón (pero sin limón), el más chico de los dos hermanos pidió que le montáramos al enfermo sobre su mochila y así cargado como mulo se lanzó para abajo casi “al trote” seguido de su carnal, como siempre llegamos al pueblo, ya de regreso y arrastrando la cobija (cansadísimos) el zonzo aquel ya se había repuesto, sólo conservaba un precioso color “amarillo bilis”.

No he vuelto al Ajusco, pero antes teníamos que caminar mucho del pueblo a las faldas del cerro, actualmente las casas deben de estar ya trepadas en las mismas faldas del pico aquel; a este par de hermanos deportistas amantes de la naturaleza se les metió en el coco la idea de escalar el Aconcagua (pico de los Andes argentinos, en Mendoza junto a la frontera chilena con

altura de 6 959 m, es el pico más alto del Continente Americano) y como “entrenamiento” durante un año completo subieron al Popocatépetl cada domingo; del grupo de expedicionarios que participó en esa ascensión sólo el más chico de los dos, ¡Hugo!, hizo cumbre junto con un inglés, y según nos platicó luego de su hazaña, que el grupo tuvo mala suerte, entre los ocho o nueve que intentaron la escalada, hubo un brazo roto, enfermedad de alguien, pérdida de equipo, y algunos contratiempos más; varios compañeros tuvieron que regresar a los diferentes campamentos de la ruta ayudando a los camaradas en desgracia, el hermano de Hugo, ¡Luis!, tuvo que regresar también por ayudar a un amigo, pero Hugo si hizo cumbre y en un pequeño refugio que hay en la cima de la montaña quedaron una banderita mexicana y una inglesa con firma y fecha como testimonio de la hazaña de este par de deportistas. A su regreso, trajo una pequeña nota periodística de algún diario de Argentina, cuando la presentó a algunos diarios mexicanos simplemente ni los pelaron, ¿bueno, qué esperaban? así son las cosas por acá.



CUANDO ACOMPAÑABA A MI MADRE en aquel expendio de pan en la colonia Narvarte, ella le pidió a alguna vecina que me consiguiera trabajo de ayudante para que aprendiera algún oficio, y no estuviera perdiendo el tiempo en la calle. Un plomero me admitió como aprendiz de ese oficio que aprendí perfectamente, me gustó eso de andar haciendo instalaciones sanitarias, rompiendo paredes cuando era necesario, y andar como gato en las azoteas de muchas casas de la colonia Vértiz Narvarte. En ese tiempo y en ese taller de la calle de Petén, cumplí quince años y ya era todo un maestro, sabía más cosas que otros oficiales mayores que yo; cada mañana el maestro nos repartía el trabajo a tres o cuatro personas, generalmente me tocaban los trabajos más lejos pues tenía mi propia “bici”, comprada en abonos de diez pesos semanales; además, me daba el lujo de tener mi propio ayudante más grande que yo. Un día colocando un mueble de baño, debía meter un tornillo hasta la

mitad de un agujero en el piso que sería sujetado con plomo líquido para que quedara firmemente anclado, desde que empecé a hacer el agujero, luego de marcar exactamente el lugar, mi ayudante comenzó a calentar el plomo en un cucharón de fierro, cuando pedí el plomo líquido, estaba “hirviendo”, el punto de fusión es muy diferente al punto de ebullición y así de caliente lo vertí en el pequeño agujero, un segundo después explotó bañándonos de pequeñas porciones de plomo caliente; paredes y techo quedaron completamente salpicados, así como mi incipiente bigote y cejas, la mayor cantidad de plomo quedó atrapada entre mi frente y el nacimiento del cabello. Cuando le platicamos al maestro lo sucedido, nos llevamos con puras “buenas palabras” una fuerte regañada, pues según él lo que nos sucedió se debía a estar jugando, ya que no pusimos la debida atención al trabajo.

Días después ya bajadas las ampollas de la quemada por efecto del plomo líquido, al maestro le tocó hacer exactamente lo mismo, colocar un mueble de baño con igual técnica... ¡le reventó el plomo! ¡Cómo nos reíamos mi ayudante y yo! (claro, a espaldas del maestro) cuando lo veíamos con sus anchos y prietos cachetes llenos de ampulas por el baño de plomo caliente.

Tal vez pasé un año y medio en aquel taller de plomería por allá en la calle de Petén; una mañana, como de costumbre, llegué temprano y barrí el lugar, cuando los

oficiales ya estaban, el maestro repartió el trabajo a todos menos a mí y al preguntarle “¿y yo qué?” me dijo “tú te vas a la ch...” ¿qué le picó al maestro? La verdad es que yo le producía una buena lana a cambio de lo que me pagaba... ¡diez pesos a la semana! Me trepé a la bici y me fui a casa, ¿qué pasó?, si esta vez no había hecho nada (creo). Al segundo día estaba uno de los oficiales de aquel taller tocando mi puerta, “que dice el maestro que te presentes mañana a la hora de costumbre”, ya no volví más.

Un amigo, mucho más grande que yo, tenía un taller de herrería, yo quería aprender a forjar fierro y le pedí chamba, ahora ya era aprendiz de herrero y también me gustó, y a batallar con una herramienta que hasta la fecha no he podido dominar ¡la escuadra! Cómo batalló mi amigo y maestro para que puertas y ventanas salieran más o menos derechas: taladros, brocas bien afiladas, esmeriladoras, soldadora, ¡todo dominado, menos la escuadra!

Un día de visita en mi casa, mi hermano Juan Cano me preguntó si quería chambiar en la fábrica de acero donde él trabajaba (La Consolidada) por allá en Peralvillo, el único inconveniente es que yo tenía diecisiete años y la edad mínima requerida era de dieciocho. Fui a Temascalcingo, Estado de México (donde nació mi padre), mi hermano tenía un medio pariente, que

algo tenía que ver con la milicia y allí saqué la cartilla del servicio militar obligatorio, aumentándome un año. Con este documento oficial, luego de un sencillo examen médico, ya era parte de aquella gran fábrica donde se hacían desde tachuelas hasta viguetas para la construcción. Luego de pasar por algunos departamentos donde se hacía cable de cobre de todas las medidas imaginables, fui peón de patio (vil barrendero); en los hornos de fundición, tornillería y mantenimiento como bombero (pero no apagafuego), donde se ganaba bien porque de aquí dependía en mucho que funcionaran las grandes máquinas laminadoras que debían estar siempre enfriadas por agua. Dieciséis pesos con once centavos diarios era mi paga, dinero que ya era suficiente para sostener a mi madre, pues ya no tendría que vender pan ni gelatinas de puerta en puerta en el barrio; vivíamos en un garaje rentado con cupo para cuatro autos, techado y en el fondo una pequeña zotehuela con baño y lavadero, lo malo es que como bombero, entraba a la fábrica a las seis de la tarde los domingos; precisamente cuando todos los chavos y chavas estaban en pleno reventón jugando en la calle, yo tenía que suspender el juego a las cuatro y media e irme a trabajar acompañado de los chiflidos de todos mis amigos, pero valía la pena en lo económico, pues el domingo y los festivos ya estaban incluidos en el sueldo por ley al doble, así que trabajar en domingo



era triplicar la paga de ese día. Al llegar a la fábrica me sentía un poquito triste porque estaba casi vacía, uno que otro obrero que entraba a la misma hora que yo, el resto del personal lo hacía a las diez de la noche, mientras, yo a precalentar algunos hornos con leña; abrir y cerrar válvulas de diésel, vapor y agua; encender una gran cantidad de focos en sótanos, patios y azoteas; checar temperaturas y aceitar un montón de bombas de todos los tamaños (de aquí el nombre de “bombero”).

Por aquel tiempo, mi cuñado Javier, aquel que manejaba el autobús urbano, se llevó a mi hermana a vivir a la colonia Agrícola Oriental, donde compró un pequeño terreno y de paso, también casi a rastras a mi madre para que le ayudara con sus ya cuatro o cinco hijos, y pues ni modo, allá voy a la colonia esa. Apenas algunos valientes la estaban colonizando ya que no había nada; parte de lo que fue el lago de Texcoco parecía un desierto gigantesco y plano hasta donde se perdía mi vista, no había ni un triste arbolito ni nopales ni cactus, en ese salitroso terreno no crecía nada, no había ni siquiera lagartijas, ¡nada!

Para tomar un autobús urbano había que caminar un demonial y ese suelo era tan impermeable que cuando llovía se convertía en un charco gigante. Nos surtían el agua potable en pipas de alguna delegación, lo malo es que llegaban cualquier día a cualquier hora:

nueve de la noche, diez de la mañana, tres o cuatro de la madrugada; había que estar atentos a los gritos de vecinos que descubrían a la pipa “¡el agua, el agua!” cada casa tenía derecho a seis u ocho botes alcoholeros pintados de determinado color, los de aquí azules, los de la siguiente parada, doscientos o más metros adelante, blancos, si no los llenabas en tu parada, en la siguiente aunque corrieras, simplemente no te daban agua, pues allí era para botes alcoholeros blancos (de veinte litros). Yo había construido un carrito donde transportar los botes que nos correspondían, tapados con trapos para que el agua no se derramara tanto; pero en tiempo de aguas con esos tremendos lodazales, el carrito no servía para nada y terminábamos llevando los botes a puro lomo. Finalmente, una línea de autobuses le dio servicio a aquel lugar, hicieron un camino de unos treinta centímetros de altura con respecto a lo plano de aquel desierto, si llegabas de noche y en tiempo de aguas, al bajarte del autobús, debías quitarte los zapatos y echártela descalzo hasta tu casa, si había luna ya era mucha ganancia, o guiarte por los miserables foquitos de por aquí y de más allá. La electricidad nos llegaba por unos palos clavados como postes y cada quien se “conectaba” como podía. Esa colonia, la Agrícola Oriental es tan grande como toda la ciudad de Toluca, qué feo la pasamos aquellos pioneros en ese lugar. Cuando he ido a visitar a mi hermana Rosita,

ya es otra cosa, totalmente pavimentada y con todos los servicios; creo que de allí se me quedó eso de que me enfurece cuando veo a alguna persona tirando el agua “a lo puro güey”.



### *Casi llegando a Tlalpujahua*

COMO DIJIMOS ENDENANTES, yo nací en El Oro y ansina les contaré. Muerto mi padre, don Juan Cano Huitrón (poeta, pintor, maestro rural, excelente platicador y buen tomador de mezcal), pocas veces regresé a El Oro; allí tengo todavía una hermana, que tiene doce hijos y quién sabe cuántos nietos. Ya viviendo en el D.F., las veces que podíamos, casi siempre en vacaciones, nos íbamos mi hermana Rosita y yo, pero ya no llegábamos a la casa de mi hermana porque en aquel tiempo ya tenía seis o siete hijos y pues bueno no le hacía mucha gracia tener dos invitados más. Sólo la saludábamos y de allí a Tlalpujahua, Michoacán. El Oro hace frontera con Michoacán y los dos pueblos están verdaderamente cerca a unos cuantos kilómetros de una hermosa carretera bordeada de bosques de pinos. Es obligatorio pasar por lo que fue el ingenio minero donde se hacía la molienda de minerales para la extracción de metales preciosos; en su auge minero me han platicado algunos viejos (más

que yo) que su población era de ochenta mil personas, muchas para ese lugar tan pequeño ¿no? Algún cronista del pueblo me platicaba de alguna veta “la veta negra” que daba un kilo de oro por cada kilo de piedra, tal vez exageraba en su plática, pero de que eran riquísimas aquellas vetas sí que lo eran, una veta es algo así como si al cavar un pozo en alguna de las paredes se encuentran rocas que contienen metal, eso es “descubrir una veta” luego simplemente hay que seguirla haciendo un túnel para su fácil explotación reforzándolo con madera en las paredes y en el techo; en el centro, una vía angosta para los carritos; llamados armones, jalados por una potente maquinita eléctrica, como los tranvías. Las vetas serpenteaban hacia cualquier dirección y allá va el túnel dando vueltas y vueltas. Si la veta bajaba se hacía otro pozo “tiro” y ya era otro nivel, sigue la misma historia, vuelta y vuelta hasta que la veta se agota; otro pozo y la historia vuelve a comenzar.

Alguna vez bajé de la mano de mi padre en unos elevadores que más parecían jaulas de esas donde se tiende la ropa, pues en ocasiones se hacían misas dentro de las minas, recuerdo que había un calor sofocante y en las paredes unas pavorosas y gigantescas cucarachas de color rojizo; generalmente los mineros trabajaban en “puros cueros” solamente con un taparrabo obligados por el asfixiante calor y su equipo (si es que se le puede llamar

equipo) consistía en una lámpara de carburo, algunos picos y palas, los más afortunados un casco de baquelita por aquello de los desprendimientos de pequeñas piedras del techo, los demás con su sombrero de palma que hacía las veces de casco. Reflexionando un poco, ¡Qué tristísima vida llevaban estos infelices hombres!, sacando inmensas fortunas de aquellos insalubres túneles donde muchísimos morían por explosiones de gases acumulados y derrumbes que siempre sucedían. Fortunas que jamás verían. Estas minas (de las que platico), se supone que ya eran modernas, pero aquellas donde los indígenas (niños de seis o siete años), obligados por los conquistadores, se tenían que arrastrar por pequeños túneles en la más completa oscuridad para la extracción de minerales, soportando o arrastrando cargas equivalentes a su peso, la verdad es que eso sí calienta, esos explotadores que permitían que un niño a los catorce o quince años muriera por tener los “pulmones picados” (tuberculosos) ¡ah, canallas! Pero eso sí, los dueños, todo el tiempo en la iglesia haciendo méritos para ir al cielo, enriqueciéndose hasta la náusea, acumulando riquezas que duraban varias generaciones.

Cuando he estado frente al templo de Santa Prisca en Taxco, Guerrero, ¡qué hermosa iglesia! Sí que es hermosa y ¿cuántas vidas habrá costado?, y todas esas que construyeron aquellos riquísimos mineros en todo el

territorio mexicano. Si hay infierno espero que todos estos malvados y santurrones explotadores estén revolcándose en los apretados infiernos, ojalá que así sea (¡chispas!, creo que ya me enojé). Bueno, bajándole al berrinche, decía que luego de visitar a mi hermana, salíamos hacia Tlalpujahua. Actualmente en donde estaban los molinos de mineral, solamente quedan las ruinas como huesos de gigantes y fantásticos animales, expuestos al sol y algunas partes ya medio tapadas por la vegetación que crece salvaje en todo ese lugar, la verdad se ve muy triste, pues tuve la oportunidad de ver cuando niño aquel lugar cuando se trabajaba a toda su capacidad.

A ver, a ver, antes de llegar a Tlalpujahua, otra pequeña parada en El Oro. Decía que en mi pueblo alguna vez hubo ochenta mil habitantes. ¿Sí? De los que me acuerdo había ingleses, chinos, árabes, y cómo no, gringos, no faltaba más. Don Juan Cano, mi padre, puntualísimo, se pasaba los días de cine en el teatro Juárez donde dicen que alguna vez cantó Ángela Peralta y creo también El gran Caruso; nos llevaba a ver películas texanas —decía él—, y siempre éramos los primeros en llegar. El teatro estaba vacío y la familia Cano ya perfectamente instalada y ¡claro!, para combatir el aburrimiento pues a brincotear entre las butacas del cine, hasta que un coscorrón me ponía quieto (cuando menos por un rato) también dicen los viejos del pueblo que en El Oro se podían comprar



cosas de importación que ni siquiera llegaban a la Ciudad de México. “La lana” sobraba ¡cómo no! Cada vez que ando por allá todavía me quedo como tonto un buen rato mirando su bellissimo palacio municipal afrancesado y recuerdo su terrible clima frío donde cada invierno había tuberías callejeras que reventaban hinchadas por el hielo.

En los cerros entre El Oro y Tlalpujahua hay que caminar con cierto cuidado, pues de pronto te puedes encontrar con un “tiro” abandonado y medio tapado de maleza, los dos pueblos están conectados a través del subsuelo, pues los túneles de las minas se cruzan, parece un gigantesco queso de esos que están llenos de agujeros. Volviendo a las minas, también recuerdo haber vivido en Pachuca, Hidalgo; en Real del Monte vivía un hermano mío, Francisco, hijo del segundo matrimonio de mi padre, con quien estuve de arrimado (y cómo no, pues si anduve de arrimado en todas partes), también él trabajaba para las minas y muchas veces me tocó ver la entrada y salida de los turnos de trabajo de los mineros.

Generalmente los obreros de cualquier fábrica entran a su turno jugando a empujar al de adelante y jaloneando al de atrás entre risas y palabrotas, en fin, lo sé bien porque yo fui obrero de una gran fábrica de acero en el D.F. La Consolidada, ubicada en la Calzada de la Ronda, por allá en Peralvillo, en cambio, la entrada de los mineros a su turno para penetrar a aquellas negruras de túneles: ¡era

tan diferente!, entran al complejo minero en silencio, ni una risa ni una broma, caminan como zombis lentamente y casi arrastrando los pies, es impresionante, parece que van al matadero por voluntad propia. Hace poco tiempo regresé a Real del Monte y jamás pude ubicar el lugar donde viví en aquel tiempo con mi hermano Pancho. Mis obligaciones de entonces era ir a la mina y traer lo que pudiera de troncos y llegando a la casa rajar los palos con una hacha para quemarlos y hacer tortillas. Mi hermano hacía lo que podía para ayudar a mi madre con la carga de mis otros hermanos, me trataba bien y comía bien junto a sus dos hijos un poquito más chicos que yo, pero aun así yo no estaba a gusto en esa gran casa, me hacía falta la mano de mi madre que cuando podía me la pasaba por esa gran cabellera despeinada y rubia de mi niñez, de su esposa no recibí malos tratos pero sí una gran frialdad de su parte, creo que nunca vi que les hiciera un cariño a sus hijos. Como no “me hallaba”, en cuanto pude ponerme en comunicación con mi madre le pedí que me llevara con ella a los pinchurrientos cuartos donde vivíamos, pero todos juntos y así fue, a vuelta de correo, apareció mi hermano Isaías, cinco años mayor que yo, le agradecemos a Pancho los favores recibidos y me llevó de vuelta a casa. En ese tiempo, mi madre atendía un expendio de pan, propiedad de la famosísima tía Pola, ubicada en la calle Viena de la colonia Roma

o Juárez, bueno, es igual. A ese expendio me llevó mi hermano, luego de nuestra llegada al D.F., yo era el habitual acompañante de mi madre a su trabajo y en aquellos días había terminado el sexto año de primaria, trece años más o menos contaba en aquel entonces. A la vuelta de la esquina había una asociación automovilística, la AMA, era como una aseguradora de automóviles, si el auto de alguna persona asociada sufría avería mecánica, llegaba la AMA con una motocicleta —un triciclo con un carrito atrás y un mecánico atento a corregir la avería—, y allí estaba yo de metiche todo el día ¡pues cómo no!, ya me conocían todos los motociclistas y también los grulleros (porque también tenían servicio de grúas) por si el daño era mayor, remolcarlos y llevarlos a un taller si era necesario, y claro, se aparecía un atento güerito pidiéndole a los grulleros si requerían a un valiente y dispuesto ayudante cuando salían a algún servicio, y sí, muchísimas veces me trepaba a la grúa y qué importante me sentía cuando llegábamos a dar servicio; ya había aprendido a jalar unas largas cadenas, meterme debajo de los autos, enganchar las cadenas en los ejes de las ruedas y a la voz de “listo jefe” levantar el auto y llevarlo a algún taller ¡uff! Yo me sentía in-dis-pen-sa-ble, la paga era lo de menos, creo que la mayor propina fue de setenta centavos, pero no era la paga, ¡era la aventura! Hasta a alguna carretera fuimos de rescate, yo fui “el maestrito”, como me decían

los grulleros de aquella asociación, durante algún buen tiempo. Un día, un pariente me preguntó qué hacía, le contesté “ahora trabajo en grúas” casi lo mato de risa.

Una vez hice algo que mi madre me amenazó diciendo “esta vez no te escapas de una buena paliza” ¡ay hijos, a temblar!, como aquello fue en la mañana, todo el día me duró la angustia, no importó la salida con algún grullero a dar servicio, ya sabía que mi madre cumpliría su amenaza, y como fue, al llegar la noche cerramos el expendio y a esperar la paliza, no había ni siquiera espacio para correr ¡me metía al baño a tirar el miedo! Y de pronto, vi la posible salvación, costales de harina vacíos doblados cuidadosamente en un pequeño banco de madera, rápidamente “se me iluminó el coco” me bajé los pantalones y encima de los calzones acomodé dos costales con mucho cuidado, salí del baño y mi madre ya estaba armada con un cacho de palo de escoba, “¡voltéate y agáchate!”, fue la sentencia, confiando en mis acomodados costales, me volví dándole la espalda y me incliné un poquito, “¡agáchate más!”; la segunda sentencia, apoyé las manos en el mostrador y cerré los ojos, apreté los dientes y ... a ver qué pasa, y sí pasó, el palo cruzó el espacio con inusitada violencia y contra mis nalgas, uno, dos, doce, dieciséis, mi madre resollaba y otro par de palos cruzó el espacio, la presión bajó, los últimos palos apenas los

sentí, mi madre estaba agotada ¡uff! qué bueno, cuando cayó el último palo sin ninguna potencia y luego de un rato de silencio, sólo la respiración agitada de mi madre se escuchaba, despacito, muy despacito fui al baño, me bajé el pantalón ¡los costales estaban calientes!, benditos costales, creo que les di un beso y los acomodé de donde los tomé y salí del baño fingiendo una lágrima que nunca salió. ¡Chispas qué salvadota! Gracias a los benditos costales, mi madre nunca notó su hijo nalgón ¡si nunca he tenido nalgas! Esa fue la más pavorosa paliza que me dio mi madre, bueno, creo que no, hubo otra. No sé qué hice pero siempre me ganaba otra paliza.

Un buen día o mejor un pésimo día para mí, apenas despierto muy de mañana, lo de siempre, algo hice y mi madre le dijo a mi hermano “¡agárramelo!” Mi hermano Isaías ni tardo ni perezoso me atrapó, yo en calzones, pues acababa de despertar, por más que quise defenderme no fui el suficiente adversario para mi hermano cinco años más grande que yo, trece años contra dieciocho, esa es mucha ventaja y como fue, me inmovilizó con las nalgas en el aire, llegó mi madre armada con un cepillo para el pelo, ancho y plano por la parte de atrás, y como va... uno y otro cepillazo cayeron sobre mis flacas nalgas, ¡eso no se vale! parecía un tormento inquisitivo, tanto fue el escándalo de mi parte que alguien de la vecindad donde vivíamos se atrevió a preguntar qué pasaba, “nada, nada, ¡este muchacho!”

Yo seguía siendo el acompañante de mi madre al expendio de pan, en la noche luego de cerrarlo caminábamos del brazo algunas calles a tomar el autobús que nos llevaría de la colonia Juárez a la Portales donde vivíamos; Caballito-Azcapotzalco era la ruta de primera clase donde todos los caballeros (yo también) cedíamos los mejores asientos a las damas que abordaban el autobús, no se permitía viajar de pie, 25 centavos era la cuota del viaje, los de 15 centavos eran segunda clase con sus bancas laterales que cuando el autobús frenaba o arrancaba bruscamente te recorías para allá y para acá. Esa línea, era de color café oscuro, pero también había otras líneas de muchos colores: los de Penitenciaría- Niño Perdido, verde botella; los de Mariscal-Sucre, verde pistache; Zócalo-Contreras, rojos; los Colonia Juárez, morados; había unos color yema de huevo y muchos más de brillantes colores. Mi hermana Rosita era novia de un conductor de la línea General Anaya, y en mis pintas de la escuela ya en sexto año eran con ese futuro cuñado. Ya conocía todas las rutas: Primero de Mayo-San Andrés, Zapata, Independencia, Santa Cruz, Xoco y dos o tres más que cubría esta línea. Cuando finalmente mi hermana se casó con este conductor yo tuve una obligación con él, bueno, con mi hermano Isaías también, pues conducía un autobús, el 134, un autobucito que más bien parecía una pieza de museo, chiquitito y todo construido de madera;

el de mi cuñado, el 167, de la línea color azul y naranja en donde aprendí a manejar, pues en las terminales de un lado y otro de la ruta me permitían mover el autobús que hacía cola para la próxima salida, alguna vez me permitieron mover el autobús con todo y pasaje por algunas calles con poco tráfico, yo tendría 14 años, decían que mi obligación era llevarles de comer, me ubicaba en la Calzada de Tlalpan y Río de la Piedad (que sí era río) hoy viaducto Piedad, por allí pasaban todos los autobuses de la línea de ida y vuelta, mi cuñado se llamaba Javier y para todos los choferes de la línea yo era “Javierillo”, así como para otro cuñado y en otro tiempo él, Raúl y yo “Raulillo”. El ir y venir con los portaviandas de comida ya me tenía perfectamente ubicados a los cien autobuses de la línea, y podía hacerlo a una gran distancia, los conocía de costado, por delante y por atrás, solamente tenía un poco de confusión con dos, el 20 y el 80, pues fueron contruidos al mismo tiempo y en el mismo taller; los demás ¡qué me duraban!, “aquel que viene es el 70”, “aquel que va es el 40”, ¿te juegas algo?, no me fallaba ninguno, menos el 134 que era el que manejaba mi hermano Isaías, este autobús más bien parecía carroza fúnebre pero eso sí con mucho color.

A este hermano Isaías “Lalo” para toda la familia, (no sé por qué) es la persona que más he admirado en mi vida, ya casado y manejando aquel curioso autobucito

de madera, terminó la primaria, que antes no pudo por los ires y venires de aquel tiempo, estudiando de noche siguió la secundaria, luego la prepa, en la Normal para Profesores, luego la especialidad de Biología hasta ser profesor en la Normal para Maestros, siendo un brillante especialista de coleópteros. Él de carácter totalmente contrario al mío, él reservado y estudioso y yo en la calle de vago en mi juventud. Cuando tuvo su primer empleo formal se mandó a hacer un traje cortado a la medida y yo con mi primer dinero me compré una bicicleta; yo con un balón de fut en las manos y él con varios libros en las suyas; yo reventándome con mis cuates bailando rock y él acondicionando un viejo microscopio comprado en la Lagunilla; yo casi corrido de la escuela de las monjas para que no ocupara un espacio más tiempo allí y mi hermano presentando un extraordinario trabajo como tesis recepcional, toda ilustrada con excelentes dibujos de coleópteros, dibujados directamente del microscopio. Para mí ese trabajo no fue una simple tesis, yo lo considero un verdadero libro de consulta (conservo un ejemplar de ese trabajo con mucho cariño). Buen platicador, aunque generalmente callado, que cuando se prestaba la plática para contarnos de ese raro y extraordinario mundo de pequeños escarabajos, no eran pláticas, eran verdaderas conferencias de ese mundo casi desconocido y fascinante. En nuestra juventud no hubo casi ninguna



comunicación, pues aquella diferencia de edades no lo permitió, el saludo entre él y yo generalmente era un “quihubo”, “pus quihubo” no había más. Con el tiempo, sí fuimos excelentes amigos platicando y compartiendo una generosa ración de ron. Qué mala onda, la gente brillante y productiva no debería morirse nunca, cuando pienso en él, lo recuerdo como “mi hermanito más chico”, aunque era cinco años mayor que yo, desde luego no le guardo ningún rencor aunque me acuerdo perfectamente cuando a la voz de mi madre “¡agárramelo!” me puso de nalgas al aire y permitió que mi madre me tundiera a cepillazos, los cuales seguramente siempre me gané.



## *Mi mecenas*

ALGUNA VEZ CONTÉ que mi primera escultura “formal” fue un caballito de paso marcial, pero antes de ese, ya había hecho muchas figuras (casi con las uñas, pues no tenía herramientas), figuras de más o menos cuarenta centímetros con alambre torcido y entretejido. Estas primeras figuras las hacía en mi casa en las noches luego de llegar del taller de mi maestro escultor donde trabajé y fui su “gato” tal vez de angora pero al fin gato; alguien me había vendido un pequeño soplete de joyero que consistía en un depósito con gasolina, un fuelle accionado con un pie que inyectaba aire al interior del depósito, y de allí salía una delgada manguera que en la punta tenía un pequeño soplete con llave para regular la flama; la potencia de la llama era según la cantidad de aire que entraba en el depósito inyectado por el fuelle de pie. Aprender a soldar con ese rudimentario equipo me costó mucho trabajo, pues al accionar el pie (como pedal de máquina de coser movía todo

el cuerpo), apenas daba suficiente calor para fundir la soldadura de latón que utilizaba para reforzar aquellas pequeñas figuras de alambre tejido. Esther Fernández (la ex actriz) “Esthercita” como le gustaba que todos la llamáramos, esposa de mi maestro, vendía cerámica en el interior del Bazar del sábado, ubicado en plaza San Jacinto, San Ángel, ahí me dio la oportunidad de vender en su local mis primeras esculturas de alambre entretejido, esto, meses antes de dejar el taller de mi maestro y amigo. Con el producto de las ventas de mis monitos pude ahorrar y comprar una máquina de soldadura eléctrica en el Monte de Piedad pero de muy baja calidad y capacidad, pero eso sí “nuevecita” que bien tratada y cuidada me duró muchos años, hasta que fue suplida por una gran máquina de uso industrial y de una excelente marca que todavía conservo en perfecto estado. Por “ahí” conté que en el taller de mi maestro y amigo conocí al güerito Jorge Stanyo Kaminsky (hijo de polacos) que nos enseñó el uso de herramientas de precisión, algunos amigos supieron de mi amistad con Kaminski y me decían “Caninsky” (por lo de Cano). Él, en su momento, también se separó del taller donde trabajábamos y se dedicó a elaborar esculturas de animales de gran tamaño y excelente realización, mi maestro se concentró en la abstracción y yo, para no competir con ninguno de los dos, me incliné por la

figura humana (que sigo trabajando luego de más de cuarenta años). Los tres trabajábamos con el mismo material pero de diferente manera.

Con aquella pequeña maquinita de soldadura eléctrica, construí mis primeras obras, pero el trabajo estaba limitado pues con aquélla no se podían hacer detalles como por ejemplo, manos y pies; después, con el producto de aquellas primeras obras pude comprar un equipo de oxiacetileno (soldadura autógena) de medio uso, creo que también lo compré en el Monte de Piedad. La producción creció, así como mi taller, pero sobre todo la calidad de mi obra, ahora mi lugar de trabajo ya no estaba debajo de una escalera en casa de la famosísima tía Pola (se llamaba Apolinar, a pa' nombrecito) a la que he mencionado en otras historias. Mi taller seguía dentro de su propiedad, pero instalado en un amasijo de panadería, que nunca funcionó como tal y me lo alquilaba... ¡Esa famosa tía!, de pésimo genio, mal talante y siempre con cara de ningún amigo; siempre presumiendo de alcurnia, que cuando tenía que vestirse elegante se enredaba en el cuello un viejísimo cuero de zorro que dejaba pelos por todas partes y olía a naftalina; siempre presumiendo de sus gloriosos apellidos Cardoso y Eguiluz que según ella eran condes o duques y por lo tanto de “sangre azul”; aunque era hermana de mi madre, siempre nos recordaba a todos sus sobrinos que la “sangre azul” terminaba precisamente

en ella, es decir, ya no nos tocaba nada...(¡pinche tía!)  
Simplemente éramos unos plebeyos...bueno.

Por ese tiempo conocí a doña Juanita Debler, esposa del dueño del restaurante San Ángel Inn, fui convidado muchísimas veces a su casa, yo llegaba a bordo de mi viejísimo *Jeep* y lo estacionaba junto a lujosos autos con chofer y toda la cosa, y a darme unos buenos atracones de caros vinos y panecitos con caviar, propiamente devorados con el dedo meñique levantado (como debe ser) y a tomar la copa de la “colita” para que el vino no se calentara, la cual era llenada constantemente por atentos y elegantísimos meseros.

Un día la señora Juanita me pidió que le decorara un salón para banquetes con algo moderno, y la locura que le presenté le gustó: tres grandes candiles fueron colocados a lo largo del salón, así como lámparas laterales, servilleteros. El día de la inauguración del salón ahí estaba yo, dándole con furia a los panecitos, caviar y vino. La señora Juanita compró muchísimas de mis primeras “porquerías” (cuando he visto algunas de las fotografías de mi obra, de aquella época, me da mucha pena, ¡cuántos errores tenían!), esto y las idas a su casa duraron un buen tiempo hasta que murió; su esposo rápidamente me mandó por “un tubo”.

¡Bueno, un mecenas no dura toda la vida! ¿O sí?

## *La escamocha*

AQUELLAS VACACIONES ESCOLARES que se hacían extraordinariamente largas y deliciosas generalmente las pasaba en Tlalpujahua donde cuatro de mis hermanas vivían ya casadas, y con uno o dos hijos cada una, apenas más chicos que yo; dos de ellas eran telefonistas de aquel lugar y en su juventud les tocó vivir un suceso terriblemente trágico: De las minas de El Oro y Tlalpujahua, el mineral que se extraía se concentraba en un gigantesco complejo para su molienda y purificación de los metales, y los “jales” como se le conocía a la piedra pulverizada y sobrante de los metales preciosos eran depositados en un mismo lugar, que luego de tantos años se convirtió en una gigantesca montaña que un día simplemente se desplomó, reblandecida en la época de lluvias y como un torrente se precipitó sobre el poblado más próximo el cual desapareció arrasando con las construcciones, gigantesco árboles y gente... Este lugar estaba ubicado en la parte más baja de Tlalpujahua y aquel destructor lodo

empezó a subir hacia el pueblo (como marea) llegando a algunos metros de la telefónica donde trabajaban mis dos hermanas, que valientemente no abandonaron sus puestos de trabajo, lo cual les sería reconocido más adelante (mi hermana Alejandra lo cuenta muy sabroso pues ella lo vivió, yo en ese tiempo todavía no nacía). Conozco la imagen de una virgen del Carmen pintada en una pared de adobe que sobrevivió a esa tragedia, y ahora se encuentra colocada en el altar mayor de la preciosa parroquia construida de cantera rosa.

Para aliviar a mi madre de la carga que representaba alimentar varias bocas, las vacaciones escolares de mis dos hermanos y yo las pasábamos en Tlalpujahua a pocos kilómetros de El Oro donde nací. Ya vivíamos en el Distrito Federal yo tendría más o menos diez años y el viaje en ferrocarril se me hacía eterno hasta El Oro donde terminaba la vía, después hacia el pueblo de mis hermanas en otro transporte, nuestra estancia allí invadía de terror a cuatro de mis hermanas de Tlalpujahua y una de El Oro.

Con mi llegada se acababa la paz en todas esas casas, quién sabe por qué, yo siempre presumiendo de ciudadano traía “apantallados” a muchos chamacos de mi edad contándoles un montón de mentiras de lo que era la Ciudad de México y ¡claro!, inventando historias, la única que me recibía “bien” era Alejandra (Jana) las demás



hermanas le rogaban que no me permitiera “visitarlas” pero, ¡ya parece! que no me aparecería por ahí, a jugar con mis sobrinos y sus bonitos juguetes que tenían, haciendo travesuras por toda la casa ( mis hermanas tenían casas grandes) donde siempre salía algún sobrino raspado por los juegos que les inventaba, pero también salía despedido “amablemente” con un par de coscorriones, un jalón de orejas y hasta la próxima visita que sería exactamente igual. Alguna vez María de Jesús “Maricusa” para todos, me tuvo muchos días en su casa, pero siempre adentro pues era de las más grandes: dos pisos, muchos cuartos, un gran patio con mil macetas, que por “extraña razón” se rompían con mucha frecuencia cuando yo estaba allí, no lo supe nunca. Había varios carros de pedales, triciclos y dos chamacos que no conocían las bondades de vivir como los pájaros, libres por todas las calles del pueblo, que yo me moría de ganas de recorrer. Vivía en una jaula de oro, pero al fin jaula, ni soñar que tratara de jugar con sus hijos en la tierra de la calle, eso no era posible pues pasaban automóviles, ¡sí! uno que otro de vez en cuando; a veces me dejaba salir un rato sin que me alejara mucho, para que gastara energías afuera y dejara de pelearme con sus hijos. La calle donde vivía mi hermana es muy empinada y la gran diversión era esperar un camión carguero, ya varios chiquillos lo esperábamos sentaditos en la banqueta en la parte más alta de la calle, cuando

pasaba frente a nosotros lo alcanzábamos corriendo y nos colgábamos “de mosca” de la plataforma hasta que daba vuelta muy abajo de la calle que estaba muy empinada y empedrada, los cargueros bajaban muy despacio y podíamos hacer esta divertida maniobra una y otra vez; hasta que un día, llegó la esperada sentencia, “¡adentro o en la calle!”, piénsalo y dímelo, me dijo Maricusa; no, pos' adentro juguetes, libros de cuentos, y comida a la hora... y en la calle... ¡la libertad! “La puerta se cierra a las seis” fue la segunda sentencia. A la mañana siguiente, como de costumbre desayunamos todos juntos, cafecito caliente con leche, cemitas con nata, ¡Ummm...! Uno o dos tacos en la mano.

Marianito, su esposo, que trabajaba en la parte administrativa de una mina (todavía funcionaban todas las minas), salía a su oficina y yo atrasito de él, ¡a la calle!, a Marianito, mi cuñado, le guardo un grato recuerdo, para él siempre fui “Pinano”, no importaron todas las travesuras que hice en su casa, nunca un mal trato ni una palabra dura ni un coscorrón de aquellos que me daba mi hermana. ¡Libre como un pájaro!, pues sí...

Pero los pájaros también comen, desde el desayuno con Marianito hasta las seis de la tarde, que me aparecía a la merienda con cemitas, no era suficiente. Había muchachos o señores que se encargaban, a mediodía, de pasar a las casas de los trabajadores para llevarles la

comida a todos los que laboraban en el área administrativa de aquella mina; los “canasteros”, así los conocían, llevaban colgadas cuatro o más canastas de un palo (la maroma) que les cruzaba la espalda de cada lado, algunos chamacos nos les pegábamos cuando salían del pueblo para llevar los alimentos hasta la mina (un buen trecho); repartían las canastas en las oficinas y nosotros sentados en alguna sombra nos distraíamos mirando aquellas grandes máquinas de ese complejo minero trabajando. Cuando los “canasteros” calculaban el término de la hora de la comida y pasaban a recoger las canastas, pues había que regresarlas a cada casa, ¡ahí empezaba lo bueno!, sentados bajo la sombra de un árbol del camino, examinábamos cuidadosamente cada canasta y su contenido, y el más viejo de los “canasteros” repartía equitativamente lo poco o mucho de cada una de éstas. La comida que llevaban consistía en: sopa aguada, sopa de arroz y dos guisados, acompañados de bolillos, tortillas y un recipiente con agua de frutas, además de algún dulce de leche y fruta. Las esposas de aquellos “cuates”, seguramente estaban sorprendidas del excelente apetito de sus esposos, pues por más que la comida abundara, las canastas llegaban de regreso sin siquiera un cachito de pan, a veces los acompañantes de los “canasteros” nos dábamos el lujo de invitar a otros desarrapados chamacos, “¿quieres ir a la escamocha?”. ¡Ya vas!, aunque ir y venir de la mina

estaba “cañón”, la “escamocha” estaba segura. Hace pocos años le confié esta historia a mi hermana Maricusa, que regresó sola a vivir a Tlalpujahua como a los noventa años de edad, ya muerto el buen Marianito ¡no lo podía creer! Pero los pájaros también comen, ¿o no?

### *El bolo padrino*

AHÍ IBA MI HERMANO ISAÍAS, cinco años mayor que yo, bajando la empinada calle de nuestra casa a la iglesia de mi pueblo, El Oro. En ese tiempo él era acólito y una de sus obligaciones, llevar el incensario a casa, ponerle los carbones más encendidos del fogón y luego bajar por aquella calle empinada a la hora del rosario (tarde, casi noche). Mi hermano le daba vueltas completas al incensario para avivar más el fuego, yo lo miraba desde la ventana de mi casa, parecía un “brillante aro de fuego” hasta que se perdía de mi vista llegando al atrio de la iglesia; como no me dejaban ir con él, se me hizo fácil hacerlo según la última película del salvaje Oeste que vi en el teatro Juárez (cuando era cine), y me descolgué de la ventana con una cuerda como lo hacía el héroe de aquella cinta, busqué un “mecate” del tendedero y le di muchas vueltas en la cabecera de la gran cama de roble de mis padres y... ¡Allá voy!, sólo un pequeño detalle... ¡no sabía hacer nudos! Con mi peso, el mecate se desenrolló,

¡y allá fuimos a dar de cabeza a la banqueta la cuerda y yo! A los gritos que di, salieron apresuradamente mis padres... ¡y al médico! El brazo izquierdo no estaba roto pero las articulaciones del codo estaban fuera de lugar: un algodón con cloroformo apretado en boca y nariz y mis padres a soportar las patadas que tiraba yo mientras que el maloliente anestésico hacía efecto. Un entablillado con palitos y muchas vendas inutilizó mi brazo durante algún tiempo (desconozco si usaban yeso en aquel tiempo para inmovilizar un brazo o una pierna rota). Luego de ese penoso incidente ya me dejaban ir al rosario con mi hermano, aunque a él no le gustaba, porque siempre me quedaba dormido arrullado por los monótonos rezos y tenía que regresar a casa conmigo en los brazos, o cuando menos de “a caballito”.

Cuando estaba en el kinder, mi participación “artística” fue sólo en dos ocasiones; la primera que recuerdo fui vestido de “no sé qué” ¿Jarocho? de blanco, un paliacate rojo en el cuello y en el sombrero de palma me pusieron plátanos, naranjas y otras frutas más, la cosa es que cuando se terminó mi participación, en mi sombrero no quedaba ni un triste tejocote, todo me lo habían “volado” los más grandes de la escuela primaria que también participaron en el festival aquel. Mi segunda aparición con motivo de otra fiesta escolar fue cruzar el escenario con una florecita en las manos (un nardo), detenerme a la mitad y

decir: “Nardo fragante que llevas a la senda de la nada”, agradecer las “carretadas” de aplausos y... ¡eso fue todo! Jamás volví a aparecer en ningún escenario escolar.

Como mi hermano Isaías seguía de acólito de la iglesia, estaba bien enterado de cuándo habría bautizos, ahí sí me llevaba; cuando salían padres y padrinos luego de bautizar al chavo, ya estábamos esperándolos una buena cantidad de muchachos gritándoles a los padrinos algo así como “el bolo padrino”. “El bolo o el chamaco le sale pedorro”. Con semejante amenaza, los padrinos lanzaban al aire una buena cantidad de monedas de diez, veinte y cincuenta centavos, ¡todas de plata! de aquellas que tenían el sello de 0.720. ¡Qué peleas para recoger aquellas hermosas moneditas que por su pequeño tamaño costaba mucho trabajo levantarlas del piso! Por mi corta edad, si lograba ganarme dos o tres, ya me sentía poseedor de una gran fortuna, que bien administrada por mi madre, duraba varios días de golosinas. Mi padre me regalaba de domingo una gran moneda de cobre de a dos centavos y me alcanzaba para un buen puño de pepitas de calabaza tostadas y alguna golosina más; entonces, aquellas monedas bien cuidadas por mi madre me duraban “un buen”.

Durante sus andanzas, a mi hermano Isaías y a sus cuates les encantaba ir a bañarse a una pequeña presa que está a la entrada de El Oro, y claro, en esa estancada

y apestosa agua, tal vez contaminada por aguas negras, pescó una tifoidea galopante y de paso me contagié. Como en todas las casas de cualquier pueblo, desde hace un montón de años, los primeros remedios caseros son los que recomienda la comadre, ahí tienen a mi madre poniéndonos cataplasmas de masa de maíz caliente en la panza y quién sabe cuántas cosas más nos embarraban en todo el cuerpo; en la cabecera de mi cama y en los pies, yerbas y más yerbas: eucalipto, pirú, hierbabuena, manzanilla, epazote, que con la alta fiebre que tenía sólo me hacía ver un demonio de monstruos que estiraban sus garras hacia mí.

—¡Mamá!

Yo tuve más o menos leve la tifoidea, creo que no estaba tan mal, pero mi hermano sí estaba muy enfermo; el sacerdote de la parroquia, ni tardo ni perezoso, le administró los santos aceites porque todos creían que se iría al cielo en cualquier momento. Con la atención ya de un médico y los cuidados de mi madre, poco a poco mi hermano se fue restableciendo. La tifoidea la “brinqué” más o menos rápido, al poco tiempo ya estaba brincoteando en la cama, pero a mi hermano sí le duró “un buen”. Yo me burlaba de él cuando entre mi madre y mi padre lo sacaban un rato a que le diera el sol, ayudándole a caminar como si fuera un viejito “milenario” y que bueno que no se fue al cielo a los nueve o diez años,



porque de lo contrario no hubiéramos conocido a un brillante maestro de biología y un experto en coleópteros, un gran hombre al que siempre he admirado, ¡ese era mi hermano Eduardo Isaías!

Recuerdo escrito cualquier día en mi taller del Calvario.



## *El carapálida*

TODOS LOS CHIQUILLOS correteando como chivas locas en el jardín, enfrente de la iglesia de mi pueblo, El Oro, es una maravillosa edad cuando nada te quita el sueño. Aunque estaba en pleno la Segunda Guerra Mundial, donde cincuenta millones de seres humanos murieron, la gran mayoría sin saber por qué. La guerra empezó en 1939, año en que yo nací. Cuando recuerdo esta historia yo tendría cinco años de edad (1944). (Cincuenta millones, pues sí, creo que son muchos... si alguna persona ha estado o ha visto el Estadio Azteca en la Ciudad de México lleno, por ejemplo en un América-Chivas o en una final de campeonato del mundo, calculen: apenas son cien mil personas, es impresionante ver esos ríos de gente al final del juego que bajan por las rampas de salida, ¡diez estadios azteca llenos apenas hacen un millón...! Y... cincuenta millones de muertos, ¿cuántos estadios son? ¡Rayos! Realmente no me podía imaginar y creo que muchas personas tampoco, ¿cuántas personas

son cincuenta millones?, pues sí cincuenta millones de personas son cincuenta millones, ¿o no? (si buey, ¡pero en volumen! No, pos si, juntos un chingo).

Dejemos a ese chingo de muertos en paz y a lo que estábamos cuando chavos. En ese hermoso y lejano pueblo tan lejos de esa terrible guerra (donde sí se hacían simulacros, se apagaban las luces del pueblo por un rato y se hablaba quedito) por si acaso seríamos invadidos por las “fuerzas del Eje”, ¡oh! Y dale con la guerra, ¡bueno, ya!

¡El jardín! Era otoño y las calles empedradas de alrededor, estaban cubiertas de hojas de todos los árboles, lo que las hacía terriblemente resbalosas y peligrosas, pero para nosotros los chavos eran un gigantesco parque de diversiones. De la parte más alta de la calle más inclinada y más ancha, la del frente del atrio, nos sentábamos en un costal, cartón o algo que se le pareciera, y nos deslizábamos hasta la parte más baja, donde terminaban las hojas que cubrían el empedrado (fácil eran cincuenta metros) a veces “girando sobre nuestro propio eje”, aunque atarantados y “borrachitos”, ¡y bien puercos! subíamos una y otra vez hasta que nos llamara nuestra mamá y en la tarde o al día siguiente seguiríamos con el mismo juego, los pantalones tarde o temprano terminaban con dos grandes agujeros en las nalgas. Recuerdo aquel gordito al que siempre le hacíamos “cancha” porque bajaba como saeta y en su incontrolada bajada, varias

veces se llevó de “corbata” a más de dos que se cruzaron en su camino, todo esto acompañado de alegres risas, ¡nunca sucedió nada grave!

Una tarde, después de retozar como todos los días, ya tal vez cansados de lo mismo, alguien sugirió el juego de “indios y vaqueros”, rápido se hicieron los dos bandos “¡yo indio!, ¡yo vaquero!” Ya está. Los bandos se separaron a los extremos del jardín y empezó la gran batalla.

Cuando he regresado a mi pueblo y veo el jardín, en realidad no es nada grande, pero en ese tiempo y a esa edad se me hacía gigantesco y lleno de mil escondrijos entre los matorrales; las flechas “silbaban” despedidas por imaginarios “arcos” y los vaqueros apuntando con su mortífero dedo índice ¡Pao Pao, estás muerto ya te di!, ¡ouch!, pero no faltaba el compañero que auxiliara al infortunado herido, y una rapidísima frotada en el lugar de la imaginaria herida y “vuelta a la batalla”. Ese día la batalla se volvió aburrida, pues ya nadie se tomaba la molestia de “caerse” y “los heridos” no esperaban el auxilio del compañero (tampoco se morían) “ya no juego, te he matado como diez veces y no te mueres”.

—¡Ni tú tampoco!

—¡Mejor vamos a agarrar a “un carapálida”! —dijo alguno de los indios.

—¡Sí! Todos en coro, ¡era un excelente idea!

—¿Un carapálida?, ¿un carapálida?...

¡Un carapálida era yo! (güerito y de ojos claros, ¿lo quieres más carapálida?) y... ¡sobre mis huesos! Jamás se me hizo más lejos mi casa de ese jardín. Cuando el carapálida trato de huir, ¡imposible!, ¡hasta los caras pálidas de mi bando se volvieron indios! (puros chavos morenitos), por más que corrí entre los matorrales y arbustos... ¡el carapálida fue atrapado! y entre gritos y aullidos de apache ¡Auu, Auu, Auu...! (como veíamos en las películas del Oeste). Fui llevado a un árbol y no se quién fregados encontró un pedazo de mecate y fui amarrado ahí, luego los indios (todos) me cubrieron con hojarasca hasta la cintura y los muy bestias ¡pretendían prenderle fuego! Afortunadamente ningún “indio” encontró un cerillo, esa hojarasca hubiera encendido como petate viejo y la historia del “carapálida” pudo haber terminado a muy corta edad y de una manera muy gacha (¡qué jodido...!). Una mujer que pasaba por ahí se dio cuenta de lo que sucedía y con el rebozo doblado en dos como espada vengadora dispersó rápidamente a aquella turba de salvajes indios en todas direcciones, me soltó del árbol y... “güerito vete a tu casa”; ni las gracias le di. Salí como gato asustado a refugiarme detrás de las enaguas de mi madre.

Reflexionando sobre estas y otras cosas a lo largo de mi vida, creo que esa mujer del rebozo seguramente era mi “angelito de la guarda” que dicen que todos tenemos

¿o, no? Nomás que a mi edad seguramente a este angelito ya lo tengo hasta la madre de andarme cuidando.

Hace unos días que volví a El Oro; abracé a ese gran árbol que aún existe.

Toluca, 2005.







*La aurora (foto de Marthel Cano)*



## *Maestro universitario*

PASADOS MUCHOS AÑOS, tal vez treinta o más de vivir en la Ciudad de México, pensé en emigrar a otro lugar de nuestra hermosa provincia, pues ya era como una pequeña pesadilla vivir en la casa de la bisabuela de mis dos hijos. Un día el abuelo simplemente les tiró a la basura sus patines porque hacían mucho ruido en el patio, y así cositas por el estilo, y la calle convertida en “ruta de peseros”, ni adentro ni afuera podían estar los niños, así que era tiempo de salir de aquella casa. Se manejaron varias opciones: Cuernavaca, para mí excelente, vendí muchas de mis obras en ese hermoso lugar, pero de pensar en el clima tan caluroso, que todos los alimentos se descomponen fácilmente, y que los fines de semana todos los vicios de la Ciudad de México están ahí, además de moscos y toda clase de alimañas de los climas calientes, no, Cuernavaca no. Puebla, por esos días tenía excelentes relaciones con el señor gobernador en turno (me compró como treinta o cuarenta obras para

su “juguetero”; toda la batalla de cinco de mayo, los generales a caballo, cañones, zacapoaxtlas, el batallón de San Blas, zuavos, franceses, combates “cuerpo a cuerpo”, muertos y heridos, todo eso para el “juguetero del señor”. Yo les avisaba por teléfono cuando ya tenía algunas obras terminadas, y mandaban unas camionetas bien “chidas” del gobierno de Puebla por mí, y en el camino las “claves” aquí avispa 7 con 33, a 20 minutos y sin novedad. El primer día que fueron por mí para llevarme a Puebla, fui escoltado por dos güeros poblanos grandotes y con uniforme de la policía, y claro, no faltó alguno de mis cuates que preguntó ¿y ora?, ¿pues qué hiciste? Nada carnal, me voy de paseo a Puebla, ¿y con polis? Sí, con polis, y a visitar a mi cuate el gober, ¿cómo la ves? ¡Uh! Cuando regresaba de la ciudad de Puebla, luego de llevar mi trabajo, traía en la bolsa unos “cheques” que me hacían caminar de “lado” de tan gordos que estaban, con ese dinero ahorrado tenía posibilidades de salir de aquella casa y ciudad, que ya empezaba a ser el monstruo que conocemos. En la ciudad de Toluca tengo algunos familiares, además, como hijo del Estado de México, el terruño me jaló; por otro lado, el D.F. me quedaba cerca, a pesar de que alguna vez le tuve mucho rencor a Toluca porque me tocó vivir en mi niñez una época súper jodida en esa ciudad. Un día, luego de ver el *curriculum vitae* de un amigo de cuántas exposiciones

tenía, se me antojó tener yo también algunas, y ahí voy a las galerías de arte de la Ciudad de México, Zona Rosa, San Ángel, Polanco, y todas las que encontré, lo primero que me preguntaban era, ¿y cuántas exposiciones tienes?... pues... ninguna, bueno mira, cuando tengas algunas vienes y entonces te damos una fecha, ¿sí? Y cómo diablos iba a tener algunas si nadie me daba chance de la primera, siempre la misma situación en todas las galerías que visité, entonces se volvió una necedad eso de exponer, ¿en dónde? Bueno, ya dije que soy hijo del Estado de México y allá fui, llegué al museo de Bellas Artes, que era el único que yo conocía, luego de exponerle al director Caballero Barnard mis deseos, a los quince minutos y dos jarros de delicioso café, ya tenía fecha para mi primera exposición individual. En México contraté una destartalada camioneta y llegué con cuarenta obras al museo para mi “expo”, llené una gran sala en la parte superior, vinito baratón, bocadillos y un montón de palmadas en la espalda, hasta una pequeña nota en algún periódico local, ¡de fábula! Cuando recogí mi obra un mes después, el balance: doce originales obras con mi firma se ¡habían vendido! Parecía un sueño y yo me sentía como el consentido de todos los dioses cuando conté mi dinerito, ¡bendita sea la ciudad de Toluca! Y aquel terrible rencor que durante tantos años le guardé, finalmente desapareció para siempre y empezó otra época totalmente distinta.

Decía que Toluca fue elegida para vivir, uno de mis primos buscó un terreno, lo compré y empecé a construir, finalmente me instalé con mi familia, ya éramos “tolucos”, fuimos acogidos con mucho entusiasmo, yo no salí de la Ciudad de México del todo porque seguía con mi taller en aquel mercado de artesanías y tenía que viajar diariamente allá. Cuatro años duró ese ir y venir diariamente, un día ya cansado de estos viajes decidí vender mi taller y buscar mercado para mis obras, aquí en Toluca. Un poco antes de venderlo y quedarme ya en Toluca, los domingos asistía con algunos amigos a jugar frontón, aunque lo tuve que dejar (luego explicaré por qué), para ya no asistir a jugar encontré un buen pretexto, vi en un periódico local una invitación para asistir a un curso de papel maché que daría la UAEM en el jardín Bolívar, frente a Rectoría, y así se me quitaría “el gusano” del frontón y me inscribí en ese curso. Yo no desconocía eso del papel maché pues en el mercado de artesanías en México, todos los que hacían esa artesanía eran mis amigos, pero bueno, a ver qué podía aprender. Llegó el primer domingo, asistí puntualito al jardín donde tomaría mi clase y nada, no vi a nadie. Segundo domingo, vueltas y más vueltas; por ahí vi alguna carita conocida que también caminaba para allá y para acá. Tercer domingo, ya hicimos plática las caritas conocidas y yo, siete u ocho estábamos inscritos en aquel curso, un arquitecto, una abuelita, una dietista, una

jovencita de prepa, y los demás puros chavos, platicando de lo que hacíamos cada uno. Cuando supieron lo que yo hacía me dijo el “arqui”, ¿y por qué tú no nos das ese taller? Sí, creo que parecía una buena idea, al día siguiente fui a la UAEM a preguntar qué pasaba con el taller dominical, me dijeron que el maestro vendría del D.F. y no llegó nunca, que pasara a la caja a retirar el dinero de mi inscripción, yo le dije a la chava que me atendía, si quieres yo doy el taller de papel, ¿de veras? Sí, de veras, me llevó a alguna oficina a que firmara un contrato por no sé cuánto tiempo (por ahí conservo la copia de ese mi primer contrato) y cuánto ganaría y el horario que debería cumplir, ya está, ahí me adoptó la Universidad. Les pedí alambre delgado, pinzas, pegamento blanco y mucho papel, con el alambre entretejido una figura cualquiera que sería forrada siete veces, pintura blanca, y de colores con que decorarían sus pequeñas esculturas, todo un éxito, ¡el maestro funcionaba de maravilla! Y todos contentos, de todo el grupo sólo una deserción, más adelante fui invitado a exponer en la Galería Universitaria en el edificio de Rectoría, me involucraron con otros maestros: Berna, vitralero; Neri, ceramista; Bruno, grabador; Ismael, pintor; Silva, muralista; Genaro, arquitecto; Bucio, escultor. Se hizo una escuela formal de artes plásticas dependiente de Difusión Cultural y Extensión Universitaria, más adelante nos dieron la base

(yo con once horas solamente y con ellas me jubilé) y ya cobrábamos en la nómina, y así de golpe y porrazo de alumno me convertí en flamante profesor universitario.

(Y a presumir, soy maestro de la UAEM, ¿sabías?)

Pues qué pinche presumido, ¿sabías?



## *Frontón*

EN ALGÚN ESCRITO ANTERIOR, conté que huyendo de la Ciudad de México con mis dos hijos, cuando estudiaban el tercer o cuarto año de primaria, con la ayuda de un primo mío que vivía aquí en Toluca, compré un pequeño terreno en el barrio de Tlacopa, cerca de La Maquinita, ubicada en la avenida Isidro Fabela; ahí construí una casa que sería nuestra nueva residencia. Ya instalado, fui invitado por una pandilla de jóvenes arquitectos recién egresados a jugar frontón, mejor dicho frontenis; yo había jugado frontón a mano en la escuela de las monjas cuando estudiaba la primaria en la Ciudad de México y creo que no era tan malo, esta vez me dieron una raqueta vieja y torcida; todas las pelotas a las que atiné con mi chueca raqueta fueron a dar a las milpas cerca del frontón, a veces tardábamos mucho tiempo en encontrar la pelota entre las verdes milpas, aunque era de color naranja, que en seguir el juego, luego de algunas horas estaba yo “con la cola entre las patas”, apenadísimo por mi “brillante”

exhibición y debut con aquellos jóvenes arquitectos “no te preocupes Fer, todos hemos volado y perdido pelotas en las milpas”, pues sí, pero no tantas.

Al siguiente domingo, armado con una flamante raqueta y un bote con tres relucientes pelotas que compré inmediatamente después del ridículo, esperaba impaciente a que pasaran por mí, tirando furiosos remates y reveces a una pared imaginaria, en la calle donde me recogerían a las diez de la mañana (Isidro Fabela a la entrada del barrio Tlacopa donde yo vivía). En ese lugar estaba la cantina La Pasadita (actualmente está una sucursal bancaria), luego de practicar por un rato tirando raquetazos al aire para no hacer el ridículo del domingo pasado y evitar las miradas de reproche por mi torpeza, me senté en una saliente de concreto pegado a la pared, ahí estaba yo mirando con impaciencia las manecillas de mi reloj que parecían fijas, volteando para acá y para allá, tratando de ver algo para distraerme un poco, vi a una persona conocida que se acercaba, me levanté y caminé hacia ella, de pronto, ya muy cerca de mí, sin decir nada, ¡corrió hacia el camellón central de la avenida! Yo volteé para ver cómo cruzó la calle a toda carrera, sólo vi una mancha roja y una masa difusa flotando en el espacio, un instante antes de recibir un golpe y perderme en aquella mancha de “algo”, fue un momento que me pareció eterno, recuerdo como si nadara apoyándome

en algo y tratar de avanzar lo más posible alejándome de aquello. Momentos después, cuando pude ver qué sucedió, me encontraba lejos del lugar donde había caminado hacia aquella persona, estaba tirado en el suelo y lleno de sangre, me hice un rápido examen para ver si tenía algo grave, moví las piernas, los brazos y la cabeza a los lados, pues no, no tenía casi nada, sólo dos grandes raspones en cada codo pero nada más. Puesto de pie miré el triste paisaje a mi alrededor, cinco personas que esperaban el transporte urbano, estaban tumbadas en el piso en grotescas posiciones, había zapatos, trapos, tortillas, papeles y mucha sangre por todas partes, ese fue “el paisaje” que vi. Una mujer embarazada se quejaba y pedía ayuda a gritos, me acerqué pidiéndole que se tranquilizara, diciéndole que pronto vendría ayuda, jalé las piernas de otra persona que no se movía y apoyé en ellas la cabeza de esa pobre mujer.

He estado en ese lugar algunas veces y de verdad no me explico cómo sucedió, que un vw rojo que venía a toda velocidad del jardín de La Maquinita hacia el centro de Toluca, luego de una increíble maniobra acabó por subirse a la banqueta, entre la pared y un poste; si se hubiera “clavado” a la derecha se da contra la pared de la cantina y a la izquierda, con un poste de concreto. ¡Vaya pues!, pasó entre la pared y el poste apenas abollando un poco las salpicaderas de cada lado, al impactar a las

personas que esperaban allí el transporte urbano, las dos llantas delanteras reventaron, o tal vez al golpear contra la banqueta el parabrisas desapareció, lo mismo el cristal posterior y todavía avanzó como doce metros o más sobre la banqueta, torció a la izquierda y quedó atravesado a media calle; no me tocó el auto, ¡lo que me golpeó fueron las personas que salieron despedidas por el impacto! Donde trataba de “nadar” era la masa de cristianos arrollados por ese “vocho”, fui hacia el autito a media calle y ahí estaba sentado el conductor todavía al volante con sangre en la cara, lo atrapé a dos manos de los hombros y lo saqué a jalones, estaba completamente borracho y diciendo con “la lengua hecha trapo”, —yo pago todo, yo pago todo. En eso llegaron quién sabe cuántas ambulancias y patrullas con la sirena abierta y las torretas encendidas, al primer “poli” que se me acercó le entregué aquel bulto ahogado de alcohol, “ahí le dejo esta porquería mi buen”. Lo más curioso es ¿de dónde salió tanta gente tan rápido si es un lugar generalmente tranquilo y solitario? Una vieja bruja y además fea, decía “¡Ese fue! ¡Ese fue!” señalándome. Lo bueno es que nadie la peló, y mi nuevecita y flamante raqueta ¿dónde quedó?, ¿y mi bote con las pelotas?, pues a buscarlas entre aquel tiradero de cosas y gente batidas de sangre, y sí, encontré mi flamante raqueta, un chavito como de cinco o seis años, ya muerto, la tenía fuertemente abrazada, con

mucho cuidado le abrí los bracitos y retiré mi raqueta manchada de sangre de aquel tierno infante. En aquel caos nunca encontré el bote de mis nuevas pelotas; en eso llegaron mis cuates “¿qué te pasó Fer? ¿Qué pasó?” Tamaños ojotes pelaban al verme batido de sangre, luego de una rápida explicación buscamos una llave de agua, una rápida lavada, una sudadera que alguien me prestó, una parada en una panadería, me compraron un bolillo por aquello del susto y luego ¡al frontón! a sudar y tratar de no pensar más en ese feo accidente. Cuando llegué a casa todos estaban preocupados, pues el más chico de mis hijos le dijo a su mamá, “creo que mi papá se peleó porque lo vi lleno de sangre” (nunca lo vi cerca del accidente). Al día siguiente el vendedor de un periódico sensacionalista voceaba a todo pulmón “¡cinco muertos y un raspado!”...yo.

¡Uf, por poquito!



*Rodolfo*

CUANDO VEO ALGUNAS FOTOGRAFÍAS de mis primeras esculturas de aquellos años que doña Juanita (mi mecenas) me compró se me llena la cara de vergüenza, qué monstruosidades, sin manos, sin pies ¡cuántas limitaciones!, no sé cómo fue posible que algunas personas más compraran semejante obra (aunque ya vivía de vender estas cosas). Recuerdo a mi amigo Rodolfo al que invité a trabajar conmigo (en otro cuento) un cuate retratista, vitralista, poeta, ceramista, acuarelista, pintor, dibujante ¡todo un estuche de monerías! Y todo le salía bien, podía expresarse perfectamente en todos estos “istas”. Cuando me vi con semejantes limitaciones, me metí a la Escuela Nacional de Pintura, Grabado y Escultura La Esmeralda, ahí aprendí algunas técnicas de los materiales y los talleres de dibujo y modelado, pero un taller similar a lo que yo hacía no había (taller de soldadura para escultura). Por cierto, trabajando en el taller de escultura una figura femenina de tamaño natural,

recuerdo haber puesto mucha atención al ombligo, cuando creí resuelta la forma y tamaño, pasé a otro lugar a seguir con el modelado, tal vez dos semanas después observé lo que según yo estaba resuelto ¡rayos! El ombligo no se parecía en nada al que yo creía terminado ¡cómo se me pasó tamaño y forma! Y otra vez a darle al ombligo ¡listo! Tamaño, forma y volumen, y a lo que estaba, dos semanas más modelando en cualquier parte del cuerpo y de pronto, ¡el ombligo! ¡Otra vez fuera de proporción y tamaño! ¡Cómo fue posible semejante error? ¡Me cachis! Y a poner más barro, pues le faltaba mucho material en ese lugar, vuelta a lo que estaba, luego de algún tiempo otra revisión general, ¡el ombligo! ¡Otra vez mal! Ya me disponía a poner (con bastante mal humor) más barro en ese latoso lugar, mi maestro Gustavo Gutiérrez (lo recuerdo con mucho cariño) me dio una palmada en la espalda y me dijo, no te ocupes de seguir trabajando ahí, la modelo está embarazada. ¡Me lleva la...! Bueno, cuando mi amigo visitaba mi pequeño taller yo le mostraba mis más recientes creaciones, luego de mirarlas por unos momentos me decía, que pen... y bruto eres, ¿cuándo aprenderás? olvidando el insulto le pedía por favor donde estaba el más grande error para ver si podía corregirlo ¡en todo! Tiene los brazos cortos, el torso aplastado y flaco. ¿Dónde está la cintura? ¡Y las piernas no están en proporción! ¡Se está cayendo! ¡Está mal! ¡Está mal!



(maldita mi estupidez). Cuando mi amigo se despedía yo me quedaba furioso por las palabrotas que me decía y acerca de cómo calificaba mi trabajo, pero atento a las correcciones que me hizo, eso se repetía cada vez que me visitaba hasta que un día me dijo, ¡vaya, ya estás aprendiendo! ¡uf! ¡Eso fue un verdadero halago! Hace algunos años que no veo a mi amigo, pero seguramente me dirá ¡está mal!, pero la necesidad de seguir creando y para siempre (bueno mientras pueda) no me la quita nadie, y con un poquito de esfuerzo seguiré aprendiendo ¿o no?



*Cordan, S. A.*

EN LA GRAN FÁBRICA DE ACERO donde trabajé un tiempo por contratos, cada uno por tres o cuatro meses en diferentes departamentos y con diferentes horarios, el contrato en turno terminó y me quedé sin chamba por algunas semanas. Un día fui a visitar a algunos amigos a la fábrica Cordan S.A., de cerámica comercial; ellos trabajaban en el departamento de decorado pintando con óxidos de metal y agua todo lo que se hacía ahí, pies de lámpara, vajillas, ceniceros, vasos, licoreras, platones, soperas y muchísimas cosas más, todo decorado a mano con maripositas, flores, paisajes, en fin, todo lo que le gustaba al señor Daniel Motola, dueño de la fábrica, nombre compuesto de Corina (su esposa) y él Daniel, fueron algunos años (cinco) los que trabajé. Con mucha frecuencia salíamos de excursión, conocimos todos los balnearios del estado de Morelos, Agua Hedionda, Las Estacas, Palo Bolero, y no sé cuántos más, donde el mismísimo señor Daniel nos acompañaba con su familia. Veinte decoradores nos encargábamos de

pintar toda la producción de la fábrica, todos más o menos de la misma edad (veinte-veinticinco años) sólo una señora que nos doblaba la edad y una preciosa muchachita que nos distraía de nuestro trabajo cuando caminaba para acá y para allá, luciendo un apretado chemis (vestido corto, suelto de la cintura y muy apretado de la cadera).

Con tantos diferentes gustos siempre fue motivo de discusión el radio, ¿qué música escuchar si todos querían la suya?, una salomónica solución acabó con ese lío, se dividieron las horas de trabajo según las peticiones musicales, tanto tiempo para el rock, tanto para la música clásica, jazz, música afroantillana, y los tríos de esa época, los Dandys, Diamantes, Santos, Sombras, Fantasma y tantísimos más, todo “al segundo”, no importaba que estuvieras cantando a todo pulmón el “Rock del angelito” o “Popotitos”, llegaba la hora del jazz y te fastidiabas. Al llegar a la fábrica por la mañana (no teníamos horario), nos pagaban a destajo, tanto hiciste, tanto te ganaste; cuando había mucho trabajo podías llegar temprano y salir cuando quisieras en la tarde o noche, o quedarte hasta el día siguiente; el tiempo para comer también te lo dabas tú, unos tacos rápidos o una comida formal en el Nereidas de a siete pesos y tu taco de ojo con las meseras con minifalda, llegar a la fábrica cuando ya estaba la mayoría de los amigos trabajando, tenías que hacer una revisión concienzuda de tu lugar porque podías sentarte en tu cojín

con tachuelas, esponjas mojadas, o en tu cajón donde guardabas los colores, alguna rata muerta que el velador cazaba en la noche en el gran patio de carga y descarga, con su famoso rifle calibre 22. Las posadas en el patio, torneos de “voli” cascaritas de fut, encuentros de box, con guantes con alguno de tu peso (que siempre había) y algunos de lucha libre, pues estaban de moda El Santo, Blue Demon, El Cavernario Galindo, Sugi Sito, La Tonina Jackson, El Médico Asesino, El Carnicero, Black Shadow y un demonial más; la consabida ida a la Villa de Guadalupe una vez al año, todos los trabajadores de la fábrica asistíamos, algunos a dar gracias decían y otros a reclamar.

En el departamento de decorado éramos veinte, en el de fierro, donde se fabricaban todos los herrajes que se utilizaban para la buena presentación de la cerámica, por ejemplo, columpios para las licoreras, todo lo que se requiere para armar un candil, o una lámpara de mesa, y una infinidad de fierritos más que se hacían en ese departamento con mucha maquinaria, trabajaban como treinta obreros. En el de yeso, donde constantemente se reponían los moldes deteriorados, el de vaciado donde los moldes se llenaban con pasta cerámica líquida, cuando menos diez. En el de pantallas, como veinte costureras construyendo pantallas para lámparas de todos los tamaños y diferentes diseños, las oficinas, con su buena dotación de chavas. El departamento que más mujeres tenía era

el de “terminado” por ahí pasaba todo lo que se hacía en la fábrica, antes y después del producto terminado, ahí sí que había chavas para invitar; cuando salíamos de excursión a los balnearios sólo había que ponerte “listo” para invitar a alguna que sería tu compañera por ese día.

En esa fábrica trabajábamos muy a gusto, cuando había mucho trabajo con muchísima frecuencia nos quedábamos toda la noche y cuando había poco o nada, el dueño nos daba dinero para que nos fuéramos a Chapultepec a ver a los changos o al cine con tal de que no diéramos lata dentro de la fábrica; un día nos permitimos jugarle una inocente broma, él manejaba un pequeño cochecito “un topolino”(de la Fiat) convertible de dos plazas, al salir de la fábrica como a las nueve de la noche y de discutir con él por el precio de algún nuevo decorado, nos encontramos en el patio a su pequeño automóvil, trajimos una mesa de algún lugar y se lo dejamos a medio patio trepado sobre la mesa, cuando salió y encontró a su autito en aquel lugar, luego de dos o tres palabrotas llamó un taxi (según nos platicó el velador), al día siguiente tempranito bajamos el cochecito, guardamos la mesa y nunca se dijo nada de ese suceso, aunque todo el mundo se enteró, luego de cinco años me separé de la fábrica, pues cambió de dueño y las cosas ya no fueron lo mismo y de ahí a otro interesante lugar.

### *Servicio militar obligatorio*

DIECIOCHO AÑOS CUMPLIDOS y ahí estábamos los nacidos en el año 1939, obligación militar por aquello del “mas si osare”, los nuevos y flamantes defensores de la Patria, ¡pues como no!, soldado de primera, fusilero, ametrallador del 553 regimiento de no sé qué más. Siete de la mañana y a pasar lista; siempre me gustó la disciplina militar, pero de capitán para adelante, de soldado raso ni pensarlo, al segundo domingo se presentó un joven teniente egresado del colegio militar acompañado de algunos de los muchachos que tuvo el año pasado y nos dieron una exhibición de defensa personal, “saltos del tigre”, algo de judo, combates cuerpo a cuerpo con arma “blanca”, y pidiendo voluntarios para su compañía de asalto (los más intrépidos) ahí estaba yo levantando la manita, “usté pásese pa' cá”, un poco más lejos de los demás que marchaban para acá y para allá, él nos entrenaba en algo novedoso, para los escogidos de los dioses de la guerra, ¡Marte, te ofrezco mi sudor y sangre! —Ya bájale buey,

si nomás te van a enseñar unas cuantas maromas y no vas a matar a nadie—, se vale soñar ¿no? Las primeras lecciones: rodar por el piso de enfrente, de costado, brincar a un monito (compañero) que se ponía de “burro”; luego, brincar de pie, ya era más difícil como todos le poníamos mucho entusiasmo progresábamos rápidamente, fui escogido para la escolta de nuestro lábaro patrio y del estandarte de nuestro 553 regimiento.

Desde el principio algunos habíamos ido a un cuartel que estaba en la calle de Balderas, ese cuartel fue escenario de algunos históricos combates durante la Decena trágica de nuestra historia de México, se cañonearon de ahí al Zócalo y de allá pa' cá “enton's qué mi Cabo ¿cuánto por unas botas del número 7?” “45 pesos, —pos' qué mi cabo, si no son cascorros para fiesta (zapatos), son botas pal' servicio—, bueno lo menos 35, nos vemos a las 6 de la tarde en el jardín, no fallen y chitón porque me arrestan. ¡Uf! con nuestro uniforme nuevo color caqui, nuestra cuartelera (gorra) con su brillante escarapela tricolor, los galones de sargento segundo cosidos en la manga, un silbatito de mando al final de un cordoncito que bajaba desde el hombro, la corbata perfectamente anudada y metida abajo del segundo botón de la camisa y esas botas perfectamente boleadas con sus refuerzos de metal en los tacones que cuando marchábamos por las calles pavimentadas



nos decían los oficiales “¡Clave los tacones! ¡Clave los tacones!”. No, pos nos sentíamos la mamá de todos los pollitos. Todos los domingos pasábamos en perfecta formación a la doceava. delegación de policía a que “nos armaran” con un viejo fusil tipo mauser de cerrojo, fornituras de cuero donde cada soldado llevaría su ración de balas, (cartuchos diría un oficial) y un “marrazo”(bayoneta), que se ajusta en la boca del cañón del fusil; medias vueltas, izquierdas, derechas, paso corto, paso veloz, paso atrás, alto, descanso, saludar; todo esto ya estaba dominado y aprendido con toques de corneta, ¡tatata, tatata!, ¡firmes! ¡tatatiu, tatatiu! ¡Saludar! todo un concierto de sonidos de trompeta, ¡qué gallardos jóvenes cuando desfilamos frente a Palacio Nacional!, y los días de entrenamiento cuando nos daban balas de “a devis”, un peine de 5 tiros de balas para mauser era introducido por arriba del arma, cortar cartucho (igualito a los rifles de municiones de las ferias) y ¡fuego! contra un enemigo de cartón! 5 peines, de 5 balas cada uno  $5 \text{ por } 5 = 25$  disparos, juntar los casquillos vacíos y entregárselos al instructor en turno para que no te fueras a “volar un cartucho útil”.

En las prácticas de tiro nos acompañaba casi siempre un fotógrafo del cual toda la compañía éramos sus clientes, ¿a quién no le gustaba presumir con una foto cuando disparaba un arma de fuego?, fotos: de pie, medio hincado

o de panza en el piso (pecho a tierra) y a cada disparo subirte el casco, pues con la patada que daba el arma, el casco pesado de acero se te bajaba hasta los ojos, el mortero, una especie de cañoncito que disparaba para arriba según los grados que le pongas, la bala sube, hace una parábola en el espacio y luego cae vertical, lo malo de este mortero es que sólo tenía pólvora para subir, cuando la bala caía había que encontrarla clavada en el piso de pasto o arena a veinte o treinta centímetros de profundidad, no nos podíamos ir si no encontrábamos la famosa bala, las granadas de mano, como una piña chiquita dividida en muchos cuadritos granada de fragmentación —decían gravemente los oficiales de estas granadas—; nunca tronamos una, todo consistía en aventarla hasta “casel el diablo” y a ver quién iba por ella, un día llegaron oficiales y cadetes del Colegio Militar armados de un cañón, lo cargaron y a la voz de ¡fuego! un tremendo trueno estremeció el suelo, no salió ninguna bala, pero sí una gran explosión de ¡confeti! Éramos unos valientes soldados, ¡cómo no! Ya habíamos visto en alguna otra demostración de los cadetes del Colegio Militar que brincaban con el salto del tigre, un jeep y tres mausers verticales terciados y armados con sus respectivas bayonetas caladas no, pues eso sí nos apantalló gacho, lo más que podíamos saltar en campos de entrenamiento era una vaca flaca, mientras

algunos le movían un trapo en frente para distraerla, otros aprovechábamos para saltarla esquivando una cox que siempre tiraba luego del salto.

El año reglamentario de instrucción militar terminó, pero yo me quedé “picado”, quería aprender más de la milicia, otro amigo también de mi edad (Pablo) y yo nos acercamos al Pentathlón Militar Universitario (cinco barras verticales y un águila bicéfala es su escudo); por allá en la calle de Sadi Carnot era su sede en aquel tiempo (no sé ahora) seis de la mañana ahí estábamos todos los días incluyendo el domingo. ¡Atención! Nos gritaba el instructor cuando llegaba a dos o tres cuabras del cuartel del penta desde allá nos daba las primeras órdenes con un vozarrón de todos los diablos y a paso veloz salíamos a su encuentro el Gerolan como todos le decíamos, era mucha disciplina en aquel lugar a cualquier falta ibas a dar vestido a la fuente del cuartel a las seis o siete de la mañana, algunas veces este castigo tenía una pequeña variante, parado en el brocal de la fuente se aplicaba la ley del cerillo que alguno encendía y mientras duraba la flama podías quitarte la ropa que pudieras y luego a la fuente eras empujado, quitarte esas engorrosas botas militares no era fácil, pero si lo lograbas mientras el cerillo estaba encendido no faltaba alguien que te tiraba la ropa a la fuente o simplemente apagaban el cerillo de un soprido, y adentro, de todas maneras acababas en la fuente.

Con mucha frecuencia nos llevaban de campamento a los arenales de Tlalpan, siempre de noche, era pesadísimo subir por la arena un paso arriba y medio abajo y con el equipo en la espalda, comida para dos días y cobijas para la noche, además de varios litros de agua y claro, no faltaba el baboso que se caía en los muchos pasos con agua (canales de riego) que cruzábamos por un delgado tronco que hacía las veces de puente. El segundo día de campamento siempre se organizaba el juego del “marrazo”, era una bayoneta militar con su respectiva vaina, se colocaba en el centro del campo de juego y a un pitazo del árbitro había que correr para atrapar el marrazo, pasárselo a un compañero (si podías) y entre él o los que pudieran llevarlo a la meta contraria y lograr “un tanto”. No se podía lanzar todo el tiempo, había que llevarlo en las manos, pero además no había reglas, la única regla es que no había reglas, podías meterle un trompón al que te cerrara el paso o tirarle un puño de arena a la cara, ¡¡ijos! cómo tragábamos tierra en aquellos arenales cuando te tocaba estar abajo y encima de ti todos disputándose furiosamente el marrazo aquel. También había competencias de salto de longitud, donde varios compañeros se colocaban aplastados en el piso y pegaditos hombro con hombro, había que brincarlos con el “salto del tigre” (volando de panza sobre ellos): cuatro-seis-diez, los burros iban aumentando, los que

no lograban saltar y caían sobre el último, engrosaban las filas de los burros, el primero sufría los pisotones de los que brincaban, y el último casi siempre le caía otro encima, otro chavo y yo ya quedábamos solos, él brincó once, ¡ yo pedí doce!, me quité las botas y allá voy, sí brinqué los doce, pero una de mis rodillas se atravesó con mi nariz (o al revés), y el sangradero, los instructores me hicieron tragar varios vasos de agua por la nariz absorbiéndola, pero por más que le daban para acá y para allá nunca me la pudieron enderezar, todavía la conservo chueca luego de tantos años, pero eso sí, gané ese día cinco metros y medio, creo que es la distancia de doce burros (compañeros) más o menos flacos. Por aquel tiempo trabajaba en la fábrica de acero, ahí me encontré un pedazo de hule largo, ancho y grueso, con el cual modelé un cuchillo de combate como el de Rambo pues, pero sin punta, con éste practicábamos secuelas de “combate”, como no tenía filo no era peligroso, pero cómo dolía el desgraciado cuando te daba de punta en las costillas, cuando por parejas ya teníamos un “combate” estudiado y dominado lo repetíamos muchas veces más, pero ahora con un cuchillo de a “devis”, que yo te agarro de allá, que tú me pateas acá, que yo te empujo pa' allá. Cuando nos llevaban a algún lugar a dar demostraciones de defensa personal y de los combates cuerpo a cuerpo, sí los apantallábamos “gacho”, parecía una bronca de

a de veras; cuando terminó el año a que nos habíamos comprometido con el Pentatlón Militar Universitario a mi amigo Pablo y a mí nos invitaron para ser parte de los instructores para el siguiente año, ya no quisimos, mi amigo quería ser torero (esta es otra historia).

Conocí a un capitán de la Fuerza Aérea Mexicana que era fotógrafo topógrafo y un día me invitó a volar en un avión. Y ahí estoy tempranito en la base militar del aeropuerto del D.F. Piloto, copiloto, mecánico de vuelo, el capi y yo, listos para el vuelo. ¿No te vas a cagar? me dijo el capi, no señor, contesté muy derecho, luego de que revisaron el avión con una patada o dos en las ruedas, ¡arriba! Era un viejo bombardero sobrante de la Segunda Guerra Mundial de dos motores, de esos que tenían la trompa de cristal donde iba el ametrallador; esta vez era el lugar del “capi” para tomar fotos, piloto, copiloto, el capi, y mecánico de vuelo todos en sus asientos, ¿y el mío?, tú te paras aquí y te agarras de acá, el vetusto aparato recorrió la pista, yo pensé si no se desarmaría, pues vibraba muy feo, un ruido infernal nos invadió, pues le faltaban varios vidrios a aquella nave, yo con las piernas muy abiertas y bien agarrado (parecía un autobús de segunda clase), dos horas y cacho y abajo. Durante el vuelo ni una palabra entre ellos, la comunicación siempre fue a señas, pues ni gritando nos hubiéramos podido escuchar, todavía medio sordo les

platiqué a mis amigos esa nueva experiencia de echarme un viaje de pie en un flamante aparato de la Fuerza Aérea Mexicana.

Esta vez otro amigo y yo decidimos que seríamos soldados, y ahí vamos, ¿adónde? Pues a guardias presidenciales, no faltaba más; el oficial en turno nos dijo a ti sí, a éste no, señalando a mi cuate, pues era muy bajito, bueno era el más chaparro de la pandilla; le decíamos cariñosamente enano o centavo o tapón y a su familia el gran Chaparral (todos eran de baja estatura), de ahí fuimos al cuartel de comunicaciones; lo mismo, tú sí, éste no. Artillería, éste no — dos días para acá y para allá y lo mismo, éste no —. Otro día de cuarteles, alguien nos dijo: vayan al Cuartel de Infantería, allá reciben hasta cascajo, ahí sí, nos dijeron que pasáramos a la enfermería para sacarnos sangre y empezar los trámites de rigor, ¡jijos! qué enfermería tan miserable, vidrios rotos, un escritorio cojo, asientos sin forros, y parecía que las paredes alguna vez tuvieron pintura, en fin, un lugar muy pinche, mientras esperábamos llevaron a dos soldados que se habían peleado, tenían mucha sangre en la cara, una mirada con mi cuate, e hicimos la graciosa huida, ahí terminó mi carrera militar, si tanto quería ser soldado ¿por qué no ingresé al Colegio Militar? Nunca se me ocurrió, pues qué clase de bruto ¿o no?

Un día cualquiera de 2006. Cano.





## *Coleadas*

ANTES DE QUE NUESTRAS CALLES DEL BARRIO fueran pavimentadas, había algunos juegos, por ejemplo, las “coleadas” que consistían en tomarnos fuertemente de las manos, chavos y chavas —no había distinción de sexo— haciendo una larga fila, generalmente una joven amiga (Emma) un poco más grande de edad que el resto de todos nosotros, encabezaba la larga fila, doce o más muchachos participábamos en este juego, consistía en que corríamos todos en línea recta, siempre Emma a la cabeza y de pronto dando vuelta regresaba al punto de partida jalando a todos los demás; tan violenta era la vuelta que los últimos de la fila (dos o tres) literalmente volábamos con la rápida y forzada vuelta que era como la punta de un látigo. No sé por qué siempre me tocaba en la cola y terminaba el juego terriblemente revolcado y con más de un raspón en brazos y rodillas, esto casi siempre lo jugábamos en la tarde cuando dejaban salir a Emma a la calle luego de cumplir con las obligaciones y quehaceres de su casa.

## TAPA O TACÓN

Sí, tacón de zapato y usado; entre más hueco y gastado era el más codiciado, se jugaba con monedas de veinte centavos (grandes monedas de cobre) la tapa o tacón se lanzaba contra la moneda tratando de darle en el canto con la parte más desgastada del tacón, cuando esto se lograba, la moneda salía “volando” a muchos metros de distancia y si cruzaba una meta antes acordada, la moneda sería tuya, el zapatero del barrio nunca pudo surtir la demanda de tacones usados en esa época del año que no supe cuándo era.

## FICHAS

Otro simple y entretenido juego era jugar a las “fichas”(corcholatas aplastadas con el martillo) de modo que quedara un perfecto disco, la corcholata aplastada se colocaba recargada en el ángulo que hace el piso y la pared, los jugadores lanzarían sus pequeños discos desde una distancia antes acordada con la intención de derribarlo, el que lo lograba, todas las “fichas” que habían fallado ya eran suyas, y vuelta a empezar. Estos juegos en realidad eran bastante simplones, pero cómo nos divertíamos con estos sencillos y baratísimos juguetes,

como jugar “matatena” con huesitos de chabacano pulidos y pintados de colores, estos juegos ya nadie los juega, total que para eso se inventó la televisión, para que con sus juegos de video se entretengan los peques matando a la mayor cantidad de “enemigos” de la manera más sangrienta posible con un potente rayo láser, y luego queremos que no haya violencia entre los chavitos, ¡sí cómo no;



OTRA HISTORIA EN EL D. F.

Estando de medio interno con las monjas aquellas que me aceptaron en su escuela y cursando del tercero al sexto año escolar, se me inflamó una glándula o ganglio salival, tal vez por una infección dental o a la mejor por la desnutrición galopante que siempre me acompañó durante muchos años de mi adolescencia; la cosa es que las monjas, alarmadas, me llevaron al hospital infantil previniendo que fuera a infectar a toda la escuela. Idas y venidas con mi madre al lugar aquel y de ahí me mandaron al Hospital Juárez para internarme, pues me quitarían ese ganglio por medio de cirugía; de nada valieron las docenas de dolorosísimas inyecciones que me aplicaron, pues no se veía nada claro, lo que me tenía intrigado es que en algún consultorio, luego de examinarme, según el médico en turno “me echaban para afuera”, y la plática con mi madre duraba un buen rato más.

Fui internado en el Hospital Juárez, sala infantil, cama número veinte, todos los chavitos grandes y chicos andaban uniformados con unos infames camisones ¿blancos?, atados con cintas por detrás, nadie traía calzones, lo bueno es que a mí no me dieron ese feo camisón.

Ya internado e instalado en mi nada cómoda cama número veinte donde sólo se podía dormir boca arriba o boca abajo sin ningún doblez, porque el nada limpio colchón tenía marcada la silueta de un cuerpo humano como un molde profundo donde no podías tomar otra posición que la del mugroso colchón manchado de todo. Con los días que estuve internado vi que los colchones nunca se lavaban, sólo se desinfectaban en una especie de olla express gigante, localizada en un lejano rincón del patio de ese hospital, rápidamente organicé a la “tropa” de chavos, claro, sólo los que podían caminar más o menos. Varios con muletas formaban aquella “rara pandilla” y a darle en el hospital para arriba y para abajo, desde los patios con basura a las salas de los pisos más altos; el basurero con restos de ropa manchada de sangre, gasas, vendas sucias, montones de botellas de suero, ampollitas vacías, mangueritas y mil asquerosidades más; todo ello acompañado de zumbadoras y gigantescas moscas habitantes de aquel pestilente lugar, pero ahí estábamos, removiendo esos malolientes escombros con un palo o

con la punta de las muletas de los que las tenían; sólo había que estar a tiempo en nuestra sala a la hora de la comida.

Los que podíamos nos formábamos frente a los carritos con que subían la comida, una charola de acero con varios departamentos: puré de papa, sopa de pasta, carne cocida, un trozo de fruta, frijoles, un bolillo, un vaso de agua de fruta y a los que no podían caminar les llevaban su charola a la cama y comían como podían; aunque teníamos una cuchara, la mayoría acababa metiéndose la comida en la boca con las manos, pues sólo había dos o tres enfermeras como para cuarenta camas, las pobres no descansaban ni de día ni de noche, metiéndoles chochos a los chavos que lo requerían, menos a mí, ni chochos ni inyecciones me tocaron (qué bueno). En las horas de más calor la pasábamos en la sala jugando a escaleras y serpientes, la oca, al coyote, jueguitos que mi mamá me había llevado para pasarla mejor ahí. ¡Ah!, de lo que no me escapé fue de que me raparan la cabellera (por aquello de los piojos) como a todos los demás. Tenía un compañerito junto a mi cama, “el número veintiuno”, supe que este chavito se cayó de un tranvía donde viajaba de “mosca” como muchos de nosotros lo hacíamos, sólo que se atoró de algún lugar y el tren jalando lo arrastró sobre las vías, fue como si le hubieran “lijado” todo el cuerpo; el tren jalando y el

chavo arrastrado y girando fue raspado por delante y por detrás, incluyendo la cara; todo él era una gigantesca costra, apenas podía hablar algo cuando estaba medio consciente, a él sí le daban algo de comer en la boca y nos íbamos a jugar en su cama para hacerle compañía, y lo principal, ¡a espantarle los puños de moscas! que siempre tenía encima.

Algunas veces, organizábamos carreras de los chavos con muletas, como yo sí podía correr, cuando me tocaba “competir”, alguno me prestaba sus muletas, me las acomodaba y encogía una pierna y a darle a lo largo de los pasillos o corredores que había. El resto del tiempo arriba y abajo por todo el hospital, nos gustaba ir a la sala número cinco, donde los internos estaban detenidos por la justicia, personas que fueron heridas de bala, acuchilladas, o lo que fuera. Un poli en la puerta era el vigilante, pero nos dejaba entrar, pues nos ganábamos unos centavos por ir a comprarles, a los internos, el periódico o alguna golosina en una pequeñísima tiendita que algún viejo trabajador del hospital tenía en un pasillo. Llevar un recado a algún familiar que llevaba horas en el patio esperando alguna noticia de su familiar ahí detenido, nos significaba algún dinerillo para comprarnos un dulce. Había un lugar donde no faltábamos nunca: ¡el anfiteatro! Ahí estábamos atentos a la llegada de las ambulancias de la Cruz Verde (la muertera) que era la



encargada de recoger a los que morían en las calles de la ciudad, siempre con la sirena abierta ¿pues ya para qué si transportaban puros muertos? Y ahí estábamos atentos a ver cómo las ambulancias los dejaban en la puerta del anfiteatro, y de la manera más “cariñosa” posible, por ejemplo, para bajar un cadáver era atrapado de un brazo o de un pie y de un tremendo jalón del piso de la ambulancia caía a una charola metálica puesta abajo; a veces el cuerpo mal jalado caía fuera de la charola, era igual: otro jalón y quedaba correctamente colocado en su lugar, luego era arrastrado o empujado “cariñosamente” con un pie dentro del anfiteatro. Cuando le tocaba su turno era colocado en una mesa de cemento donde sería bañado y escobeteado, para quitar la sangre seca, que siempre había, esto con una manguera de presión, lo dejaban limpio para la autopsia de ley y todos los chavos adivinando de qué murió ese o aquel, “no pos a ese le metieron como veinte balazos” ¿no ves cuántos agujeros tiene? “Sí”, “y aquel seguro lo machetearon “pos trai” el pescuezo casi separado de lo demás ¡Híjole!”. A ese le pasó el tren encima pos son puros cachos ¡y el chorro de tripas vienen envueltas en ese cartón! “Este se murió achicharrado pos está chiquito y sólo es un cacho de carbón”.

Lo más extraordinario es que nos dejaban estar ahí mirando ese macabro espectáculo, y eso era, to-dos-los-dí-as.

Había otro reto en aquel asqueroso lugar, y consistía en meternos al fondo del anfiteatro, agarrábamos aire y ¡una, dos, tres y adentro! El juego era darle la vuelta a la última de las mesas de cemento con muerto o sin él, al salir algunos vomitábamos, pues adentro ¡olía a rayos! Eso duró varias semanas, yo no sé cómo no me operaban. Mi mejor amigo era el hueso, el más sano después de mí, sólo tenía las quijadas como “soldadas”; se metía la comida en la boca empujándosela con los dedos y hablaba a puros gruñidos, pero buena onda, siempre andaba conmigo. Una vez fuera del Juárez, siguieron las consultas, pero ahora en el Hospital Infantil. Hacer antesalas de horas mirando a toda clase de chavitos enfermos también esperando su consulta. Yo ya me había enterado de algunas cosas, por ejemplo: le dijeron a mi madre que no crecería; otra, que moriría antes de los trece años, o cuando más a los catorce y como mi madre trabajaba todo el día, le había pedido a los vecinos que por favor le avisaran si es que yo moría en la calle.

Un día haciendo antesala como de costumbre le dije a mi madre, “oye ma, dicen los doctores que no voy a crecer... “pues sí, eso dicen”... “oye ma, también dicen que me voy a morir pronto...” “Sí, pues eso dicen...” “¿y entonces qué hacemos aquí?” “Ya vámonos ma...” “Sí, tienes razón, ¡ya vámonos! Y nos fuimos para no regresar nunca a aquel lugar. Durante muchísimos

años no puse los pies en ningún hospital ¡pero ni como visitante! Verdaderamente les tengo pavor a todos esos lugares que huelen a hospital. Afortunadamente la ciencia médica falló conmigo, tengo actualmente sesenta y seis años, muy lejos de aquellos catorce en que dijeron que moriría (siete de mayo del 56) y como dice la canción: “Todavía no me muero”.

Tan tan. Recordado en el cerro de El Calvario un día de marzo de 2006.



## *Sólo para adultos*

EN AQUEL EXPENDIO DE PAN que mi madre atendía todos los días, amablemente me invitaba a jugar afuera en la banqueta con mis nuevos amiguitos de esa colonia más o menos elegante, esto con el fin de no dar mal aspecto con mi flaca y greñuda presencia dentro del expendio. En mi barrio de la Portales era yo un jugador “de en medio”, pues estaban: *el Flaco* Isaac, campeón de canicas; *el Pelón* Vicente, campeón de trompo; el Cocó, campeón de yo-yo; Isaías, campeón de balero; yo no fui campeón de nada, pero en la colonia Narvarte con aquellos riquillos de mi edad era campeón de todo, pues no es lo mismo salir de tu “depa” por un rato que pasarte casi todo el día en las calles y jugando de todo. Recuerdo haber llenado un balón ponchado con puras canicas caras que les ganaba a aquellos chavos: ojos de perico, ágatas, bombochas, ponches, y otras más; yo tenía trece años. Un día, al estar jugando en la banqueta al “cuadrado”, en un pedazo de tierra que una vez tuvo pasto, pues en la calle no podíamos

jugar porque ya estaba pavimentada y para un buen juego de canicas no hay como una cancha de tierra, desde una ventana de la planta baja del edificio se asomó una joven señora, mamá de uno de los más chicos de quienes jugábamos ese día, me dijo: —¿puedes venir a ayudarme güero? —Sí señora, levanté mis canicas, entré al edificio y encontré la puerta del departamento medio abierta “pasa güero”, entré y cerró la puerta. ¡Chispas!, la señora no tenía falda. Una blusa muy corta sin mangas la cubría del cuello a la cintura, abajo unos calzones chicos, debajo de ellos un ligüero negro, más abajo sus piernas blancas y largas, al final las medias caídas cubrían unos zapatos de tacón alto también negros, yo... como estatua, inmóvil, no entendía nada, “sube las medias güero, y abróchalas aquí”, con una mano la señora me mostraba una de las puntas del ligüero negro, me arrodillé, tomé una media y la subí a todo lo largo de esa blanca pierna, ¿y luego?

Según entendí había que sujetar la media en la punta del ligüero ¿pero cómo? ahí tenía una curiosa pincita mitad metal, mitad hule; me imaginé que había que meter la media entre el hule y la parte metálica y engancharla de alguna manera, pero ¿cómo? La señora no dijo ni una palabra, simplemente me dejó que descubriera por mí mismo cómo enganchar aquella escurridísima media, que caía una y otra vez a lo largo de su larga y blanca pierna. Una y otra vez tomaba la media, la subía

y a intentar engancharla en ese ligüero negro. Después de muchos intentos, finalmente la primera pinza atrapó aquella transparente media, en el costado de la pierna derecha. Ahora, la cinta de enfrente más o menos fue fácil, luego de haber medio entendido cómo debía ser aquella operación con la media y la pincita; primero la cinta del frente, pues me quedó más cerca de la nariz, luego la lateral. Cuando miré mi obra terminada, las medias habían quedado completamente torcidas y a diferente altura, solté las pinzas que creí estaban mal puestas y las corregí, listo, medias a la misma altura y perfectamente estiradas a lo largo de esas largas piernas, me levanté del piso, pues siempre estuve de rodillas, “gracias güerito”, dijo la joven señora y sin atreverme a mirarla a los ojos salí de su “depa”. Allí me quedé un rato recargado en la pared tratando de entender qué había sucedido con aquel ligüero, esas escurridizas medias y aquellas largas y blancas piernas, salí a la calle y perdí todas mis canicas ese día.

Al día siguiente, jugando otra vez con mis amiguitos de siempre, se abrió la ventana y apareció la sonriente carita de la joven señora, “¿me ayudas por favor güero?” levanté sin mucha prisa mis canicas y a la voz de “ahorita regreso” me metí a su “depa” y lo mismo: la señora cubierta de la cintura arriba y otra vez aparecieron aquellas blanquísimas y largas piernas; los zapatos de

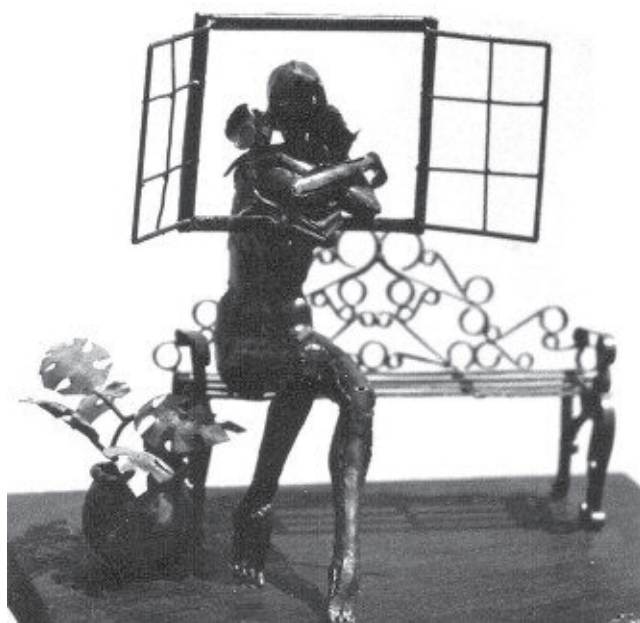
tacón alto cubiertos ahora con unas medias negras, ya con más seguridad y siempre rozando con el dorso de mis manos aquellas piernas, subí las medias lentamente siguiendo con cuidado cada curva; ya no fue tan difícil enganchar la pincita con la media, la primera fue puesta lentamente en su lugar, luego la segunda pincita, tercera y cuarta, listo, la revisión para que estuvieran las medias a su mismo nivel, tal vez una corrección y “gracias güero”. Ese día ya no perdí mis canicas.

Al tercer día, un ojo al juego y otro a la ventana que sí se abrió, “güero...” de las canicas ni me acordé y ¡adentro!, ya había entendido el juego: piernas y medias listas para lo mismo. Esta vez descubrí un gran espejo muy bajo, que le permitía a la señora ver perfectamente cada uno de mis movimientos, así como la batalla con las medias y aquel ligüero; ahora con toda seguridad tomé la primera media, siempre rozando con el dorso de mis manos, esta vez más apretadas que de costumbre contra la blanca pierna. Al llegar a la parte más alta ¡se me soltó!, y otra vez manos y media lentamente volvieron a subir, pero por alguna razón la media se volvía a escapar y caía hasta la parte más baja, cuando estaba en lo más alto, ahora lo que se me escapaba era la negra pinza del ligüero y por atraparla tenía que soltar la media, eso se volvió una fiesta, la cinta del ligüero escapaba a cada instante ¡flíp!, lo mismo que la media hasta abajo ¡flop!, y mis manos arriba y abajo,



recorrían esas largas piernas una y otra vez, en diferentes posiciones, por mejor atrapar la media ¡claro! Ahora el juego duraba muchísimo tiempo y también muchísimas semanas, “¿güero...?”. De la cara de esa joven señora no me acuerdo, pues poquísimas veces la miré a los ojos, toda mi atención estaba en otro distante lugar, total que quedé traumatado para toda la vida. Para mí, lo máximo es ver unas largas y blancas piernas enfundadas en transparentes medias y un tacón alto, rematadas con un pequeño ligüero negro. ¡Jijos!, lo que hay que aprender en esta vida.





*Mirando pasar la vida (foto de Maribel Cano, 1994)*



## *Reencuentro con mi barrio*

CARTA ENVIADA A MARTHEL CUANDO ESTABA EN PERÚ

12:45 p.m. Ahí te va el chisme:

Salí de Toluca a las 9:40 a.m. y acabo de llegar, cansado pero contento desde que llegué a la parada correspondiente del metro (Portales), quería ver caritas conocidas y por ir tirando la “baba” me pasé dos cuadras de la calle donde debería dar vuelta: Bretaña. Pasé primero por la escuela “Vilaseca Esparza”, donde estuve de medio interno y donde nació el cuentito “Las monjas Josefinas”. Ya no está, un flamante edificio de tres plantas ocupa el lugar de mi antigua escuela, luego pasé por la puerta del Salón Nereidas, un lugar de buena presencia de día, que de noche funcionaba de otra cosa y donde íbamos a comer cuando podíamos pagarnos una comida de 7 pesos con meseras de minifalda y tacón alto ¡qué escándalo! Luego siguió el lugar donde se construyó el gigantesco cine Ajusco que vi cuando pasaba camino a la

escuela y que asistíamos a sus funciones de tres películas de acción por un solo papel de a peso, funciones corridas de 11 a 11. Un día nos pasamos todo el día ahí con nuestra provisión de tortas y agua de limón, siguió mi recorrido hasta el California dancing Club, lugar que fue primero el gran cine Bretaña conocido por todos como “el Petates” por su original decorado interior o el “Piojito”, es obvio decirte porque, ahí debí dar vuelta, pero me pasé dos cuadras mirando para acá y para allá, tratando de encontrar la panadería la Bastanesa, donde un amigo de los grandes trabajaba (la Guajolota), que cuando lo visitaba salía yo con una enorme bolsa de pan gratis, por cierto nunca entramos al California, siempre se nos hizo un lugar para “nacos “ (chundos se decía antes) aunque con mucha frecuencia tocaban Lobo y Melón, Carlos Campos, Acerina y su Danzonera y quién sabe cuántos más, eso era para “chundos”, nosotros íbamos a bailar al Salón Riviera en la colonia Narvarte, cuando menos, la tarifa del “Califa”, caballeros 12 pesos y damas gratis, jamás pusimos un pie en ese lugar.

Regresadas las dos cuadras que me pasé, Normandía y Zacahuitzco, donde estaba la pulquería La fuente embriagadora. Me topé con una casa viejísima, la de mi cuate Chema, la estaban demoliendo y ni a quién preguntarle nada, luego los balcones que cuando pasaba por ahí brincaba para alcanzarlos, hoy casi me doy con

ellos en la frente, luego seguí la tienda más grande del barrio El genio mercantil tal vez funcione, pero por fuera es una ruina, luego el taller de Toño, la agencia de bicicletas con más de 50 de todas las rodadas que las alquilaba a 60 centavos la hora, siempre nos alcanzaba para 15 minutos, pero la bici los desquitaba, en el orden siguió la casa del Canelo, flamante médico cardiólogo que murió muy joven. No me atreví a tocar, pues siempre fue una familia muy “popis” que cuando íbamos a tocar a su puerta y preguntábamos por el Canelo sus tías nos decían ¿el doctor Arias?

Enfrente estaba la casa del Pelón Vicente, un riquísimo y mimado niño que sólo nos dejaban entrar a su jardín bañados y peinados, pero afuera en la calle era otro vago igual que todos nosotros, luego la casa de Martha, la más hermosa del condado, luego de insistir con el timbre apareció un hombrón grande y panzón, la casa la había comprado el año pasado ¡chin! Luego la vecindad donde alguna vez viví, bastante ruinosa y descuidada, enfrente la casa de los Mora y vi, en todo su esplendor, a Amelia, aquella mujer que tenía la cintura más pequeña que he conocido y nos permitía medírsela con ambas manos, esta vez ocupaba toda la puerta, viuda y con 15 nietos o algo así, una vez que me reconoció nos abrazamos, nos besamos y nos dijimos no sé qué, pues un nudo en la garganta no permitió decir nada de momento. Lalo,

uno de sus hermanos y al que tomé como ejemplo y me corrigió muchos de mis defectos de juventud, lo enterraron hace algún tiempo. Cuando nos despedimos su imagen me quedó algo borrosa, en los ojos no me dejó ver claro, tal vez lágrimas, no sé.

La casa de Armando, hermano de ella, de la puerta no pasé, ¿y ese fue mi amigo? Un minuto y seguí hacia la casa de don Beto donde mi pelota cayó siempre y me la abrió con su famosa navaja. Una pequeña miscelánea y un nuevo dueño estaban ahí, la casa de los “Cuñados” ¡pues con tantas hermanas bonitas no podían tener otro apodo. Con mil trabajos me abrió la reja la mamá de esta familia pero al fin me reconoció, de la puerta tampoco pasé, pero sí me dio información de todos, tres hijos muertos y su esposo, yo quería ver a Julia, una hermosura de ojos tan claros que parecían de agua con un poquito de azul, me despedí con la malsana intención de ver a Julia; regresaría más tarde ¡claro que sí!

Los Mata, ¡zas! Salió a la puerta una especie de duende ¿Pancho? No, soy David, soy Cano, abrió semejantes ojos y fui abrazado por aquel queridísimo duende, fui arrastrado hasta la cocina donde estaba su anciana madre, uno, y otro se pusieron los lentes para mirarme mejor. Cómo me reclamó la señora todas las travesuras que armó el güero de las botas...yo, cinco muertos y Pancho por el que pregunté en la puerta, moribundo en un hospital



de caridad (¡qué gacho!) estando en plena “chorcha”. Su diligente hermana Lupita se apresuraba poniendo la mesa, llegó el Capulín, apodo que se ganó por su serio color de piano, dejé de verlo cuando apenas podía correr, me reconoció de inmediato, casi me rompe el espinazo con el abrazo que me dio, no me quedé a comer, pues no quise causar molestias a nadie, ya las di hace algunos años, la casa del Coco, cerrada con las ventanas tapiadas y vendida, la casa de doña Tomasita, cerrada y vendida, dos de cinco hijos muertos y los papás también. Óscar, nadie abrió, la casa del Calaco cerrada y abandonada, ¿y sus hermanos?, los hormigones, puros chamacos jóvenes, nadie me conoció ni yo a ellos, los padres muertos. Los Pineda nadie abrió, algunas casas tienen puerta por la calle de atrás y ahí voy, a la casa del Chuchín, tres jóvenes rubios me vieron como marciano cuando pregunté por su madre holandesa Ivon, viven ahí sólo con su padre, su mamá regresó a Holanda, Vicente (el que me regaló las botas viejas y me gané el apodo de el Güero de las botas), no lo encontré pero sí a tres de sus hermanas, padre y madre muertos; la casa de Brígido, una hija de él vive en lo que fue la casa de toda su familia, cinco hermanos muertos y sus padres también.

Pasé por la casa donde viví junto al molino de nixtamal (donde pateaba los montones de ratas junto al gran canal), ni casa ni molino, una construcción de tres pisos es lo

que hay ahí, más adelante me planté frente a la casa de mi prima Marieta, no toqué no quería saber nada de la familia de mi madre, otro día será. Hacía hambre, me metí a una gran taquería que está en lo que fue el gran canal del desagüe que ahora ya entubado luce un espléndido camellón arbolado y con muchas flores, dejé pasar las horas viendo el fut y devorando una buena costilla de marrano, pasé por la casa donde viví varios años donde nacieron mis dos hijos, Juan e Iván, casi enfrente está la casa de los Fernández (familia del chavo que conociste en Tequisquiapan ¿te acuerdas?) ahí fui espléndidamente recibido, padre, madre, y dos hermanos muertos, Rubén y Toño, dos viejos como yo y dos hermanas (no estaba Gloria una chava de las más hermosas de la pandilla también hermana de ellos) y muchos jóvenes guapos hijos de todos ellos, fue el lugar donde más tiempo pasé platicando, me pusieron al tanto de amores, desamores, de los vivos, los muertos y desaparecidos. Pudimos hablar toda la noche y no acabaríamos (tal vez vengan a nuestra casa pronto) me faltaba algo importante, dar con la dirección del Villete (Antonio Villa) vive en Tulancingo (el más leal de todos los amigos) ¡Ah! Y regresar a ver a Julia y ahí voy, de paso me topé con la casa de Chuchín y como vi movimiento me atreví a tocar otra vez, me recibió un hombrón de más de cien kilos, el Vida, cuando chiquilín su madre siempre le dijo “mi

vida” y ese mote se le quedó. Me invitó a pasar y me puso al tanto de sus hermanos Mario, *El Ruso*, el Purrún, la Marlus, Chuchín, Rubén, sólo un muerto, su padre, ahí pude saludar a su mamá casi inmóvil en un sillón ¡Es Cano mamá! (creo que no me reconoció). Toqué otra vez en la casa de los Mercado, esta vez apareció Julia con sus ojos clarísimos con un poquitito de azul (los mismos que yo recordaba) fría como un hielo, solos en la misma salita que yo recordaba, la plástica se puso tensa, me habló de sus hijos (conocí a uno de ellos que en ese momento llegó) de su matrimonio que no funcionó, me reclamó muy duro de haberme desaparecido tantos años, y ya en la puerta cuando me despedí me dijo que siempre me estuvo esperando, se quedó llorando, eso no me gustó.

Caminé algunas calles buscando un auto de alquiler, pasé por la casa de Héctor y nada, dejé un papel debajo de la puerta, le pedí al taxista que me llevara a diez o quince calles a buscar la casa de los Villa, rápidamente la encontré, quería información de Toño *el Villete* (vive en el estado de Hidalgo). La próxima semana fui a visitarlo; se abrió la puerta y ¡era el mismísimo Villete por el que yo preguntaría! No lo podíamos creer ¡tenía una hora de haber llegado! nos “tronamos las costillas”, al poco rato llegó su hermana Josefina y me acabó de tronar los huesos, no llegó Armando, el otro hermano, si ha llegado seguro me hospitalizan con una o dos costillas rotas, padre

y madre muertos; ahí sí me tomé algunos rones que me invitó José y platicando de los viejos tiempos no me dejaron abordar el metro, me llevaron hasta la Terminal del autobús que me traería a Toluca, debo confesar un pecadillo, saqué fotos de los álbumes de cuando nos casamos, de nuestros perros, de la casa, de mis hijos, y varias de ti, que fueron mostradas en todas las casas donde estuve, todos te quieren conocer, pues les dije que eres la mujer maravilla, y que me cuidas mucho (te pasas) 3.50 p.m. Toluca con mucho ron.



*Fernando Cano (foto de Marthel Cano)*



## *Artesano estrella*

UN DÍA FUI A LA CALLE DE BALDERAS, pues estaban construyendo un mercado para artesanos, pero apenas estaban levantando las paredes de los locales; regresé meses después y ya estaba terminado, platicué con algunos artesanos para saber cómo podía entrar a su organización; y qué de dificultades para ser de su gremio, sólo un maestro talabartero y borrachín me recibió bien, me dijo a quién debería ver y cuándo, al despedirnos me pidió le invitara una copa de tequila, y yo no tuve con qué. Tiempo después regresé a buscarlo, no para invitarle un tequila, sino para regalarle una botella entera, pero ya había muerto (sentí muy gacho). Cuando me entrevisté con el director de aquel lugar (según me dijo el difunto borrachín) le solicité un espacio para trabajar ahí y me dijo: “sí, no te preocupes cuenta con él”; sentí que me lo dijo para que no le quitara el tiempo, dos días después regresé y le llevé dos de mis esculturas que consideré las mejores que en ese momento tenía, en ese instante, le

pidió a su secretario que me dieran “la enfermería” y al siguiente día me instalé y me sentí “como puerco recién comprado en corral ajeno” (se desconoce dónde está el comedero, el agua y un techo para la siesta). Había como cien locales, con comerciantes y artesanos (que sí, fabricaban lo que vendían).

Al segundo o tercer día recibí la visita de los que componían la mesa directiva de aquel lugar, ¡jijos! me visitaron los tres más “feos” y mal encarados, parecían maleantes salidos de algún callejón oscuro de un barrio pinche, ¡de los más pinches!, los tres maestros artesanos: un fabricante de guitarras, un orfebre que hacía objetos de cobre martillado y el otro, tejedor de palma; estos cuates fueron a leerme “la cartilla”, me pusieron al tanto de mis obligaciones, cuotas y horarios del mercado aquel; estos “feos” con el tiempo serían mis mejores amigos. Luego de algunos años regresé a ese lugar sólo para enterarme de que ya estaban muertos (algunos de los hijos de ellos sí me reconocieron) “el maistro” Cano el de los monos de fierro, ¿no?

La enfermería era un lugar pequeño, medía cuatro metros por cuatro, pero yo, ya pertenecía a aquella asociación de artesanos, en ese espacio poco extenso invité a mi amigo Rodolfo (excelente vitralero, dibujante, poeta y más) un poco apretados, pero yo estaba contento de tener a mi amigo ahí, pues él no tenía dónde trabajar.



Un día nos visitó la hermana del presidente Echeverría (ella hizo el mercado), al ver lo que hacíamos y lo amontonados que estábamos, corrió a los del local de junto (por marranos, trabajaban barro pero ensuciaban todo) y me dio también ese local que se lo pasé a mi amigo, tumbamos la pared y mediante un arco comunicamos los dos espacios; seguimos trabajando en los cuatro metros por cuatro y el local “nuevo” lo convertimos en “galería de arte Atanor” (atanor: horno pequeño que usaban los alquimistas), en ese lugar con mi amigo trabajé como quince años en las buenas y en las malas, comiendo “tacos” cuando no había para más, o atracándonos de “cabrito” en el restaurante La Habana cuando nos iba bien.

Cuando mi amigo se fue le pagué su espacio y luego se lo vendí a un viejísimo talabartero de esos que conocían todo el “oficio” desde hacer un monedero grabado y cosido a mano, portafolios, billeteras, faldas, chamarras, diseños exclusivos de bolsas para dama, hasta bolsas para palos de golf, ese maestro y yo éramos como “los artesanos estrella” de aquel lugar. A todos los visitantes que el director consideraba de “cierta importancia” (casi puros políticos) nos los llevaba al taller, y como siempre, jamás compraron nada, todo lo querían regalado. Una vez, llegó la hermana del señor presidente a mi taller acompañada de un montón de señoras “pintarrajeadas”

y todas “güeras”, alguna de ellas, me preguntó por el precio de una escultura; pensando con quién venía le dije un precio bajo, y contestó: “¿y por qué tan cara si está hecha de pedazos de fierro?” —Señora, le contesté, todos los fierros que están tirados en el piso se los regalo, de ahí salen todas estas esculturas. Sin decir nada todas salieron de mi taller, ¡chin! creo que metí la pata, seguro mañana me corren, pero no, no corrieron a su “artesano estrella” ¿artesano estrella?...

Afuera de mi taller un indígena huichol que ni siquiera tenía “local”, sino que, en una destartada mesa cubierta con un trapo rojo y a la “intemperie” vendía piedras: ágatas, ojos de gato, ópalo, cuarzos, en fin, un gran surtido de piedras de mil colores, entonces con mucha frecuencia llegaban autobuses de turistas y cuando se iban este huichol tenía que “cerrar su establecimiento” por falta de mercancía, pues se habían llevado casi todo. Y aquellas mujeres que tejían en telares de cintura, ¡qué rollos de billetes se sacaban del seno! cuando tenían que dar “cambio”, ¡esos eran verdaderamente los artesanos “estrella”!

¿Artesano estrella yo?... ¡Para nada!



*Sólo para cello (foto de Marthel Cano)*



## *Fiesta en la ciudadela*

EN UNA OCASIÓN, el patio central del mercado se adornó con pequeñas piezas artesanales mexicanas, tales como: sombreritos de charro, pequeños sarapes, papel picado de muchos colores y muchísimas cosa más; el patio se llenó de mesas y sillas, pues habría un banquete para una pandilla de puros políticos y sus esposas, y al director del mercado se le “ocurrió” que su artesano estrella (yo) se pusiera a trabajar a un ladito de las mesas para mejor lucimiento de él; las protestas de mi parte no valieron de nada, por más que expliqué que era mi sagrada hora de la comida, y que mi equipo con el que trabajo es muy pesado para transportarlo, mandó quien lo sacara de mi taller y lo instaló en el mejor lugar que él consideró, y a mí me mandó comprar dos tristes tortas y un mísero refresco; a pocos metros de mí tenían instalada la cocina al aire libre para el banquete: una gran plancha de fierro donde se asarían carnes de cortes especiales traídas en avión de no sé qué parte del norte del país, y la gente llegó,

y se llenaron las mesas. ¿Yo?, totalmente encabronado, pues, chiquitiándome mis dos tortas y ¡claro! echándome un taco de ojo mirando a ver cuál era la faldita más chiquita, la de las piernas más flacas y, desde luego, la más nalgona y ridícula, esto, para que me duraran más mis pinchurrientas tortas. Los mariachis entonando: “La Negra”, “Cielito Lindo”, “Juan Colorado” y muchas más, eso sí, pura música mexicana. Frente a mí desfilaron grandes cazuelas de arroz, canastas de tortillas, molcajetes con salsas, bolsas de hielo, cajas de refrescos, botellas de tequila, ron, brandy y muchas charolas con carne que dejaban en el piso gotitas de jugo rojo, puños y puños de cebollitas de cambray, saleros, servilletas y un montón de cosas más; yo, entretenido con mis tacos de ojo, en fin todo listo para el gran comelitón.

Los meseros sirvieron el tequila de rigor, el único “pero”, es que, los que instalaron la plancha de fierro para asar la carne nunca la “probaron”, cuando quisieron encender el fuego simplemente no funcionó, todo el mundo le movía aquí y le movían allá, y nada, prendían una parrilla y apenas regular, prendían la segunda y la primera casi se apagaba, prendían la tercera y todo se apagaba, mucho tiempo y nada funcionaba, el director apuradísimo, pues no sabía qué hacer, daba vueltas y vueltas para acá y para allá, agitando las manitas, entre los comensales ya empezaba el desorden gritando mil

cosas animados por los tequilas. “Alguien” me llamó para que les echara una mano y ahí voy, de lo que me di cuenta era que el pequeño tanque de gas con su respectivo regulador para estufa de casa no podía “surtir” los grandes quemadores que le pusieron a la plancha de fierro, quité el regulador y puse los quemadores “directos” al tanque de gas, con la presión ahora sin regulador, las que “tronaron” fueron las llaves de los quemadores y una gran fuga de gas alarmó a todos los que estábamos cerca, lo bueno es que previendo algo así puse a uno de los muchos mirones que había ahí, atento con la mano justo en la válvula del tanque y acabo rápidamente la fuga de gas; a otro mirón le pedí que fuera corriendo a la zona de talleres a pedirle al maestro que me prestara sus quemadores que funcionan sin regulador, me mandó tres, los cuales coloqué diagonalmente debajo de la plancha de fierro y los amarré con alambre, los encendí y ¡listo! funcionaron de maravilla.

Para ese momento los gritos ya se habían generalizado y el chocar de los cubiertos contra la vajilla, las botellas y todo lo que podía hacer ruido el fuego ya estaba listo, pero ya nadie sabía exactamente qué hacer; una mujer tomaba una cazuela con arroz, daba una o dos vueltas y la depositaba en el mismo lugar, y así más o menos todos los demás, como loquitos nadie sabía qué hacer; los meseros “muy propios” esperando a ver “qué”, yo pregunté:

—¿La carne está descongelada?

—Sí, maestro (todos los que producíamos algo en ese mercado éramos “maestros”)

—¿El arroz está caliente?

—Sí, maestro.

—¿Tienen aceite?

—Sí, maestro.

—¿Las cebollas están lavadas?

—Sí, maestro.

—¿Las tortillas, están calientes?

—Sí, maestro.

—¿Hay ganchos para mover la carne?

—Sí, maestro.

Me metí detrás del comal y le dije a la que tenía más cerca:

—¡A ver! ¡aceite! ¡cebollas! ¡la carne!

A los meseros:

—¡Ya! Sirvan el arroz

Como hormigas empezaron a desfilar festejados por los gritos y chiflidos de los comensales, pedí a los meseros que hicieran fila frente a mí y como iban llegando los iba surtiendo de la carne que me pedían: tierna, media, o bien cocida, ¡carne! ¡más carne! ¡aceite, cebollas!

—¿Se puede repetir? —Preguntó un mesero.

—¡A mí me vale madres, la carne no es mía!, ¡pidan lo que quieran!



Quién sabe cuántos “cortes” cociné, pero ya estaba completamente batido de manteca, nunca se me ocurrió pedir “un mandil”, la camiseta se me pegaba a la panza. Cuando bajó la demanda, pedí que la mitad de los meseros comieran, luego senté en una larga fila a todos los muchachitos que andaban por ahí atraídos por el sabroso olorcito de la carne asada (a algunas de las mujeres que me ayudaban les pedí que los “atracarán de tacos”), luego mandé unos platos generosamente servidos a algunos talleres donde estaban mis mejores amigos, finalmente a todas las mujeres que me ayudaron en la fritanga de la carne, les dimos fin a unos cortes previamente y con mucho cuidado escogidos; en esas estábamos cuando vi que una emperifollada mujer, esposa de algún politiquillo asistente a aquella comida, se escurría pegada a la pared con una grandísima y copeteada charola de aquellos especiales cortes de carne, ¡como rata la malvada!

Como dije antes la carne no era mía pero...

—¿Señora ya se va?

Le pregunté de la manera mas amable que me “salió”, y ¡claro! todo el mundo volteó a verla, se quedó como clavada pegada al muro donde se escurría.

—Mire señora venga, todavía quedan aquí algunos buenos cortes ya cocidos ¿no gusta otro taquito?

—...No gracias...

—Ándele esta carne se ve deliciosa, mire está en su mero punto...

—...No gracias...

—¿De veras señora otro taquito?

—No gracias...

Estaba como clavada en el piso, la cara parecía que se le reventaría de un rojo intensísimo...

—Bueno señora de lo que se perdió, hasta luego y que pase una buena tarde.

Y se fue temblando de rabia, ¡ya todos la habían visto!, claro no era mi carne, pero no me pareció que fuera “tan rata”, además yo sabía que jamás la volvería a ver y la quemada que se dio con las demás emperifolladas señoras creo que todavía le dura, ¡ja! qué gusto me dio. Cuando ya terminamos de servir a todo el mundo el director del mercado me llevó a su mesa y me presentó con quién sabe cuántos “licenciados” a pesar de que estaba completamente “batido” de manteca, me quise retirar con el pretexto de conseguir cigarros, y pues nada, me los mandó comprar, me invitó un “coñac” con sus “cuates”, mandó a algunos “achichincles” a que metieran mis herramientas a mi taller, y puras palabras amables de su parte hacia mi persona, delante de aquellos elegantes y ya borrachines “licenciados”, ¡rayos!, yo lo único que quería era quitarme aquella camiseta atascada de manteca.

Al día siguiente fue a mi taller y me llevó una gran caja de chocolates y una botella de buen vino, años después lo visité con algunos amigos, y les contó con todo detalle aquel episodio del mercado de la Ciudadela donde trabajé más o menos quince años.

“Maistro Cano usted es el de los monos de fierro ¿o no? ...pues ...sí...



## *Los galanes*

EL GÜERO DEL EDIFICIO, de este chavo jamás supe su nombre y tal vez muchos otros tampoco, vivía como a tres calles de la escuadra que forman las calles de Valdivia y Bengala que fue donde crecí, y claro, como había tantas hermosas muchachitas, muchos galanes se acercaban por ahí, lo más curioso es que galán que llegaba, galán que debía agarrarse a trompones conmigo, ¿y por qué conmigo? Si estaba el Pescado, el Maracas y Miguel que eran buenísimos para el trompón. El Pescado, un poco más grande de edad que el Maracas y yo, cuando se peleaba podía hacerlo más de una hora y no se cansaba; el Maracas de mediana estatura, ni gordo ni flaco, tenía unas manos chiquitas que entraban en la “guardia” más cerrada como auténticas puñaladas y rapidísimo de manos; Miguel, chaparrón y cuerpo grueso, era especialista en tirar unos pavorosos “volados”, apoyado en su corpachón que cuando atinaba uno se acababa la pelea; y yo, pues hacía lo que podía ¡ah!, tenía que ser yo. *El Flaco* Isaac

compró unos guantes de boxeo profesionales de ocho onzas y chiquititos, parecía que no tenía nada puesto, y con esos me hacían medir a cada galán que intentaba ser parte de la pandilla o conquistar a alguna de las muchas chavas del barrio, por cierto, el Pescado, el Maracas y Miguel, jamás nos pusimos los guantes, nos teníamos mucho respeto y se armaban grandes polémicas entre los cuates de quién era el mejor (se quedaron con las ganas) los días domingo a medio día, siempre se hacían las peleas; la calle regada y barrida. Ese día nos amarraron los guantes al Güero y a mí, ahí estaban todos los chavos y chavas de la cuadra y algunos papás también y desde luego la nerviosa muchachita que pretendía el Güero del edificio, no había límite de tiempo y no importaba quién ganara, simplemente era un requisito, algo así como pasar una aduana (de trompones) para ser admitido en la “paloma”. Se dio la trompiza sin límite de tiempo y me tocó ganar (no era yo tan malo para eso de los moquetes), pero al siguiente, ya me estaba esperando el hermano del Güero (más grande que él); como de costumbre se regó y barrió la calle, y en ese fatídico domingo nunca nadie me pegó tanto como él en tan poco tiempo, pues me puso una fenomenal zoquetiza, sentado a media calle completamente atarantado y limpiándome la sangre de mi “pequeño apéndice olfatorio” pedí paz, luego sabríamos que este cuate fue campeón de los Guantes de Oro en la Ciudad de México.

Mi amigo Mario y yo, un domingo llegando del servicio militar elegantísimos, pues éramos parte de la escolta de nuestro 553 regimiento, sargento segundo, soldado de primera, fusilero ametrallador de no sé qué más, los vecinos nos esperaban para que entráramos a la casa de doña Bertita, pues ya hacía dos días que no sacaba a la calle a sus perros a caminar, ¿caminar? Dos viejísimos pastor alemán fueron su única compañía durante muchos años, la caminata de los perros consistía, primero a uno y luego al otro, sacarlos cargándolos de la cola pues los perros ya no podían caminar, sólo arrastraban las patas delanteras, salían a olisquear la tierra de la calle.

La casa de doña Bertita tenía un gran patio todo de cemento con una gigantesca higuera en un rincón, que veíamos desde la azotea de doña Tomacita, cargada de frutos que siempre se podrían (nunca nos invitó a atracarnos de higos). Autorizados por los vecinos brincamos a su patio desde la azotea de “doña Toma” y luego de romper un vidrio de la parte trasera de la casa —era una casa muy vieja con muchos grandes y altísimos cuartos en “línea” (seis o siete ) no tenían puertas al patio, sólo grandes ventanas—, y de llamarla con un grito o dos, entramos a la cocina. A pesar de que era medio día no penetraba el más mínimo rayo de sol al interior de la casa, cada cuarto tenía esos que se llaman “oscuros”, unas grandes puertas que se cerraban por dentro de

todas las ventanas y luego unas gruesas cortinas en la última habitación. Luego de pasar junto a doña Bertita (nunca la vimos por lo oscuro) y al abrir las cortinas y los “oscuros”, ahí estaba con medio cuerpo fuera de la cama, desnuda en medio de un gran charco de sangre seca y quién sabe cuántas feas cosas más (luego supimos que posiblemente un acceso de tos le reventó los pulmones y fue expulsado hacia afuera con violencia). Todo aquel batidero fue realmente impresionante, jalé una sábana de su cama y la cubrimos respetuosamente, pero se nos quedó en la memoria aquel macabro hallazgo (los perros también estaban muertos). Mi amigo Mario y yo somos de la misma edad teníamos diecinueve años.

Espero darle un abrazo a mi amigo Mario antes de que la muerte nos alcance.

(Una semana luego de escribir esto recibí la noticia de la muerte mi amigo).

¡Qué mala onda!



## *Un pecadillo*

HACE YA UN DEMONIAL DE AÑOS e instalado en aquel mercado artesanal en el que fui admitido para ser parte de su organización y en el que me pasé como dieciocho años fabricando mis pequeñas esculturas de hierro forjado, las cuales vendí directamente de mis manos a las del comprador sin depender de ningún intermediario que las encareciera como siempre sucede. Ocho de la mañana, ocho de la noche, ese era mi horario, sólo suspendido por una hora para comer, doce horas en el taller sí, pero tenía veintiocho o veintinueve años de edad, de lunes a sábado, y a veces los domingos también, el cuerpo daba para eso y más si fuera necesario, pues ya estaba casado y con dos chavitos que todo el tiempo requerían mamilas calientes, zapatitos y todo ese montón de cosas que los chavitos exigen todo el tiempo, y ese malvado hábito de no descuidar esas necesidades que satisfacer, sin lujos, pero tampoco sin carencias, y esa gravísima disciplina que no sé quién diablos me

contagió y de la cual no me he podido aliviar del todo luego de tantos años, espero no morirme con ella aunque lo veo difícil porque esa necesidad o necesidad de asistir diariamente al taller aunque sea a barrer, no me la puedo sacudir de encima.

Bueno, decía que con doce horas de trabajo diariamente mi producción era abundante y mi taller siempre estaba perfectamente bien “surtido” de muchísimos temas para todos los gustos, además de los encargos, que si un médico, que si un arquitecto, todos los oficios representados con mis esculturas salieron de mis manos, entregados y cobrados puntualmente, las cuotas ordinarias y extraordinarias de aquel mercado así como el teléfono y la energía eléctrica también eran cubiertas sin ningún retraso porque mi “caja fuerte” (un bote) siempre tuvo un sólido fondo, cheques de viajero, dólares estadounidenses, dólares canadienses y claro pesos mexicanos.

Con lo cual se cubrían sin ningún problema todos los gastos de casa, taller y hasta un poco de ron, todo funcionaba de maravilla en ese taller, produciendo y vendiendo, mi bote que hacía las veces de caja fuerte siempre “bien gordo” (no me gustan los bancos); siempre guardé mi dinerito cuando lo tuve debajo del colchón.

Cuando trabajé en aquel mercado, estaba dividido en dos grandes áreas, una donde estaban los comercios y

la otra zona de talleres donde se fabricaban muchísimas cosas, y en medio de éstas un gran estacionamiento para los visitantes que eran muchos.

Una noche, cruzando la zona de talleres hacia mi local en la tarde casi noche, un grandísimo murciélago casi me golpea la cara volando a toda velocidad, pasó, dio vuelta, regresó, casi me golpea otra vez, el murciélago insistente daba vueltas y más vueltas alrededor de mí, creo que con la mala intención de darme cuando menos un aletazo en plena cara. ¿Qué se traía conmigo este pariente de Drácula? No sé, pero sí me hizo pegar una carrera hasta el refugio de mi taller.

Puedo presumir de que mi obra en aquel tiempo se vendía con cierta facilidad y que con la gran cantidad de turistas de todo el mundo que acudía a ese mercado muchísimas de mis cosas salieron del país (casi un ochenta por ciento de mi producción) que en ese tiempo era abundante, yo podía venderle a un chino sin hablar con él, porque cada una de mis piezas tenía una pequeña etiqueta con el precio impreso, simplemente entraban a mi taller galería a echar un “ojo” y algunos salían con “algo” empacadito y listo para viajar a cualquier parte. Bueno, nunca le vendí nada a un chino pero sí a un solitario japonés, y nos entendimos a puros gruñidos y caravanas, todavía por ahí me encontré en un cajón de mi mesa de trabajo una nota de venta donde un comerciante

de Bélgica venía a mi taller cada dos o tres meses y me compraba todo lo que encontraba expuesto.

Algo que hacía yo a veces y como un poco de diversión era regalar “algo” un objeto chiquito y barato, pues tenía, desde mis originales de varios cientos de pesos hasta cositas de cinco o diez pesos que hacía por diversión y en los ratos de jugar un poco, por ejemplo, si alguna chava de “buen ver” se metía a mi taller, y luego de “cotorrear” un rato, a la despedida le obsequiaba algo de lo chiquito, la cara que ponía era de “como que te tardaste” porque soy bonita, gordita, simpática, agradable, güerita, flaquita, prietita, ojitos bonitos, chinita, de cabello largo, de trencitas, chiquita, grandota, nalgona, etc. ¡Ay! ¡Gracias, qué bonito! Pero eso sonaba más falso que un billete de a tres pesos, pues siempre sentían que se lo merecían por lo antes dicho, qué diferentes las extranjeras, algunas se pasaban un “buen” de tiempo solamente mirando, echándole mentalmente un ojo a su bolsillo pues no todos los extranjeros que visitan al país son ricos o cuidan mucho su “lana”. ¿Comprar arte? Si el arte no sirve para nada, pero es necesario, dijo un sabio muy sabio.

Y algunas veces me atreví a hablar con alguna gringuita, ¿te gusta lo que hago? Yo en un inglés como el de Tarzán, ellas esforzándose con algo de “espanglish” ¡Oh! ¡Tú ser mucho bueno! ¡Nunca haber visto! ¿Dónde tú aprender? —Con Vulcano güerita, con Vulcano,

¡Vulcano ser tu teacher? ¡yes! güerita Vulcano fue mi “ticher” ¡Oh! ¡Vulcano ser mucho bueno teacher! Y así “cotorreando” con eso de que tú Jane, yo Tarzán, me distraía por un rato, y al despedirse les regalaba un pequeño objetito, por ejemplo, los clavos para herrar caballos, los hay españoles, japoneses y suizos (mexicanos no hay); los hay de diferentes tamaños (el clavo en sí ya es hermoso), son diferentes según el país y se prestan para hacer un montón de cosas bonitas, un clavo calentado y enroscado en un trozo de tubo ya es un anillo —¿Cuánto cuesta? Cinco pesos. —Me lo llevo.

Dos minutos de tiempo invertido y salió un curioso anillo de clavo, estos eran los regalitos que se llevaban de mi taller.

En una ocasión, una joven pareja se metió a mi taller e hicieron mil comentarios entre ellos de todo lo que estaban viendo, algo les llamó mucho la atención, era un móvil (varios elementos suspendidos con hilo delgado a una barra horizontal que se cuelga) este móvil no era de los más caros y luego de mirarlo por mucho tiempo salieron y se sentaron en una pequeña banqueta que estaba frente a mi taller, sacaron su dinerito, algunos dólares y pesos mexicanos, hasta la morralla fue contada concienzudamente, vueltas y vueltas a la “lana”, me di cuenta que no les alcanzaba para cubrir el costo del móvil porque buscaban y buscaban en todas las bolsas, y no

había más, luego de otra pequeña discusión entre ellos, la chava levantó el dinero y entró a mi taller, y con las palmas de las manos extendidas y abiertas me mostraba el dinero que habían logrado juntar entre dólares, pesos y monedas sueltas, señalándome con la vista el móvil y diciendo no sé cuántas cosas en inglés que no entendí, pero el asunto estaba claro, sin ver el dinero y mirándola a los ojos le pregunté en mi medio inglés si le gustaba y lo quería comprar, otra cascada de inglés, que tampoco entendí, invadió mi taller; fui a donde estaba el móvil, lo descolgué y se lo puse en los brazos, le cerré las palmas de las manos con todo y su dinero y le dije (en inglés) que era un regalo, no entendía nada, dos o tres veces le repetí que era un regalo para ella, cuando entendió abrió tremendos ojotes verdes (y la boca también), llamó a su joven pareja y señalándome a mí, al móvil y al dinero, no sé qué tanto le decía dando pequeños y nerviosos saltitos que tampoco entendí. Fue un momento muy curioso, los tres nos mirábamos un momento a los ojos, otro al móvil, otro al dinero, alternando las miradas entre nosotros y los objetos, hasta que de aquellos ojotes verdes y muy abiertos se escaparon dos grandes lagrimones que luego de recorrer sus rosadas mejillas cayeron al suelo, una palmada en el hombro a cada uno y los invité a que salieran de mi taller, todavía me paré en la puerta para verlos perderse entre la gente, ese día me sentí ¡muy bien!

No todo en la vida es ¡el pinchurriento dinero!

Luego del suceso aquel con el pariente de Drácula (el murciélago) que casi me golpea la cara e hizo que se me pusieran los pelos de punta, mi bote (banco) que siempre estuvo bastante llenito de pesos y dólares empezó a enflacar, ¿el motivo?, si regularmente vendía una obra cada dos semanas o menos simplemente dejé de vender, ni siquiera algo de cinco o diez pesos. ¿Qué estaba pasando? La gente seguía entrando a mi taller como de costumbre, un matrimonio entraba y hermoseaba todo lo que veía, y cuando el esposo se mostraba súper interesado en alguna pieza, la esposa ya estaba en el local de junto y midiéndose mil trapos y allá va el marido haciendo inútiles esfuerzos para que regresara a ver lo que le gustó, y así por el estilo, simplemente no vendía nada.

Y mi bote (banco) cada día más flaco, pasaron varias semanas y por más que recibía a los visitantes a mi taller con la mejor de mis sonrisas, sólo entraban y salían con la promesa de regresar, entonces sí me preocupé en serio con eso de que a veces tienes que contarle algo a alguien siquiera para ver si te consuela con palabras, aunque no resuelva nada, le platiqué a un amigo mucho más grande de edad que yo, luego de escuchar mis penas atentamente me dijo que él pasó por una situación similar y encontró el remedio, yo todo oídos, prometió llevarme a un lugar donde alivian estos males.

Al día siguiente se apareció en mi taller con un gran ramo de flores y varas de muchos colores comprados en el mercado de Sonora en la Ciudad de México, en ese mercado se encuentran toda clase de objetos para brujas, hadas, magos, hechiceros buenos y malos, magia blanca, magia negra, para encantamientos, pócimas para el amor y un montón de objetos más.

Patas de araña, alas de murciélago, ancas de rana coja, ojos de mosca albina, bigotes de gato, colas de rata, lenguas de perico bilingüe, colas de coyote prieto, patas de avestruz, colas de conejo chincolo, garras de foca, orejas de gallo, dientes de chupamirto, lagañas de canguro, colas de sirena, cuernos de unicornio, cayos de luciérnaga, polvo de Saturno, telarañas de mariposa, lagañas de hormiga, zapatos de cien pies, hojas de nopal, espinas de manzana, trompas de elefante, pestañas de araña, pulgas de garrapata, alas de mosca panteonera, muelas de zopilote, ombligos de mosco, pestañas de chinche, uñas de tlaconete, dedos de víbora, manchas de jirafa, tentáculos de águila real, la capa de la Caperucita Roja y hasta la calavera de Pancho Villa cuando era chiquito.

Esta pequeña lista de objetos en realidad se queda corta, la verdad hay que visitar ese mercado de Sonora como mera curiosidad porque lo que se vende ahí son cientos de artículos para la magia negra, blanca, verde, azul, morada y todos los demás colores y cientos de yerbas



para toda clase de brebajes mágicos, velas de colores y aromas para toda clase de cosas, para la felicidad, amor, salud, riqueza, ¡uf!

Mi amigo me compró el ramo que me llevó al taller en ese mercado y era especial para una “limpia”, yo entre sí, y entre no, lo acompañé a un edificio bastante gacho, mugroso y viejo por allá en la colonia Obrera, segundo piso, tercera puerta a la derecha y ya está.

Hicimos antesala en una destartalada silla porque había consultas previas, me quise salir pero mi amigo no me dejó, tranquilo, tranquilo, ya te va a tocar.

Cuando al fin me tocó entrar al “consultorio” fui recibido por una mujer bastante fea, gorda y prieta con un trapo rojo amarrado en la cabeza y mil colgajos en el cuello que casi se iba de boca; me paró en la puerta, ¡detente hermano porque vienes muy mal!, ¡uh! Ella retrocedió a un rincón del cuarto y con una vara hizo un medio círculo en el piso, me pidió que me parara ahí mientras hacía un montón de “conjuros” con boca y manos, y ya estaba yo ahí y aguantar no sé qué.

Me preguntó cuál era mi mal, le dije que mi negocio andaba mal, y sin decir más tomó el ramo de los tallos con las dos manos y...¡cuerda! El primer ramazo lo recibí en pleno pecho, y siguió del cuello para abajo, me tupió por donde quiso, espalda, nalgas, piernas y todo lo demás, ¡caray! Yo bien parado, con las piernas medio abiertas

para guardar perfectamente el equilibrio y aun así con cada ramazo ¡me movía! Yo veía como “tomaba vuelo” y cerraba los ojos un instante antes de que me diera con el ramo, nomás volaban cachitos de florecitas de colores. ¡Se pasó! La bruja ésta parecía bateador de las grandes ligas de béisbol.

Creo que se cansó porque terminó la golpiza, luego me salpicó agüita perfumada, me dio un papelito con una oración escrita para que la leyera cada mañana cuando abriera mi taller, te tiraron “tierra de panteón” hermano por eso te está yendo mal, son treinta pesos y nos vemos en tres días a la misma hora. Cuando salí del “consultorio” vi a mi amigo con una sonrisa que no pudo disimular, me miré y estaba completamente “decorado” todos los colores de las florecitas estaban impresos en mi cuerpo y algunos arañazos en los brazos ¡qué pena caminar por la calle todo de colores! En mi taller con un trapo mojado algo me quité, cuando llegué a mi casa mi mujer me preguntó: ¿y eso? Es que... ¡me tiré en un prado con florecitas! ¡Ah! ¿Sí? Al día siguiente al llegar a mi taller recé la oracioncita pero sin ninguna fe, al otro día volví a rezar, al tercer día quemé la famosa oracioncita con mi soplete, y claro, no fui a la cita con la bruja, pero las cosas seguían mal, otro amigo que tenía en el mercado donde trabajaba era un hombre como de setenta y feria de años, talabartero y muy religioso, un

día me atreví a preguntarle, oiga maestro...¿usted cree en esas ondas de mal de ojo y embrujamientos?, lo pensó un momento y me dijo, sí y no ¿cómo? Me contó una larga historia de todos los males que padecía su esposa donde la ciencia médica no podía hacer casi nada, y recurrió como último recurso a brujos y hechiceros y toda esa pandilla que cura el cuerpo y el alma y de la extraordinaria clientela con que cuentan, desde la gente más humilde hasta potentados y políticos recurren a ellos. También me platicó de los sorprendentes resultados con las múltiples enfermedades de su esposa, de estar en la cama donde un sacerdote ya le había aplicado los Santos Óleos, y luego de la visita de un brujo, a los pocos días ya estaba dándole en la cocina y el lavadero. Bueno, pues le conté mis cuitas, me dijo de un lugar en la colonia Álamos y ese mismo día me llevó. La casa la encontramos abierta, pero vacía, ese día no había consulta, sólo un par de cuidadores por ahí pero nos dejaron entrar, el próximo día de consulta ahí estaba yo y otra vez la duda, ¿entro o no entro?

Y sí entré, luego de cruzar un jardín me encontré con un gran salón cuadrado lleno de bancas sin respaldo, mucha gente las ocupaba, según instrucciones de mi amigo tomé un lugar y esperé, de una puerta salieron muchos hombres y mujeres vestidos de blanco y se colocaron alrededor del salón pegados a la pared cada

uno con un asistente, las personas que esperaban como yo se levantaron e hicieron largas filas delante de estos hombres y mujeres; algunas de ellas verdaderamente guapas, me quedé solito mirando acá y allá, alguien se me acercó y preguntó: ¿es tu primera vez? Pues... sí, bienvenido hermano la paz sea contigo, enseguida te asignarán un maestro y se fue (ojalá y me asignen aquella maestra preciosa que está por allá); pues nada, me mandaron con un maestro bajito y muy moreno.

Cuando me tocó mi turno (como diez personas antes que yo)... ¿Cuál es tu problema hermano? Bastante “chiviado” le conté mis males, incluyendo lo del murciélago aquel que casi me golpeaba la cara, todo lo escuchó atentamente con los dedos entrelazados a la altura del pecho, la cabeza inclinada y los ojos cerrados (luego sabría que estaba “en trance”) cuando terminé mi narración, estiró la manos, me tomó de los hombros y empezó a sacudirme “algo” hacia abajo, del pecho y espalda sacudía las manos como si me quitara tierra de encima o algo así, yo me sentía bastante ridículo, pero aguantaba, total, todo el mundo estaba en lo mismo, de pronto mi “maestro” empezó a hacer sonidos como de caldera de vapor, ¡fuuu! ¡fiii! ¡fannn!... y ¿eso? Algo se le desconectó, ¿y se escapa el vapor? Me levantó completamente los brazos hacia arriba y cuando pasaba las manos por las costillas, ¡me hacia cosquillas! Ese

momento tan “solemne” y yo mordiéndome la lengua para no soltar la risa abiertamente, ahí sí me dije:

“Grandísimo idiota, ¿qué estás haciendo aquí? Ni tienes fe ni crees en estas cosas, ¿no te da vergüenza? ¿A que otras estupideces te prestarás luego de esto? Ya vete y no hagas más el ridículo con esta caldera de vapor descompuesta”, en este momento ya no me daba risa, ahora me daba coraje ¡prestándome a semejantes ridiculeces! Lo bueno es que pronto terminó el ¡fuuu! ¡fiii! ¡fannn!, el “maestro” me despidió con eso de “ve con Dios hermano” regresa pronto. El asistente del maestro me dijo que al salir tomara agua de la fuente y dejara algún dinero ahí, y que podía llevarme agua para mi taller para que con ella regara el piso y me lavara las manos antes de empezar a trabajar.

Salí a buscar la fuente, ¿fuente? Lo único que encontré fue el tanque con lavadero donde el agua que lo llenaba no era más que la toma normal que surte de agua a todas las casas de la ciudad, ahí en el borde de la “fuente” estaba un vaso completamente “babeado” donde todas las personas que salían bebían agua de la “fuente” en el mismo vaso, ¡púchala! Junto al babeado vaso, un plato donde se ponía el dinero de todos los fieles de aquel lugar (cuando yo salí ya tenía un “buen” de lana). Ahí me di cuenta que todas las personas, hombres y mujeres, se llevaban agua en toda clase de recipientes de la fuente,

¿fuente? ¡La vil llave de agua! Y lo de siempre, ¿y sí funciona? Del vaso no tomaría, eso sí que no, ¿en qué me llevaría agua? Si yo no tenía botecito; bueno, fui a la tienda de la esquina, compré refresco embotellado, pagué el embase, bebí el contenido y lo llené con agua de ¡la fuente mágica!

Llegué a mi taller con mi agüita mágica, luego de mirarlo largo rato, lo de siempre, ¿y sí funciona? En ese momento me levanté y derramé el agua mágica en el caño y el embase a la basura, ¿agua? ¿hierbas?, ¿limpias?, ¿qué estúpido!, ¡ponte a trabajar! ¿Tú crees que la vieja de las hierbas y la caldera descompuesta te compondrán la vida? ¡Ponte a trabajar! ¿Crees que con magia mejorará tu vida? ¡Ponte a trabajar! ¡Tú no crees en esto! ¡Ponte a trabajar!

Me olvidé de todas esas ondas mágicas que por supuesto no creo en ellas.

Bueno, con murciélago o sin él, creo que lo que hago no es tan malo, y simplemente me puse a trabajar y más que nunca, y claro, cualquier día una persona salió de mi taller con una obra mía, y de ahí pa'lante, mi bote-banco engordó nuevamente.

Y como dijo mi amiga Lucero cuando supo de esta historia: —¡Ponte a trabajar huevón!

Disculpe usted los errores que tenga esta narración, pues en los días de escuela unos adentro y los más afuera.

## *El kinder y algo más*

AUNQUE NO LO CREAN, ALGUNA VEZ tuve la edad suficiente para ir al kinder en mi querido pueblo, El Oro, Estado de México, que hace frontera con el estado de Michoacán; vivíamos en una pequeña casa cerca de la iglesia del pueblo, modesta, pero bonita; recuerdo que lo más lujoso era una vitrola de cuerda que tocaba discos rojos de cartón.

Un poco más abajo (las calles suben y bajan según), estaba el kinder del pueblo, administrado por unas diligentes monjas josefinas, mi madre me llevaba de la mano a mi flamante escuelita, al acercarnos me soltaba de mi madre y corría los últimos metros, mi madre daba vuelta hacia la casa y yo también daba vuelta a un lado de la escuela. Cuando veo a los chavos de secundaria primaria o prepa que andan de pinta me recuerdan que yo también lo hacía, pero cuando estaba en el kinder, los lugares preferidos para aquellas infantiles pintas era la estación del ferrocarril ¡Qué movimiento de gente! Pues

todavía funcionaban las minas de El Oro y Tlalpujahua, donde alguna vez bajé al primer nivel de la mano de mi padre, don Juan Cano Huitrón, a oír misa. No sé en qué época del año o en qué festividad se hacían misas dentro de la mina. Mi padre era pintor y escultor autodidacta de Temascalcingo, contemporáneo del pintor José María Velasco, a quien mi padre le decía cariñosamente “Chemita”.

Decía que la estación del ferrocarril era un hormiguero de gente y esa gigantesca máquina de vapor de vía “ancha” como un gigantesco monstruo medio dormido, permanecía quietecito en el patio de la estación, resoplando calmadamente, lanzando al aire, de forma regular, chorros de vapor como mostrando su impaciencia por lanzarse vertiginosamente a devorar kilómetros de vías, transportando pasajeros, carga y valores extraídos de las ricas minas y custodiados por armados soldados; eso había que verlo, pues nunca era igual, atreverse a tocar aquel monstruo era un reto y muchas veces lo logré.

Luego de vagar por la estación, caminaba hacia el mercado, quedaba muy cerca, otro mundo de movimiento; un día, vagando, vi en un corral (dentro del mercado) una gran cantidad de chivos y borregos; me llamó la atención un pequeño borreguito blanco que balaba tristemente cerca de la puerta del corral y se me hizo fácil sacarlo de aquel lugar, fui y abrí la puerta



esperando que ese borreguito, tal vez huérfano, saliera y me agradeciera su libertad, sólo que al abrir un poco la puerta ¡una avalancha de cuernos y lanas salió en furiosa estampida! que me lanzó a un lado y nunca la pude cerrar ¡uf! ¡La que se armó! puestos y más puestos fueron derribados por aquella masa de cuernos y lanas, que hacían destrozos en todas direcciones ¡qué tiradero! Lentamente y calladito caminé a la calle y luego no paré de correr hasta la escuelita, donde esperaba a mi madre en la entrada, pues iría a recogerme, y ya confundido con el montón de chiquillos de mi edad saliendo del kinder ¡aquí no pasó nada!

Durante mis frecuentes pintas me aseguré de mantenerme bastante lejos del mercado, además estaba enojado porque el tonto borrego al que yo pretendí darle su libertad, salió al último y fue rápidamente atrapado.

En la escuela, una monja hacía un delicioso caramelo y nos lo enseñaba estirándolo calientito subiéndolo y bajándolo con una cuchara, esa ollita de peltre azul no la olvidaré jamás, decía:

—A ver niños, díganme los meses del año, tú Juanito,  
Y él respondía:

—Enero, febrero, noviembre y diciembre.

—¡Muy bien, tu premio! Una cucharada de aquel caramelo en un trocito de papel encerado.

—A ver Toñito...

—Enero, febrero, noviembre y diciembre.

—¡Muy bien! Y su premio.

—A ver Fernandito (yo).

—¿Eh?... ¡noviembre! ¡junio! ¡mayo! ¡enero!...

—¡Cero, no hay caramelo!

¡Rayos, la escuela no se hizo para mí!

Como la monja salía del salón a no sé dónde, nos dejaba recitando una oración que podía durar todo el año, *...todo fiel cristiano está muy obligado a tener devoción, por eso recemos lo que debemos, lo que la madre Iglesia nos manda saber, creer y hacer...* y no sé cuántas cosas más, pero seguía y seguía hasta el regreso de la monja, tardara lo que fuera, pero al primer “*todo fiel cristiano*” yo ya estaba sobre la ollita de peltre azul y cuando menos ya me había atragantado dos o tres generosas cucharadas de caramelo, y claro, ¡no faltaba el maldito delator! —Madre, Fernando se estaba comiendo el caramelo— ¡y claro, la monja sobre mis huesos! En un lugar de la escuela había un gran cuarto siempre cerrado, ahí guardaban todos los triques inimaginables: floreros, escobas, cortinas, bancas, escenarios del pasado festival, cubetas, flores de papel, candeleros, reclinatorios, todo viejo y mil porquerías más, pero además decían que ahí se aparecía...¡el chamuco!

A ese lugar me llevaba la monja por el terrible pecado de tragarme dos o tres miserables cucharadas de ese delicioso brebaje, agarrado de las uñas de pies manos

y llevado a rastras la piadosa monja me encerraba en el cuarto donde se aparecía... ¡el chamuco! (por eso les guardo un especial recuerdo a esas trinchas monjas).

Lo bueno fue que mi madre no me castigó nunca por mis pintas o las monjas no le informaron de mis escapadas o no le importó que me diera mis escapadas a conocer el pequeño mundo de mi pueblo, hasta que un día ¡chin! Me encontré con mi padre, y yo estaba absorto echándole un ojo a aquel monstruo de acero en la estación del ferrocarril. No... pues ese día no me escapé de una paliza, bueno, no fue con un palo fue con un pedazo de tejamanil (una raja de madera delgada con que se cubrían los techos de las casas) y no me dio precisamente en las nalgas, sino en las pantorrillas sujetándome de un brazo y haciéndome bailar, quién sabe qué danza habremos inventado ese día, aprovechándose que en ese tiempo me vestían con un coqueto pantaloncito corto; bueno, creo que las palizas siempre me las gané.

Esa ollita de peltre azul, humm.



*La tía Apolinar, mejor conocida como la tía Pola*

HERMANA DE MI MADRE, fue quien nos acogió cuando salimos de El Oro; luego de pasar por Toluca (donde nos fue de la pedrada), llegamos a la Ciudad de México muertos de hambre, mi madre, mis dos hermanos y yo. En su panadería Pastelería Lolita, ubicada en Heriberto Frías y Romero de Terreros ¡pa servir a usted! En aquella pastelería sí que maté el hambre ¡por algún tiempo!, hasta que nos corrió. Nunca se anduvo con medias tintas, simplemente le dijo a mi madre “Aurora, ya no te quiero aquí ni a tus hijos, a ver a dónde te vas”, y ni modo, dicen que “el muerto y el arrimado a los tres días apestan”, pero los meses que estuvimos ahí, tragamos como pelones de hospicio, pero desquitando la comida.

La hora de la comida generalmente era a las tres de la tarde, dos hermanos de ella, mi madre, mis hermanos, yo y tal vez dos o tres personas más que trabajaban ahí, hacíamos “cola”, la tía se encontraba detrás de un grande y vaporoso perol con su cucharón en la mano

y su cara de poquísimos amigos o de ninguno, pues la única amiga que le conocí en aquel tiempo fue una güera grandota, la señora Fanny, a la que un día sorprendió metiéndole mano a la caja registradora y en ese instante la corrió. Decía, pues, que en aquella fila todos teníamos en la mano un bote de hojalata de esos donde venden el aceite para los automóviles y una cuchara esperando turno, parecíamos galeotes de barco pirata pero bien comidos. La comida generalmente consistía en cocido de res con mucha verdura, ¡y ahí te va! tu cucharón de caldo con verduras y un buen trozo de carne maciza, un plato jamás lo tuvo nadie, con tu bote y su vaporoso contenido y armado de dos bolillos o los que quisieras, no nos sentábamos a una mesa, buscabas cualquier lugar, mi preferido era el montón de costales de harina o azúcar y subido en la parte más alta, a contemplar el paisaje y a escuchar en silencio los chismes de los mayores; luego de comer quedaba yo como gato de carnicero, panzón y sin ganas de hacer nada. En esos meses jamás tuve hambre, en el amasijo había manteca, mantequilla, huevos, leche y mucha fruta con la que se hacía el relleno de muchos pasteles, además había cualquier tipo de pan que saliera del horno, eso sí, prohibidísimo meter la mano en el pan que ya estaba en el expendio para su venta.

Esta mismísima tía Pola fue la que me rentó el espacio para mi primer taller debajo de una escalera, años más

adelante, era tan desconfiada que el día que me cambié de ahí al mercado de artesanías de la ciudad, mandó a alguien para que revisara si no me había llevado los ¡medidores de la luz!

Luego de panadera retirada, resultó una excelente costurera, enterado de sus habilidades con la máquina de coser, le encargué un traje para una fiesta de disfraces y me confeccionó un hermoso disfraz de mosquetero, con su pluma en el sombrero y su cuello de muchos pliegues, todo esto de brillantes colores y hasta la hebilla de los zapatos (de la espada me encargué yo) ¡ni te cuento la estrella que fui!, de esa y otras fiestas, pero un día lo presté y ya no lo volví a ver jamás. Esa tía nunca se casó; curiosamente como muchos de sus hermanos, su único compañero de siempre fue un tremendo pistolón con el cinturón lleno de balas (sí lo sabía usar) estaba colgado de la cabecera de su cama; poco antes de morir me mandó llamar (yo ya casado y con hijos) diciéndome que no era tan mala, que la fuera a visitar más seguido, y sí, algunas veces fui a agradecerle el tiempo que nos mató el hambre a mi madre, a mis hermanos y a mí cuando era chico, pero nunca hubo amor...no sé qué fin tuvo aquel enorme pistolón.

De todos esos tíos, hermanos de mi madre, se pueden hacer muchas historias, creo que fueron nueve entre hombres y mujeres donde hubo de todo, desde una

dulcísima monja, hasta la tía que se comunicaba con los muertos. Recuerdo ese lugar debajo de la escalera que me alquilaba la tía, ahí comenzó la producción de mis monos de fierro, lo malo era que cuando hacía alguno, salía a venderlo y por esto no producía nada, entonces necesitaba un lugar donde producir y al mismo tiempo vender.

En los días malos o mejor dicho semanas, regresaba a mi antiguo oficio de plomero, el primero que aprendí saliendo de la escuela primaria, y que además de haberlo aprendido bien, me gustaba; recuerdo a mi maestro ¡panzón y prieto como él solo! que cuando hacía yo las cosas mal, ¡tenía que salir corriendo a la calle luego de haber brincado sobre el banco de trabajo porque atrasito de mí venía “volando” el martillo o cualquier fierro que tuviera a la mano! Bueno, decía que cuando no vendía nada me armaba de algunas herramientas, las metía en una bolsa de lona, y a tocar puertas por las calles de la colonia Narvarte, caía algo de “lana” y regresaba a la necedad de seguir haciendo lo que me gustaba: esculturas de fierro.

Recordado cualquier día en Toluca, muchos años después.



## *Carta a Lourdes*

LOURDES:

Gracias por las flores que dices de mi esposa, la verdad no sé cómo me ha soportado durante 30 años, es probable que no ha sido nada fácil, seguro ya tiene un espacio ganado en el cielo. Bueno, déjame decirte que en algún tiempo negro de mi existencia, me encontró hecho un desastre; yo daba clases en un taller de la Universidad Autónoma del Estado de México, en la especialidad de escultura, y ella era alumna, pero del taller de pintura (pinta y dibuja muy bien, sólo que no lo quiere hacer). Cuando ella llegaba a la escuela siempre me encontraba allí a cualquier hora del día trabajando en mi propia obra; antes de comenzar las clases, ¡claro que me encontraba! Pues yo escondido vivía en la azotea de esa escuela que era un edificio de departamentos que nos alquiló la universidad a ocho maestros y como a cuarenta alumnos (jóvenes de entre diecisiete hasta cuarenta años), sólo

dos maestros amigos sabían de mi secreto de vivir allí en los cuartos de azotea, pero nunca abrieron la boca, al contrario, cuando se les hacía de noche en la ciudad (los dos vivían en poblaciones fuera de Toluca) luego de una fiesta (“borrachera”), sabían que cuando menos allí había un techo disponible. Creo que duré allí escondido como un año. Las clases eran por la tarde, de cuatro a ocho, y todos salíamos de la escuela juntos, cada quien a su casa y yo a darle la vuelta a la manzana a comprar algo para cenar y de regreso a la escuela. Todos los maestros teníamos llaves, entrar no era ningún problema. Marthel llegaba puntualísima a la escuela y como su maestro era bastante flojo (llegaba tardísimo) se quedaba conmigo en mi taller a platicar mientras llegaba su maestro y así nació la amistad, ella tenía 25 y yo 45. Ahora me doy cuenta de que cuando llegó a la escuela a pedir informes, me encontró allí y pensó que yo era un albañil o alguien que se encargaba de la limpieza de aquel lugar, lo trágico del asunto fue que en tiempo lluvioso todo el mundo salía corriendo, el transporte urbano paraba muy temprano y Marthel se empeñaba en darme un aventón en su auto a mi casa. ¿Mi casa? ¡Si la escuela era mi casa! Nunca hubo forma de convencerla de que no me llevara a ninguna parte y acababa yo trepado en su cochecito y camino a ¿mi casa?, siempre le pedí que me dejara en el centro de la ciudad donde ya podía, según esto, abordar un

autobús. Venía un *hasta mañana*, un beso en la manita y a caminar 15 o 18 calles ;de regreso hasta la escuela y lloviendo! y claro, no tenía para pagar un taxi.

Acondicioné un cuarto de servicio, consistente en dos pequeñas mesas de fierro con cubierta de madera, una para el soporte de una viejísima estufa de gas que conservo y todavía funciona, sólo que esta vez la tengo en mi comedor como una antigüedad muy apreciada, pues la compró mi madre cuando yo era un niño y la conservé como herramienta de mi taller; básicamente para construir mi obra utilizo equipo de oxi-acetileno y soldadura eléctrica, pero para hacerte un cafecito en las horas de trabajo no hay como el fuego amable y tranquilo de la estufa de gas. Bueno, te decía que el cuartito aquel que acondicioné tenía además como cama dos morillos con tablas y una colchoneta, un par de cobijas, un sartén cuadrado, un tenedor, un aplasta frijoles y una palita para voltear omelet, todo construido por mí (Marthel los conserva con mucho aprecio, como adorno de la cocina); dos sillas de madera que alguna vez compartimos Rodolfo y yo cuando trabajábamos juntos también las conserva en perfecto estado, un radio viejo, un tubo de pared a pared que servía de perchero para mis limitadas pertenencias, una cuchara, un plato ¡ah! y una botella de ron por aquello de ahogar las penas (mi divorcio con Pilar). Allí me encontró Marthel más pobre que una rata, pero contento.

Resulta que un día decidí que estaba cansado de ser “el jefe de una familia” y pedí mi libertad oficial (después de que me corrieron) y sí me fue concedida, ya mis hijos tenían 18 y 20 años, ya no eran niños y sin cargo de conciencia salí con un costal en cada mano, uno lleno con algunos trapos y el otro también, con el tiempo Marthel se enteró de mi miseria y un día me llevó un mantel, con las imágenes de Snoopy estampadas, cortinas, dos jarritos para el café, una plancha, un cenicero, un basurero, un calendario para que supiera el día en que vivía, café, azúcar y algunas golosinas, entonces ya éramos cuatro los cómplices: dos maestros, Marthel y yo. Algunas veces comíamos huevos asados con nopales en un trozo de lámina de las que uso en mi taller. De esa manera dejé atrás un pedazo de mi vida, dejé mi casa cediendo la propiedad ante notario a mis dos hijos y a su madre dos automóviles “no tan viejos” y dos terrenos en un fraccionamiento en Cuernavaca. En ese miserable estado Marthel me conoció. La amistad creció y allí comenzaron las regañadas para mí: “¡Mira nada más cómo vives!, ¡tienes que bañarte más seguido!, ¡no bebas!, ¿cuánto hace que no te cortas el cabello?, ¡rasúrate!, ¡tienes que alimentarte mejor!, ¡tienes que mejorar tu nivel de vida!, ¿cómo es que un maestro de la Universidad anda en esas fachas?”. Y todo eso que dicen las mujeres.

Bueno, pues ni modo, tuve que hacerle caso. Renté otro cuarto de otra azotea de un edificio cualquiera con la promesa de que ocuparía el primer departamento (piso) formal que estuviese disponible en aquel edificio. Y así fue, me obligó a comprarme un refrigerador, una cama decente, lavadora (que nunca utilicé, porque los sábados y domingos me tocaba limpieza y subía a lavar mi ropa junto al resto de amas de casa de aquel edificio). Me dice Marthel que la admiración que tuvo por mí obra fue primero, el amor vino después. Me prometió que me cuidaría hasta el día que “estire la pata” y lo está cumpliendo; cuando ella tiene frío me pone un suéter (como todas las mamás porque a su vez no pudo concebir hijos). Ya te seguiré contando de mí. De Rodolfo no te digo nada, ya te contará él mismo.

Hoy te mando un beso y un abrazo. Fer.





*Cupido (foto de Marthel Cano, 2011)*





## *Un par de viejitos*

RECIÉN MUERTO EL MAESTRO POLO FLORES fui convidado a participar con alguna charla que hubiera yo tenido con el maestro, esto sería en el Salón del Pueblo en el ayuntamiento. No me gustó la idea de hablar de este personaje y menos en público. Pues queriendo o no, tuve que cumplir con el encargo de una charla. Marthel, como siempre, me facilitó las cosas dándome algo escrito para que me fuera más fácil cumplir con el compromiso, no lo acepté porque sabía que con los nervios y todo el mundo mirándome seguro lo haría mal. El salón lleno de personajes importantes de nuestro gobierno, además de la viuda del maestro Polo. Cuando tocó mi turno en el atril y micrófono, no sabía exactamente lo que diría... Antes de mí, la licenciada Úrsula había expuesto una completísima crónica de la vida y obra del maestro, leída en varias cuartillas, verdaderamente completas. Me paré ante el micrófono y en un total silencio dije algo así: Yo no voy a hablar de la obra del maestro, ya Úrsula nos dio

un muy completo currículum de una larga y productiva vida, yo hablaré, no del maestro, sino del amigo, de Polo como todos los más cercanos lo llamábamos. En algunos eventos oficiales donde teníamos la suerte de sentarnos juntos, ahí me decía “oye, quiero hablar contigo”, plática que nunca terminábamos, pues una vez empezado el evento todo era silencio y al despedirnos la invitación de uno y otro: “ven a visitarme al taller (el de uno y otro)”, cosa que algunas veces sí se dio.

Un día cualquiera, sin pensarlo mucho, estando cerca de CU donde tiene su museo y taller, Marthel y yo preguntamos si nos podía recibir el Maestro, me dio un poco de pena verlo bajar de su andamio, pues estaba trabajando; pidió tres sillas y despidió a todo el mundo de su espacio, comenzamos a recordar que nos conocíamos ya hacía 40 años, yo su trabajo y él el mío, siempre hablábamos de alguna obra que recordábamos de uno y otro de aquellos tiempos aunque todavía pasarían algunos años antes de estrecharnos las manos y conocernos personalmente. Un rato más y nos despedimos para no seguir quitándole el tiempo, la despedida era casi siempre la misma, yo de mi parte “ven a mi taller” y la de él “ven cuando quieras”. Ese día, apoyado en mi brazo y caminando hacia la salida me dijo: “Mira Fernando, a ti y a mí si nos ve la gente caminando por la calle dirán: ese par de viejitos ya no sirven para nada... Lo que no

sabe la gente es que somos unos chingones, cuando tú mueras Fernando nadie hará lo que has hecho y cuando yo muera tampoco nadie pintará lo que yo, vendrán jóvenes productores de arte y posiblemente harán cosas formidables, quizá mejores, pero lo que tú has hecho y lo que yo he hecho Nadie”. Éstas eran las pláticas que yo tenía con el maestro Polo, sin cámaras, sin micrófonos, sin testigos, eran pláticas simplemente entre amigos.

Ofrecí disculpas a las damas que se encontraban en aquel salón por aquello de “pinches viejos”, pero así lo dijo el maestro.





*Fernando Cano (foto de Arturo Ocaña)*



*Juegos  
que recuerdo*







*Éxtasis. Entrada a Galeria Cano (foto de Marthel Cano)*



## *Aretitos*

HACE ALGUNOS DÍAS me entretuve mirando a un grupo de jovencitos entre quince y dieciocho años luciendo con cierto orgullo aretitos (o como se llamen) en las orejas, en la nariz, en las cejas y en los labios y quién sabe dónde más, se ponen. Me ubiqué justo en su edad y en mi barrio, recordando los rudísimos juegos que practicábamos, tales como “Las tamaladas” que consistía en que dos equipos; cada uno con siete u ocho integrantes, echábamos un volado con una moneda para empezar el juego; los perdedores ponían a uno de su equipo (el más flaco) recargado en una pared o en un poste con las piernas abiertas, el segundo jugador metía la cabeza entre las piernas de éste, el tercero metía la cabeza entre las piernas del segundo y así hasta que todos agarrados fuertemente unos de otros formaban una línea, el primero de los ganadores del volado y muy ligero tomaba vuelo y saltaba a lo largo sobre la fila de burros, tratando de llegar lo más lejos posible, ya que detrás de él iban a

brincar los demás de su equipo; y “cuando caía” no se valía acomodarse si uno cayera chueco, ahí simplemente tendría que sostenerse, luego brincaría el segundo también haciendo su máximo esfuerzo para llegar lo más adelante posible siempre pensando en los que venían atrás. Cuando todo el equipo ya había brincado sobre los burros, los de abajo empezaban a moverse con la intención de que los de arriba se cayeran o cuando menos tocaran el suelo con alguna parte de su cuerpo. Cuando esto sucedía se cambiaban, ahora los que tocaron el piso serían los burros, pero cuando los de arriba soportaban las sacudidas de los burros llegaba el momento en que todo se derrumbaba y como los de arriba nunca habían tocado el suelo, todo volvía a empezar; el más ligero tendría que brincar muy lejos y todos los demás detrás; esto era verdaderamente rudo.

Otro juego era “Los caballazos” que consistía en subirse a los hombros de alguno o cargar a otro sobre tus hombros, el “caballo” no podía meter las manos para la pelea, sólo las utilizaba para sujetar fuertemente al jinete, la otra pareja, caballo y jinete, se encontraban y comenzaba el combate, los jinetes trataban de derribar a su contrincante jalando o empujándolo y los caballos metían las piernas y pies entre las piernas del otro caballo tratando de derribar a la otra pareja. Este era un juego también rudísimo pues con mucha frecuencia

los caballos y jinetes caían al suelo juntos, y vuelta a empezar. Estos juegos eran para, de alguna manera, demostrar tu habilidad y fortaleza física, ¡ya me imagino a estos “chavos del aretito” jugando estos “juegos rudos”, con sus “aretitos” lo más seguro es que los dejaran en el piso, pero con un cacho de oreja, labio, ceja, lengua, o lo que fuera; no cabe duda, eran otros tiempos, ponerte los guantes (de box) para una pelea amistosa, practicar la lucha grecorromana, poniendo habilidad y fortaleza física para inmovilizar a tu contrincante, eso era para demostrarte a ti mismo tu propia capacidad. Sí, no cabe duda, eran otros tiempos. No me imagino, en mi juventud, luciendo unos lindos y tiernos aretitos.



## *Mi trompo*

AYER FUI AL MERCADO y me compré un trompo de madera dura, con su flamante punta de tornillo, aunque mal cortado, no me aguanté las ganas y antes de llegar a mi casa lo bailé varias veces haciéndolo rezumbar. La primera vez lo lancé con timidez, pues no estaba seguro de cómo se lanzaba, luego de tantos años después de dos o tres veces, ya con toda seguridad y de la manera correcta rezumbando y brincando vi a mi trompo como tal vez lo vi muchas veces, en las calles de mi tierra, de mi barrio. Todavía no sé cómo es que de pronto apareció el trompo y el balero; luego aparecieron las canicas, era casi como si todos los muchachos del barrio se pusieran de acuerdo y de un día a otro guardaran las canicas y aparecía el balero, que de pronto guardamos y apareció el yoyo y luego el trompo, y volvían las canicas. Al final de la época del trompo acabábamos con una llaga o dos, sanguinolentas, en el dedo índice, pues de tanto enredar la cuerda al trompo bien apretado, como debía

ser, la misma acababa por cortar y sacar sangre, luego le tocaría al siguiente dedo, que a su vez le saldría sangre, la palma de la mano también terminaría con dos agujeritos, también con su cuota de sangre. Qué hermoso lucía mi trompo de aquellos años juveniles, verlo en la palma de la mano, zumbando y perfectamente “dormido”, esto es, sin ninguna variación en su veloz giro.

La cancha para jugar debía ser un espacio de tierra perfectamente barrido y regado, esto era generalmente en mitad de la calle; trazado en perfecto círculo, como de dos metros de diámetro, ayudados con la cuerda y dos trompos y unas monedas de aquellas de 20 centavos de cobre, tantas como jugadores; las reglas se ponían antes de empezar el juego: no se vale meterse al círculo sin haber “tocado”, esto es, había que tocar con la punta del trompo alguna moneda para poder meterse al círculo y de tres rayones y un panzazo sacarlas fuera del círculo y ya eran tuyas. Las primeras tiradas generalmente eran rayones violentísimos, consistían en bailar el trompo de manera que recorriera la cancha de modo horizontal, con la esperanza de “tocar” o sacar “a la primera” alguna moneda; la otra era atinarle a las monedas de un “puntazo” y ya habiendo tocado, meterse al círculo, levantar el trompo e intentarlo, “tres rayones y un panzazo”, los buenos trompos aguantaban cuatro o cinco rayones y cuando hacía el borrachito con los últimos giros



dar el “panzazo”. Un buen “panzazo” a la moneda la hacía volar a cuatro o cinco metros de distancia.

Otro juego consistía en hacer un pequeño círculo en el piso y luego todos tiraríamos a ver quién mediante un “puntazo”, quedaría más cerca del centro y sería “mano”; el más lejano pondría su trompo en el círculo y los demás a darle lo más fuertemente posible, con la única intención de romperlo; el que no lograba tocarlo en su turno, tomaría el lugar en el círculo y a darle todos los demás, ¡pobres trompos, daba pena cómo salían trozos de madera, luego de un acertado puntazo!, lanzado con toda la fuerza de tu brazo, cuando menos con la intención de “tocarlo” o de lo contrario ocuparías su lugar.

Debías estar muy listo, pues cuando se chorreaba la cuerda del trompo, salía disparado en cualquier dirección como una auténtica pedrada, lo más común era que cualquier “espinilla” lo detuviera, ya sea de los jugadores o de los mirones, que siempre había varios. Deberías jugar con los de tu nivel, pues de lo contrario tu trompo acabaría hecho pedazos. Aquella ocasión el Pelón y su flamante trompo con su punta de tornillo de “bronce”, que su padre, el mecánico del barrio, le arregló, era la envidia de todos y con su puntería infernal atinaba todas las veces, ¡qué ganas le teníamos!, y en alguna ocasión falló, yo no estaba ya en el “círculo de castigo”, levanté mi aporreado trompo y luego de una rápida revisión

para ver los daños sufridos y darle una vigorosa limpieza frotado en mi pantalón, con furia ensalivé la cuerda para que no se fuera a chorrear y fallar el tiro, apretado en mi puño y con la punta hacia arriba, como debe bailarse el trompo, tomé la distancia ideal para mi tiro y ante la algarabía y los gritos de los cuates, apresuraban al Pelón a que colocara su trompo dentro del pequeño círculo, pues se hacía el remolón y de pronto como mago sacó de la bolsa de su pantalón un trompo viejo y rajado que ya ni cabeza tenía y lo colocó en la zona de castigo. ¡Ese día el juego acabó en una fenomenal trompiza! el que menos, le metió al Pelón una patada en las nalgas, ¡por marica!

Al siguiente día, ya olvidado el pequeño problema, volveríamos a jugar hasta el fin de la temporada.

Para Marthel, con cariño (1989).

### *Cuirias (canicas)*

ESTE DÍA ME ENCONTRÉ un puñado de canicas, las llevé al patio a probar puntería, ¡y qué vergüenza! fallé a quince centímetros ¡no lo podía creer! Además de muchos fallidos intentos me dolieron las piernas de tanto agacharme a recoger las canicas; un día organizaré un torneo de canicas entre puros chamacos de mi edad (66 años) trataré de recordar cómo eran estos juegos, que al final de la temporada cuando niños, todos terminábamos con los pantalones rotos de las rodillas —¿A qué jugamos? ¿Cuadrito?—

—¡Sale! Un cuadrito marcado en el piso de tierra de más o menos doce centímetros por lado, con las menos canicas que se podía jugar al cuadrito eran cuatro, pero si había más jugadores podían ser doce o más canicas, las reglas, “tocar o sacar” una o más canicas y luego “matar” y todo lo del juego (esto era juego limpio); podías tirar alto o bajo según tu preferencia, al empezar el juego se “picaba”, se pintaba una línea en el piso y más o menos

desde tres metros de distancia se lanzaban las canicas. El que quedaba más cerca de la línea sería “mano”, luego tras, cola, y luego los demás, el que era “mano” simplemente ponía su canica más o menos a un metro del cuadrado (no se podía menos) los demás, colocaban sus canicas donde querían, no importaba que fuera junto a ti porque primero había que tocar o sacar y luego “matar” la canica y las canicas que sacaras del cuadrado ya eran tuyas; cuando las canicas del cuadrado eran sacadas se terminaba el juego, no importaba que no hubiera ningún “muerto” y otra vez a empezar otro juego, y a “picarla” de nuevo.

## RUEDA

Había dos tipos de rueda, una chiquita como de treinta centímetros de diámetro y casi con las mismas reglas del “cuadrado”. Esta vez las canicas estaban juntas en el centro del círculo, pero si por accidente quedabas dentro de la rueda o círculo aunque hubieras tocado y sin sacar una canica, perdías tu turno; había que tirar muy fuerte para no quedar dentro del círculo sin sacar; por un rebote afortunado de tu “tiro”, luego de sacar si te quedaba cerca una canica enemiga, la “matabas” y tenías el derecho de acercarte al círculo para tu siguiente tiro.

## RUEDA GRANDE

La cancha para la rueda grande era un círculo como de un metro y medio de diámetro, las canicas apostadas se ponían en el centro y todo el mundo tiraría del límite del círculo para tratar de sacar una o más canicas y procurar quedar dentro, si lo lograbas podías seguir sacando canicas mientras no salieras del círculo, cuando salías, le tocaba al próximo jugador intentar lo mismo. Si ya habías tocado las canicas del centro te podías meter al círculo y a esperar tu próximo turno, esto parecía una ventaja, pero, cuando estabas adentro todo el mundo tiraría sobre de ti para sacarte y si alguno lo conseguía estarías “muerto” y fuera del juego. En todos los juegos había una regla que ya ni se decía, “cortada la tirada es muerto”; esto quería decir que si te adelantabas a tirar cortando el orden de los jugadores estabas “pelas”, había que estar atento para ver cuándo sería tu turno.

Todos los chavos traían sus canicas dentro de un viejo calcetín, pues en las bolsas del pantalón hacían mucho bulto, además estorbaban para jugar. Mi madre, que sabía coser, me confeccionó un precioso morralito hecho de tela gruesa, tal vez de un trozo de pantalón; en la boca tenía un cordoncito corredizo que al jalarlo cerraba perfectamente la boca de mi elegante morral.

“Al con todo” esto era que a la canica que le tirabas la cubría una basura, una hojita o ramita, si le pegabas a la basurita y la canica se movía estabas “muerto”; pero otras veces la regla variaba “que suene y que salga” o simplemente “limpias” (quitar la basura) “rebote no vale” o “sí vale” según acuerdo previo, si por alguna razón al haber terminado tu turno la canica quedaba exactamente sobre la línea, ya sea del “tiro, o cuadrito, o rueda” era “ojo mano bajo o alto” para el siguiente jugador y todos los demás. Esto consistía en poner la canica sostenida con los dedos encima de la canica en cuestión y soltarla y de este modo, hacer que la canica se desplazara fuera de la línea en que se había quedado, lo cual significaba que tal vez estarías muerto o seguirías en el juego, según para donde fuera desplazada.

Todos los “expertos jugadores” tirábamos “de huesito”; esto era que la canica se sostenía fuertemente entre el dedo índice y el pulgar, haciendo presión con el huesito de la última falange del dedo pulgar. Antes de un tiro importante te metías la canica toda tierrosa a la boca “para limpiarla”. Se podía tirar de esta manera verdaderamente fuerte, pues a veces las canicas se partían luego de un buen tiro. Había otros chavos que tiraban “de uñita”; la canica entonces estaba colocada entre el dedo índice y la uña del pulgar. Jamás se podía lanzar la canica con fuerza de esta manera, era “tirar de a niña”.

En todos los juegos de canicas había una regla implícita: “safín safado no es perdonado”, es decir, al estarte acomodando la canica entre el dedo índice y el pulgar y se te caía por accidente, “se me safó” allí se aplicaba la regla “safín safado no es perdonado”, y perdías tu turno.





## *Coladeras*

LAS CALLES DE MI BARRIO eran de tierra y los partidos de fut callejeros siempre eran un equipo de seis u ocho por bando, a veces un equipo tenía un jugador de más, esto era porque los más “brutos” valían dos por uno; las porterías no medían nunca más de dos metros y sus límites estaban señalados generalmente por dos piedras, si algún otro amigo quería jugar tenía que invitar a alguien más para que pateara, uno para allá y otro para acá. El progreso llegó a mi barrio y un día llegaron máquinas y pavimentaron las calles, ya teníamos banquetas y unas hermosas calles pavimentadas, los partidos de fut seguían con los seis u ocho por equipo como dije y se jugaban con una pelota del tamaño de un melón, más o menos, esas pelotas eran las que por necesidad caían ocasionalmente en la casa de don Beto y nos las devolvía abiertas con su famosa navaja. Las coladeras para el desagüe instaladas en nuestra flamante y recién pavimentada calle estaban exactamente una frente a otra, como porterías pequeñas,

eso nos dio la idea de que los partidos de fut de ahora en adelante se jugarían utilizando las coladeras como porterías, ahora también se jugaba por parejas dos por equipo y con una pelota más pequeña (de tenis). También habían instalado un flamante y nuevecito poste con su respectivo y potente foco; podíamos jugar hasta las once o doce de la noche, teníamos nuestro estadio particular perfectamente alumbrado y cuando éramos muchos jugadores escogías a tu pareja o te escogían a ti, luego se sorteaban los turnos y se ponía límite de tiempo para cada partido, diez minutos, si en ese tiempo ningún equipo anotaba en la meta contraria, el juego se decidía mediante tiros de penal, tres por equipo, hasta que alguno fallara y quedara fuera; la siguiente pareja jugaba exactamente como la primera, de esta forma se iban eliminando equipos hasta la gran final. Esa pequeña pelota era bastante difícil de dominar, el peralte de la banqueta era importantísimo para hacer jugadas de rebote, este juego siempre se hacía a ras del piso, a veces con un tiro potente y bien dirigido. La pelota quedaba atrapada entre las rejas de la coladera, esto era ¡un golazo! Algunas veces me tocó ganar este torneo callejero siendo mi pareja mi cuate David (el que ya mencioné en otro cuentito).

*Burro 16 o burro castigado*

BURRO BAJO: un chavo inclinado con los codos en las rodillas.

Burro mediano: el chavo con las palmas de las manos en las rodillas.

Burro alto: el chavo de pie solo con la cabeza inclinada.

A estos “burros” había que saltarlos apoyando las manos en la espalda, al burro alto que estaba de pie lo saltábamos apoyando las manos en los hombros, y diciendo una larga “letanía”

Uno, por mulo

Dos, patada y coz

Tres, hilito hilito el que lo reviente se fleta

Cuatro, jamón te saco

Cinco, desde aquí te brinco

Seis, otra vez

Siete, te pongo el bonete

Ocho, te lo quito y te lo remocho

Nueve, copita de nieve

Diez, elevado lo es  
Once, caballito de bronce  
Doce, la vieja tose  
Trece, el rabo te crece y cuando lo buscas está en la boca de ese  
Catorce, la vieja cose  
Quince, el diablo te trinche  
Dieciséis, muchachos a correr con pasos de cangrejo (de espalda con brazos y piernas) y al que agarre se fleta (como burro para el siguiente juego).  
En realidad no importaba que tú fueras el primer burro al comenzar el primer juego, pues al tercer o cuarto amigo que brincaba, si cometía una infracción sería el burro.

## *Matatena*

OTRO JUEGO DE TEMPORADA era la “matatena” y se jugaba con huesitos de chabacano lavados y pintados de colores con anilina; había rojos, verdes, amarillos, morados, y algún otro color. El juego consistía en lanzar a poca altura un puñado de huesitos con la palma de la mano y atraparlos con el dorso, los que quedaban ahí se volvían a lanzar hacia arriba y atraparlos con la palma de la mano, si alguno se “escapaba” perdías tu turno, y le tocaría hacer lo mismo al siguiente jugador, si tenías la habilidad en tu turno de atrapar a todos los huesitos que habían quedado en el dorso de la mano, lo siguiente era tomar un huesito, lanzarlo al aire, tomar uno de los que quedaron en el piso y atrapar al que habías lanzado hacia arriba. Había reglas, podías tomar del piso uno o varios, pero no se valía mover ningún otro hueso, si movías perdías tu turno, cuando lograbas levantar todos los huesos, lanzabas uno al aire hacia arriba, cuando bajaba, lo golpeabas con el dorso de la mano para que volviera a subir otra vez y

cuando bajaba lo tenías que atrapar, pero con la palma de la mano hacia abajo; esto se llama “uña de gato” y había que hacerlo tres veces y entonces podías tomar uno (como ganado) de todos los que estaban en el juego, y vuelta a empezar.

Otra variante del juego con huesitos era poner un huesito “parado” entre el piso y la pared y desde una distancia antes acordada lanzarías huesitos, uno por turno, según los jugadores, el que lograba derribarlo ganaría todos los huesitos que habían fallado, y ya eran tuyos.

Garambullo abre el puño

Te colocabas en la palma de la mano alguna cantidad de huesos y se los mostrabas por un momento a tu oponente, “garambullo abre el puño”, si tu compañero de juego adivinaba la cantidad exacta de los huesos expuestos los perdías, pero si no atinaba te pagaría todos los que le mostraste, las tiradas se alternaban.

Otra variante era simplemente “pares o nones”, si atinabas todos los huesos eran tuyos, si perdías, a pagar la misma cantidad apostada en el juego.

Garambullo y pares o nones sólo se jugaba entre dos chavos.

*Cancioncitas  
mías*







*Paso a pasito (foto de Maribel Cano, 2002)*



## *Raterillo*

Esta cancioncita la grabó el maestro José Bosada en Radio Mexiquense con música de Gabriel Garduño, luego de algún tiempo pedí una copia, me dijeron que se había perdido, ¿perdido?, bueno aquí va.

Raterillo, raterillo, ojitos vivarachos, cabello despeinado, parado en un crucero vendiendo tus angustias.

Raterillo, raterillo, limpiando parabrisas, cambiando una mirada tal vez por un insulto, tal vez por un mendrugo.

Raterillo, raterillo, tus pies descalzos chapoteando entre la lluvia, mendigando en los mercados, buscando entre la basura, tal vez buscando amor.

Raterillo, raterillo, tu cara de inocente aplastada en un aparador mirando maravillas, soñando con tocarlas, volando la ilusión.

Raterillo, raterillo, tu cuerpo aterido, dormido entre papeles, soñando con castillos en fin, alma de niño.

Raterillo, raterillo, vagando entre las calles, pájaro sin nido robando donde puedes, un poco de amor.

(1987)



### *Canción a Santa Clos*

A ESTE CUATE LE HICE UNA CANCIONCITA, no le tengo ningún aprecio, a mí mis juguetitos (cuando los hubo) me los trajeron los Reyes Magos ¡va!

¿De qué te ríes Santa Clos?

Hace mucho tiempo yo te conocí y al instante pregunté, pregunta de inocente pero ahora ya lo sé, ya lo sé.

¿De qué te ríes Santa Clos?, seguro del chavito que anda descalcito corriendo con su perro tan libre como el viento. Ya lo sé, ya lo sé.

¿De qué te ríes Santa Clos?, seguro de mi barrio de calles polvorientas su gente y sus mercados, unos llevando, otros trayendo su hambre bajo el brazo. Ya lo sé, ya lo sé.

¿De qué te ríes Santa Clos?, si alguna vez pasaste volando en tu trineo, seguro no volteaste ¡qué gente miserable! no fueran a robarte y de prisa te alejaste.

Ya lo sé, ya lo sé.

¿De qué te ríes Santa Clos?, seguro es porque llevas metido en tu costal montones de mentiras, invades tradiciones, mejor vete a los Yunaites, no te quiero aquí. Ya lo sé, ya lo sé.

¿De qué te ríes Santa Clos?, seguro es porque tienes un montón de enanos esclavos sin sueldo y vacaciones chambeando para ti.

Ya lo sé, ya lo sé.

¿De qué te ríes Santa Clos?, una vez al año y sólo andas de noche, no vayan a quitarte los renos que robaste seguro de Zacango.

Ya lo sé, ya lo sé.

FIN.

(Un día le pondré musiquita) un día cualquiera Cano.

*Picola*

Te llamas Picola gatita,  
fue el mejor nombre que encontré.  
Ya no estoy sólo desde hace mucho tiempo.  
Ya te tengo a ti.

Para hacerme compañía,  
a mis brazos te trajeron  
y un beso en la mejilla  
de tu lengua recibí.

Tú no vienes de París,  
tus abuelos son de Oriente,  
pero tú naciste aquí,  
en un barrio, tal vez popis,  
y de ahí viniste a mí.

Gatita chiquitita,  
en mi mano tú cabías.  
Gatita pequeñita,  
los rincones de mi casa recorriste.  
Tu colita derechita,  
bambú color café.

Picola gatita,  
tu raza es siamés,  
un día te bañaré,  
pues no basta con saliva,  
porque creo que metiste  
patas, orejas y cola en la carbonera.  
¡Ah! y también la nariz.

Lo siento mi pequeña,  
en mi casa no hay ratones.  
Prometo hacerte uno,  
con un viejo calcetín  
para que juegues,  
y si quieres  
podrás dormir con él.

Picola gatita, en mi casa sé feliz.

1990



*Vago*

Una mañana un gatito fue a mi taller buscando trabajo,  
pues mi ayudante quería ser.

Aunque muy flaco me pareció y antes de platicar, los  
bigotes se acicaló.

Luego de un rato al fin me convenció, un gatito listo  
necesitaba yo.

Gris es su color con una mancha blanca en la nariz, ojos  
amarillos y sus herramientas de trabajo me enseñó.

Grandes garras y filosas me mostró y probando su  
eficiencia, sin lastimarme, una pierna me atrapó.

Suficiente comida siete días a la semana pidió, agua  
limpia, un cojín para el descanso y música de Mozart  
también me exigió.

A veinticinco ratones muy pronto ahuyentó, a alguna lagartija también la espantó y mi taller muy limpio quedó de esa pandilla que tanta lata me dio.

Vacaciones se las toma cuando cree que las merece, tres días y a veces más, anda de vago descubriendo cosas nuevas en el bosque que tengo acá.

Una pequeña puerta en mi taller, le fabriqué su libertad, no la empeñó, entra y sale cuando quiere, aunque llave no le di.

Cada mañana en mi patio me espera y con un “miau” me explica lo acontecido ayer y yo complacido le rasco orejas y nariz.

Este gatito vago cuando encuentre un mejor trabajo seguro se irá de aquí, aunque ya lo sabe, comida por siete días, agua, un cojín y Mozart siempre tendrá aquí, aunque llave nunca le di.

El Calvario, 14 de abril de 1990.

## *Callejero*

Este versito escrito, un lobito me regaló, y con música de un grillito en canción se transformó.

Un muchacho malo a la calle me tiró, ando solo y triste, tengo hambre y frío, llévame a tu casa, dame un rinconcito; yo seré tu amigo y viviré contigo.

Yo soy buen muchacho, siempre respetuoso, todo lo que tengo es que estoy mugroso.

El baño no me gusta, pero sí lo aguantaré, cepíllame despacio, si dejas una pulga te la reclamaré.

Una correa nueva pondrás en mi cuello, sólo cuando quieras pasearé contigo siempre por delante, mostrándote el camino.

Soy un perro listo, siempre estoy dispuesto, sólo me falta un poco de afecto, ráscame una oreja y dime que me quieres por sólo un rato.

Yo soy buen guardián, cuidaré tu casa y quiero que lo sepan, pues mi abuelo es lobo.

Si te veo un día muy triste, callado, a tus pies, ahí estaré y sólo algunas veces por ti a la luna ladraré.

Haciendo la tarea atento miraré, si quieres también te ayudaré, pues sí que yo lo sé, que 2 y 2 son 4 y 6 ya suman 10.

Si tú juegas conmigo, lanzando una pelota, prometo regresarla más rápido que el viento, moviendo siempre el rabo atento yo estaré.

Pamela, Pamela, ando tan solito, búscame una casa donde me quieran mucho.

## CONTENIDO

7	Presentación
9	Una pequeña aclaración
11	Fernando haciendo pan
13	<i>Las historias</i>
15	La reina y yo
25	Las monjas Josefinas
33	La Marquesa
39	Algo de terror
43	La roleta
51	Lienzo charro
61	Esgrima
63	El chavo del tambor
71	Fútbol
93	Acapulco
101	El Atorón
109	Cinema Miguelito
121	Pues sí, $5 \times 8 = 40$

129	Las peleas en mi barrio
133	La risa de Santa Clos
139	Sábados de Pedregal
143	El 68
157	El Ajusco
161	Pionero
169	Casi llegando a Tlalpujahua
183	Mi mecenas
187	La escamocha
193	El bolo padrino
199	El carapálida
207	Maestro universitario
213	Frontón
219	Rodolfo
223	Cordan, S. A.
227	Servicio militar obligatorio
237	Coleadas
241	Sólo para necrófilos
249	Sólo para adultos
257	Reencuentro con mi barrio
267	Artesano estrella
273	Fiesta en la ciudadela
281	Los galanes
285	Un pecadillo
299	El kinder y algo más
305	La tía Apolinar, mejor conocida como la tía Pola

309	Carta a Lourdes
317	Un par de viejitos
323	<i>Juegos que recuerdo</i>
327	Aretitos
331	Mi trompo
235	Cuirias (canicas)
341	Coladeras
343	Burro 16 o burro castigado
345	Matatena
347	<i>Cancioncitas mías</i>
351	Raterillo
353	Canción a Santa Clos
355	Picola
357	Vago
359	Callejero

*El Carapálida. Historias de un tal VUL-CANO*  
de Fernando Cano, se terminó de imprimir  
en marzo de 2017, en Cedimsa S.A. de  
C.V. El tiraje consta de 500 ejemplares. La  
edición estuvo a cargo de la Dirección del  
Programa Editorial.

*Editora responsable*  
GABRIELA LARA





Foto: Lázaro Hernández



*Fernando Cano*, escultor, nació el 29 de mayo de 1939 en el municipio de El Oro de Hidalgo, Estado de México, hijo del pintor y escultor Juan Cano Huitrón y de la señora Aurora Cardoso Eguiluz.

En su haber se encuentran 133 exposiciones individuales y 95 colectivas, 83 trabajos especiales y ha recibido más de 63 reconocimientos. Algunos coleccionistas han llevado su obra a países como Estados Unidos, Japón, Bélgica, Colombia, Perú, España, Italia, entre otros. Ha impartido clases de escultura y dibujo en la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM) y en la Escuela de Bellas Artes del Estado de México; perteneció al grupo fundador de artistas plásticos llamado Ático, precursor de llevar el arte a las plazas públicas. En 1993 recibió el Reconocimiento “León Guzmán” por su actividad docente; en 2006 la Presea Estado de México de Artes y Letras “Sor Juana Inés de la Cruz”. El Ayuntamiento de Toluca nombró al taller donde ha laborado durante 30 años, “Maestro Fernando Cano”; su municipio, El Oro, ha designado una plaza con su nombre. En 2013 la UAEM nombró, por acuerdo, a la galería ubicada en el edificio de Rectoría como Galería Universitaria “Fernando Cano”; en ese mismo año, le fue otorgado el doctorado *honoris causa*.